



Gustavo Riofrío – Teresa Cabrera

TRABAJADORAS POR LA CIUDAD

APOORTE DE LAS MUJERES A LA GESTIÓN AMBIENTAL DE LOS RESIDUOS SÓLIDOS EN AMÉRICA LATINA

desco

IDRC  CRDI
Canada

the *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM).

As a result of the above, the authors of the present study have been able to identify a number of factors that may be associated with the use of the JAMA and NEJM.

The first factor is the type of journal. The JAMA and NEJM are both general medical journals, and this may be one of the reasons why they are so widely read.

The second factor is the type of article. The JAMA and NEJM publish a wide range of articles, including original research, reviews, and case reports.

The third factor is the type of reader. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of medical professionals, including doctors, nurses, and researchers.

The fourth factor is the type of institution. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of institutions, including hospitals, universities, and research centers.

The fifth factor is the type of country. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of countries, including the United States, Canada, and the United Kingdom.

The sixth factor is the type of specialty. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of medical specialties, including internal medicine, surgery, and pediatrics.

The seventh factor is the type of topic. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of topics, including general medicine, surgery, and pediatrics.

The eighth factor is the type of author. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of authors, including doctors, nurses, and researchers.

The ninth factor is the type of institution. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of institutions, including hospitals, universities, and research centers.

The tenth factor is the type of country. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of countries, including the United States, Canada, and the United Kingdom.

The eleventh factor is the type of specialty. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of medical specialties, including internal medicine, surgery, and pediatrics.

The twelfth factor is the type of topic. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of topics, including general medicine, surgery, and pediatrics.

The thirteenth factor is the type of author. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of authors, including doctors, nurses, and researchers.

The fourteenth factor is the type of institution. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of institutions, including hospitals, universities, and research centers.

The fifteenth factor is the type of country. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of countries, including the United States, Canada, and the United Kingdom.

The sixteenth factor is the type of specialty. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of medical specialties, including internal medicine, surgery, and pediatrics.

The seventeenth factor is the type of topic. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of topics, including general medicine, surgery, and pediatrics.

The eighteenth factor is the type of author. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of authors, including doctors, nurses, and researchers.

The nineteenth factor is the type of institution. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of institutions, including hospitals, universities, and research centers.

The twentieth factor is the type of country. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of countries, including the United States, Canada, and the United Kingdom.

The twenty-first factor is the type of specialty. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of medical specialties, including internal medicine, surgery, and pediatrics.

The twenty-second factor is the type of topic. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of topics, including general medicine, surgery, and pediatrics.

The twenty-third factor is the type of author. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of authors, including doctors, nurses, and researchers.

The twenty-fourth factor is the type of institution. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of institutions, including hospitals, universities, and research centers.

The twenty-fifth factor is the type of country. The JAMA and NEJM are both read by a wide range of countries, including the United States, Canada, and the United Kingdom.

TRABAJADORAS POR LA CIUDAD
APORTE DE LAS MUJERES A LA GESTIÓN AMBIENTAL
DE LOS RESIDUOS SÓLIDOS EN AMÉRICA LATINA

GUSTAVO RIOFRÍO – TERESA CABRERA

**TRABAJADORAS POR LA CIUDAD
APORTE DE LAS MUJERES A LA GESTIÓN AMBIENTAL
DE LOS RESIDUOS SÓLIDOS EN AMÉRICA LATINA**

desco

IDRC  CRDI
Canada

Código 14045

RIOFRÍO BENAVIDES, Gustavo; CABRERA ESPINOZA, Teresa

Trabajadoras por la ciudad: Aporte de las mujeres a la gestión ambiental de los residuos sólidos en América Latina — Lima: **desco**, 2012

126 pp.

Residuos sólidos / Género / Gestión ambiental / Servicios públicos / Informalidad / Pobreza / Cooperativismo / Organización de trabajadoras

Esta publicación es resultado del proyecto *Acción-investigación e influencia en políticas: La dimensión de género en la gestión de residuos sólidos en las áreas urbanas y peri-urbanas de las ciudades de América Latina y el Caribe*, realizado con apoyo del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo - IDRC Canadá (Subvención IDRC 105183-001) y monitoreado por Walter Ubal, Oficial Experto de Programa. Los contenidos de la presente publicación se basan en los informes de los equipos de investigación del proyecto en las ciudades de Cochabamba - Bolivia, Lima - Perú, Montevideo - Uruguay y Sao Paulo - Brasil.

EQUIPO DEL PROYECTO

Coordinación regional

Gustavo Riofrío

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo - **desco**

Equipos locales

Cochabamba - Bolivia

María Esther Pozo / Universidad Mayor de San Simón

Con la participación de las investigadoras Claudia Calsina, Miguelina Leibson y Olivia Román

Lima - Perú

Teresa Cabrera / Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo - **desco**

Con la participación de los investigadores Alonso Hidalgo, Lady Sihuyay, Juan Manuel Vilchez y Mario Zolezzi

Montevideo - Uruguay

Alma Espino y Nicole Bidegaín / Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo - Uruguay - CIEDUR

Con la participación del investigador Gabriel Pedeti

Sao Paulo - Brasil

Elizabeth Grimberg / Instituto POLIS

Con la participación de la investigadora María Lucia da Silveira

Tirada: 1000 ejemplares

Primera edición: agosto de 2012

Corrección de estilo: José Luis Carrillo M.

Cuidado de edición: Lady Sihuyay

Diseño de carátula e interiores: Juan Carlos García M.

Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156-164, Lima 5-Perú ☎ (51 1) 424-3411

ISBN: 978-612-4043-42-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-09901

© **desco**

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

León de la Fuente 110. Lima 17-Perú ☎ (51 1) 613-8300

Agosto de 2012

www.desco.org.pe

CONTENIDO

9	Presentación
11	Agradecimientos
13	Acerca del proyecto
	SECCIÓN 1
15	LA RECUPERACIÓN DE RESIDUOS RECICLABLES: UN SERVICIO AMBIENTAL
16	¿En qué consiste la recuperación de residuos reciclables?
21	Las y los recuperadores/segregadores urbanos
24	¿Quiénes son?
26	¿Cuántos son?
38	El trabajo de las y los recuperadores/segregadores urbanos
48	Los residuos: una economía
49	Una empresa familiar
52	Trabajar en la vivienda
53	Modalidades asociativas: cooperativas y microempresas
54	Trabajar con las basuras
58	Trabajar en la calle
61	Trabajar en un centro de clasificación

SECCIÓN 2

65 SER RECICLADORA / CLASIFICADORA / CATADORA
¿QUÉ SIGNIFICA?

66 El primer paso

72 La calle es dura

80 Es una oportunidad

88 ¡No hay descanso!

96 ¡Hay que unirse!

100 Perfil de entrevistadas

SECCIÓN 3

101 LINEAMIENTOS PARA ORIENTAR LA FORMALIZACIÓN

102 La gestión de residuos en nuestras ciudades: opciones a futuro

105 Apostando por la recuperación/segregación manual de residuos
sólidos domésticos

106 Formalizar una actividad informal

109 Lineamientos para orientar la formalización

115 Dimensiones de género en la formalización de las y los recuperadores /
segregadores

121 DOCUMENTOS CONSULTADOS

123 CONTENIDO FOTOGRÁFICO

PRESENTACIÓN

Trabajadoras por la ciudad: Aporte de las mujeres a la gestión ambiental de los residuos sólidos en América Latina es el resultado de un proceso de investigación/acción realizado con el apoyo del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo-IDRC Canadá. En este libro se muestra la realidad de la gestión de residuos reciclables en ciudades tan disímiles como Lima, Montevideo, Sao Paulo y Cochabamba, a partir de preguntarse por el lugar que ocupan las mujeres en los circuitos de recuperación y comercialización de los desechos con valor comercial.

No obstante la diversidad urbana, institucional y de los mercados que comprende este mosaico de ciudades, nuestras preguntas sobre el papel de las mujeres nos han llevado a apreciar, en el funcionamiento de estos circuitos, elementos comunes a los que es necesario atender en la perspectiva de mejorar la gestión de residuos, tanto en materia de calidad ambiental como de calidad de vida para las y los trabajadores.

El libro presenta al lector a las mujeres empleadas y autoempleadas en la cadena de recuperación de residuos reciclables. Conocer a las *recicladoras*, *catadoras*, *thawis* o *clasificadoras* —nombres que estas trabajadoras reciben en nuestras ciudades— será indesligable de aprender en qué consiste el servicio que brindan y cómo éste se relaciona con los sistemas oficiales de gestión de residuos sólidos. Con este fin, en la primera sección del libro repasaremos cada componente y visitaremos cada escenario de la actividad de *reciclar*, *segregar* o *catar* los productos de valor comercial que, en distintos grados, conviven con los desechos ya inservibles —las basuras— de nuestros hogares y ciudades. Esto nos llevará a entender el significado que este empleo tiene para las mujeres, sus entornos y las comunidades en las que ocurre.

En la segunda parte veremos cómo ellas conjugan su vida cotidiana con el desafiante mundo laboral, y lo haremos a través de testimonios sobre sus orígenes, las diversas motivaciones y circunstancias que las llevaron a ejercer este oficio, el valor que le dan a su actividad y cómo imaginan su futuro en ella.

En la tercera y última parte expondremos los argumentos y la evidencia que nuestro proyecto ha encontrado a favor de la integración entre las actividades de recuperación/segregación manual de reciclables y los sistemas oficiales de gestión de residuos sólidos. Si bien partimos de experiencias y propuestas previas que se alinean con ese propósito, la *integración de sistemas* que proponemos aporta un mayor potencial de inclusión social y económica, en la medida en que identifica las vulnerabilidades a las que —por su condición de género y ubicación en la cadena de trabajo— están sujetas las mujeres como grupo social específico. Así, presentamos recomendaciones concretas para que las políticas de “formalización” que implementan las autoridades municipales, laborales y ambientales actúen sobre las desigualdades entre varones y mujeres en los sistemas no oficiales —también llamados “informales”— de recuperación de residuos reciclables en nuestras ciudades.

AGRADECIMIENTOS

Esta publicación es posible gracias a la capacidad de trabajo y permanente contribución a la reflexión colectiva de los y las diversas profesionales que se vincularon a la realización del proyecto *Dimensiones de género en la gestión de residuos sólidos domésticos en ciudades de América Latina*. Walter Ubal, representante del IDRC, acompañó nuestro proceso desde el primer día. Su paciente involucramiento, en los grandes temas y en los pequeños detalles, fue clave para el progreso y calidad de nuestra investigación, así como para facilitar el diálogo con las redes y organismos de cooperación internacional que se interesaron en nuestra iniciativa.

Como responsables de la coordinación regional del proyecto, contamos con el soporte permanente del equipo del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo-**desco**, particularmente de su Presidenta, Molvina Zeballos, y de Liliana Zamalloa, asistente administrativa, quienes durante los tres años de dedicación al proyecto nos ayudaron a remontar dificultades y a cumplir cabalmente nuestro papel de anfitriones para los investigadores durante las jornadas de trabajo en Lima. Asimismo, contamos con Maruja Barrig como asesora en el primer momento de la investigación; su consejo y su crítica fueron necesarios puntos de partida para orientarnos en la formulación de preguntas. Por otro lado, tuvimos en Jorge Price un inmejorable animador de nuestra discusión de propuestas; su mirada combinó siempre el conocimiento de las personas con la comprensión de cómo funcionan los sistemas. Con su partida, hemos perdido a un excelente profesional y gran conocedor del mundo de los desechos urbanos.

A través de estas breves líneas queremos también expresar nuestro reconocimiento a los equipos de investigación del proyecto en cada ciudad, cuyos informes son la materia prima de este libro. En Cochabamba, a la socióloga María Esther Pozo de la Universidad Mayor de San Simón; en Sao Paulo, a Elizabeth Grimberg, investigadora del área de

ambiente urbano del Instituto POLIS; y en Montevideo, a la socióloga Nicole Bidegaín y a la economista Alma Espino, ambas investigadoras del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo-Uruguay. En Lima, a los antropólogos Juan Manuel Vílchez y Alonso Hidalgo, y en especial a nuestra colega Lady Sihuay, que dirigió la etapa de entrevistas en profundidad y, con el interés intacto hasta la conclusión del proyecto, se hizo cargo de la minuciosa labor de cuidado de edición del presente libro.

Agradecemos finalmente a cada una de las trabajadoras recicladoras, clasificadoras, catadoras que participaron en nuestro estudio, tanto por el tiempo y atención que concedieron al proyecto, como por haber contribuido a un proceso de conocimiento que consideramos fundamental para entender cómo funcionan nuestras ciudades y, por tanto, cómo pueden cambiar para ser más eficientes y sustentables ambientalmente, a la vez que más justas para quienes viven y trabajan en ellas.

ACERCA DEL PROYECTO

El proyecto *Dimensiones de género en la gestión de residuos sólidos domésticos en ciudades de América Latina* se llevó a cabo entre 2009 y 2012. Involucró el trabajo de cuatro equipos de investigación e incidencia que actuaron en otras tantas ciudades latinoamericanas: Cochabamba (Bolivia), Montevideo (Uruguay), Lima (Perú) y Sao Paulo (Brasil). La iniciativa tuvo como punto de partida una serie de observaciones sobre el rol de las mujeres en el sector informal de gestión de residuos sólidos urbanos municipales, realizadas por proyectos anteriores apoyados por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo-IDRC Canadá en la región. Dichas observaciones nos condujeron a considerar que la variable *género* sería útil para entender el trabajo informal con fines de reciclaje que ocurre en las ciudades latinoamericanas. Esta variable nos permitió comprender una labor en la que usualmente se visualiza solo la actividad callejera, y no las demás tareas llevadas a cabo en otros espacios por las mismas personas, familias y organizaciones.

Empleando información oficial y estadística disponible, en la primera etapa del proyecto elaboramos diagnósticos del funcionamiento de los servicios de limpieza pública y disposición final de residuos sólidos domésticos en cada ciudad estudiada. Consideramos que cualquier observación sobre las condiciones de vida de las mujeres dedicadas a la recuperación de residuos debe estar referida a la tensión entre la política del gobierno local, las actividades informales y la realidad del trabajo en los hogares, en las calles, en los botaderos, en los depósitos y en los locales de administración cooperativa.

En este marco, nuestro proyecto se propuso dar cuenta del tipo de actividades que las mujeres efectúan en la cadena de recuperación de residuos sólidos domésticos, las desigualdades que conlleva y las causas que las producen. Con este fin, en cada

ciudad se efectuaron aproximadamente 20 entrevistas en profundidad a trabajadoras del reciclaje, además de grupos focales tanto con mujeres que realizaban su labor de modo independiente como con aquellas afiliadas a alguna organización representativa de las y los recuperadores/segregadores urbanos. También se revisaron experiencias de éxito o de fracaso en la incorporación del servicio de recuperación/segregación de residuos en programas oficiales o emprendimientos privados, y su impacto en las relaciones de género.

Al discutir y analizar toda esta información vimos cómo la informalidad y la no regulación de la actividad afecta de modo distinto a las mujeres, en la medida en que sus labores específicas en la agregación de valor a los desechos recuperados tienden a ser invisibles para las autoridades públicas y la ciudadanía; sea porque se realizan en el hogar —donde se superponen y combinan con lo doméstico y lo familiar—, sea porque no están asociadas a la esfera pública y a los valores aparentes de producción —despliegue de fuerza física, transporte de carga o negociación de precios—, labores que tienden a ser concentradas por sus pares hombres. Esta condición diferente de las mujeres tiene como consecuencia una sobrecarga de trabajos reproductivos y un limitado sentido de identidad laboral.

Conocer en detalle estas características y condiciones de trabajo de las mujeres fue necesario en tanto nuestro objetivo de fondo es mostrar las posibilidades de formalización del servicio que realizan las y los recuperadores/segregadores urbanos, entendida como su integración a los sistemas oficiales de gestión de residuos sólidos domésticos. Creemos que esta integración puede ser una vía efectiva para el reconocimiento social y la inclusión económica de las mujeres que, en condiciones muy adversas, han encontrado en la recuperación de residuos una oportunidad de ingresos. Así, los resultados de este proyecto y las recomendaciones que entregamos en el presente libro muestran cómo el enfoque de género no solo es útil para aproximarse a la realidad de las mujeres trabajadoras de bajos ingresos, sino que es también una herramienta crucial para problematizar y comprender el funcionamiento de un servicio urbano y, desde ahí, realizar aportes a la mejora de la calidad ambiental en las ciudades latinoamericanas.



Sección 1

LA RECUPERACIÓN DE RESIDUOS RECICLABLES: UN SERVICIO AMBIENTAL



¿EN QUÉ CONSISTE LA RECUPERACIÓN DE RESIDUOS RECICLABLES?

La recuperación de residuos sólidos domésticos (RSD) con fines de reciclaje consiste en la recolección de aquellos materiales que, desechados por sus usuarios, pueden ser reintroducidos en un ciclo productivo; es el caso del papel, componentes del plástico, el vidrio, el aluminio, etcétera. Condicionada por la cobertura de los sistemas oficiales de limpieza pública, esta recuperación de residuos se produce en un rango muy variable de modalidades que se mueven entre dos polos. En el primer polo se ubica el recojo diferenciado de RSD en el punto de origen: las familias o los comercios entregan a la ciudad sus desechos separados de sus basuras. En el otro polo se encuentra la extracción de los desechos de entre las basuras, sea en el punto de origen, en puntos de disposición intermedia o en el sitio de disposición final —un botadero o relleno sanitario.

Ya sea que hayan sido dispuestos junto con las basuras o diferenciados de éstas, los desechos reciclables serán separados en tipos y sometidos a procesos que los reconvertirán en insumos industriales. La recuperación de residuos reciclables implica distintas tareas: no solo el recojo, sino también la selección, la separación en tipos de materiales, los procesos de limpieza, de compactación y empaque, además de las operaciones comerciales para conducirlos a las industrias. Estas tareas específicas ocurren en lugares distintos y suponen un nivel de especialización entre quienes las realizan. Asimismo, varían tanto en escala —por el volumen de residuos o el territorio implicado— como en la modalidad —manual o maquinizada— en cada etapa de sus procesos. En este capítulo conoceremos las condiciones y lugares en que se llevan a cabo estas tareas, su ubicación en los sistemas de gestión de residuos sólidos y, en particular, a las mujeres empleadas en los circuitos de recuperación y comercialización de los desechos con valor comercial.



Circuitos especializados vs. Sistemas integrales

La principal necesidad ambiental de las ciudades consiste hoy en reducir drásticamente el conjunto de residuos que ingresan en los rellenos sanitarios, así como proporcionar a las industrias la mayor cantidad de insumos, lo que contribuye a limitar el uso del material virgen que en última instancia se obtiene de la naturaleza. Integrar el manejo de los desechos reciclables a la gestión formal de residuos sólidos brinda salidas a ambas necesidades, que van aparejadas al reto de mejorar los servicios de limpieza pública. Actualmente los programas de recojo selectivo en nuestros países solo recuperan productos de alto valor unitario y fácil manipulación, como los cartones de embalaje que abundan en las áreas comerciales, los restos de comida de los restaurantes o los desechos de acero de las construcciones. Con pocos generadores de un solo producto, lo que se tiene son circuitos especializados de recojo selectivo para esos productos, antes que un sistema que integre la gestión de basuras —lo que ya no tiene uso posible y debe ser enterrado— y la del conjunto de los desechos —residuos con potencial para el reciclaje.

Las tendencias del mercado han externalizado el servicio de acondicionar los materiales que, provenientes de los desechos del consumo, son demandados por las industrias. La labor de seleccionar, limpiar y transformar *desechos* en *insumos* empacados y listos para ingresar en la cadena productiva requiere varias combinaciones en el uso de mano de obra y tecnología. Para que los materiales reciclables reingresen en el ciclo productivo es preciso organizar una cadena que escale desde pequeñas cantidades de una gran variedad de productos, hasta las toneladas de materiales clasificados que se entregan a las plantas productivas que lo demandan. La renovación continua de teléfonos celulares, aparatos digitales y equipos de cómputo tiene su contracara en el descarte masivo de los dispositivos que se tornan obsoletos para sus usuarios, con lo que se produce la llamada “basura electrónica”. Para gestionarla, han emergido cadenas que parten de cualquier pequeña ciudad del orbe y terminan en unas cuantas plantas en China que requieren los metales escasos de los componentes electrónicos. Esto



nos brinda una idea de las numerosas “manos” por las que debe pasar el material antes de ser reciclado.

No obstante estas múltiples combinaciones necesarias, en las propuestas de mejorar la gestión de residuos en nuestras ciudades persiste el sueño tecnocrático que pretende que una sola organización —sea pública o privada— se haga cargo de todo el proceso de recojo, selección y limpieza, acondicionamiento y, finalmente, entrega a una planta procesadora o industrial. Esta pretensión subestima el hecho de que ya existen vastos contingentes de personas y numerosas empresas de variada dimensión dedicados a esta tarea. El que sus actividades transcurran en la informalidad económica, y las más de las veces en tensión con los servicios oficiales de limpieza pública, refuerza la idea de que estas personas deben ser reemplazadas. Esto ocurre porque el trabajo de recuperación/segregación de residuos está representado socialmente a partir de sus condiciones de precariedad, antes que por su función económica y ambiental.

Al final del consumo: el inicio del reciclaje

Sea cual fuere el sistema adoptado, recuperar en origen los residuos reciclables demanda mucho esfuerzo y considerable cantidad de mano de obra, ya que los domicilios entregan variados tipos de material en muy pequeñas cantidades. Si asumimos que el reciclaje empieza ahí donde termina la cadena de consumo, veremos que el sistema más eficiente será el que se acerque más al usuario final, al que desecha los materiales potencialmente reciclables. Es allí donde intervienen las y los recuperadores/segregadores.

Aunque importantes, las experiencias en las que se ha alejado a las y los recuperadores/segregadores de estar expuestos a las basuras aún no son la regla en nuestras ciudades. Como actualmente ocurre, el elemento que caracteriza la labor profesional de las y los recuperadores/segregadores es el hecho de trabajar con las basuras. En ello residen en gran medida los problemas del recojo selectivo en origen, tanto respecto a las condiciones de trabajo como en lo que concierne a la valoración de las comunidades y autoridades sobre esta labor y los cuestionamientos a su calidad como servicio urbano.



Cuatro ciudades latinoamericanas

Nuestra investigación ha abordado diversas experiencias. En **Sao Paulo**, las cooperativas de **catadores** son la punta de lanza de un movimiento que pugna por la inclusión de los trabajadores actuales en la gestión oficial de residuos sólidos. El trabajo de las cooperativas se concentra principalmente en las tareas de segregación, limpieza, empaque y comercialización que se realizan en centros de acopio o depósitos, aunque algunas llevan a cabo también el recojo, sea éste con la garantía de la autoridad de que los generadores los entregarán diferenciados de las basuras o en zonas en las que los desechos deban ser extraídos de entre las basuras.

En **Montevideo**, la modalidad que articula la gestión no oficial de reciclables es el recojo y recuperación protagonizado por las y los **clasificadores**, que emplean tradicionalmente carros o carretas tiradas por caballos para llevar su carga. Se trata de una actividad marcadamente familiar, en la que el recojo es público y la clasificación y limpieza de los materiales ocurre generalmente en el espacio doméstico y es realizada por las mujeres. El gobierno de Montevideo ha señalado y acondicionado puntos de disposición intermedia donde las y los clasificadores pueden realizar la actividad de segregación y limpieza, una medida que pretende el ordenamiento de la actividad callejera y tiende a la erradicación del trabajo doméstico.

Entre las cuatro ciudades que abarca nuestro estudio, y a pesar de sus recientes esfuerzos por promulgar leyes para el sector, Lima y Cochabamba son las que presentan menor avance en el reconocimiento de las y los recuperadores/segregadores desde el poder público. No obstante, hay enormes diferencias entre estas ciudades en lo que respecta a la actuación y modalidad de trabajo de este sector. En **Cochabamba** subsiste la recuperación de residuos en el punto de disposición final, el botadero de *K'ara K'ara*, práctica tolerada por la autoridad local. A la vez, ha surgido hace relativamente poco la extracción de residuos de los contenedores callejeros, actividad en la que se desempeñan principalmente mujeres de tercera edad y migrantes provenientes del campo. Solo en 2012 el gobierno local ha emitido una ley de reconocimiento a los **recicladores**. Esta norma existe en el Perú desde 2009, y es el más importante logro del incipiente movimiento de recicladores en este país, sin embargo no ha logrado producir cambios de magnitud en la gestión municipal de residuos sólidos. En **Lima**, existen algunos programas que operan el recojo de materiales reciclables con **recicladores** asociados, pero son inestables en el tiempo y operan en un territorio restringido. Por lo demás, conviven con el recojo y entierro no diferenciado de basuras y desechos que predomina como modelo del servicio municipal y con la recuperación escasamente regulada que protagonizan las y los **recicladores** a escala de toda la ciudad, aunque totalmente al margen de estándares sanitarios apropiados o contratos formales con las autoridades urbanas.

Para quien genera los residuos y los dispone fuera de su vivienda, oficina o comercio, el ciclo ha terminado: solo cabe la desaparición de “la basura”, su encaminamiento a un lugar remoto e ignorado. En cambio, para quien rescata lo útil entre los desechos, éste es el punto de inicio. Las y los recuperadores/segregadores de residuos, a diferencia de la mayoría de ciudadanos, aprecian con claridad la diferencia entre lo inservible y lo que aún puede y debe prolongar su utilidad a nuestras sociedades. Conocen —aunque solo sea superficialmente— la variedad de productos con valor en el mercado y sus posibilidades de reutilización y reciclaje. Saben que estos materiales no deben ser enterrados en un relleno sanitario, y que alcanzarán un mejor precio si se presentan seleccionados y limpios a un nuevo consumidor. En ese sentido, las y los recuperadores/segregadores están más cerca de comprender y atender las necesidades ambientales de nuestros días.



LAS Y LOS RECUPERADORES/SEGREGADORES URBANOS

El recojo callejero y segregación manual de residuos reciclables no es un oficio reciente en nuestras ciudades. Para su existencia, históricamente ha bastado con la convergencia de tres factores: disponibilidad de material con potencial para el reuso y el reciclaje, industrias —locales o foráneas— que demanden ese material, y personas dispuestas a buscarlo.



Esta actividad opera bajo distintas modalidades, que pueden iniciarse en el recojo “puerta-a-puerta” dentro de un ámbito determinado por la autoridad municipal —o en acuerdo con ésta—, o en la búsqueda y colecta clandestina del contenido de bolsas o tachos de desechos domésticos o de áreas comerciales, que luego serán limpiados, clasificados y vendidos. En los extremos del espectro se convive con el trabajo de rescate de materiales en los puntos de disposición final —rellenos sanitarios o simples botaderos— y con la selección manual en plantas acondicionadas para la clasificación de los residuos.

Las políticas de gobierno de cada ciudad, y su relación de tolerancia, prohibición, represión o convivencia con el oficio de recuperación y segregación de residuos, definen el tipo de actividad y, en gran medida, la percepción del vecindario sobre las y los recuperadores/segregadores. De hecho, son estas políticas las que, por acción u omisión, han transformado progresivamente las modalidades y condiciones en que este grupo se desenvuelve. El cierre de rellenos sanitarios o la tendencia a prohibir el trabajo en ellos, la instalación de contenedores o el uso de camiones compactadores: cualquier cambio, regulación o inversión que afecte al sistema oficial de recolección de residuos impactará también en el desempeño de las y los recuperadores/segregadores. Los impactos pueden ser positivos, como lo es la cancelación de formas de trabajo insalubres en rellenos sanitarios; o cuestionables, como la desaparición de circuitos especializados de colecta de chatarra, papel periódico, vidrio u objetos en desuso, como consecuencia de la extensión del paradigma “todo-basura”, que desincentiva la separación que se practicaba en muchos hogares, asociados a sistemas tradicionales de intercambio en especies, perecibles o utilitarios.¹ También ocurren efectos perversos, como la práctica de introducir niños y niñas en contenedores que, debido al tamaño o diseño de su mecanismo de cierre, dificultan a un adulto explorar el contenido.

¹ En Lima, los llamados “botelleros” y “ropavejeros”, con los que antaño las familias podían intercambiar, respectivamente, botellas de vidrio u objetos en desuso por aves de corral para crianza doméstica u objetos utilitarios de plástico, entre otras cosas.

El reciclaje en nuestros países

Si bien las mediciones oficiales ubican a Brasil, Uruguay y el Perú como países de renta media-alta y a Bolivia entre los de renta media-baja, de acuerdo con las características que cobra la actividad de reciclaje en los países clasificados según su nivel de ingresos —listadas en un documento reciente del Banco Mundialⁱ—, nuestros sistemas de gestión de residuos sólidos pueden ser “igualados hacia abajo”, asemejándose más al funcionamiento de los países de renta baja.

Países/ Nivel de ingresos*	Prácticas de gestión de residuos sólidos / Actividad: Reciclaje
Bajos	La mayor parte del reciclaje se realiza a través del sector informal, mediante la recuperación de residuos. Las tasas de reciclaje tienden a ser altas, tanto para mercados locales como internacionales, así como las importaciones de materiales para reciclaje, incluidas las mercancías peligrosas, como residuos electrónicos y de desguace de buques. Los mercados de reciclado no están regulados e incluyen un gran número de intermediarios. Se caracterizan por grandes fluctuaciones de precios.
Medios	El sector informal mantiene una participación importante; en parte se emplea alta tecnología de clasificación e instalaciones dedicadas al procesamiento. Las tasas de reciclaje son relativamente altas. Los materiales a menudo se importan para su reciclado. Los mercados de reciclado son un poco más regulados. Los precios de los materiales fluctúan considerablemente.
Altos	Los servicios de recojo de materiales reciclables y la alta tecnología de clasificación e instalaciones dedicada al procesamiento son comunes y regulados. Existe creciente atención hacia los mercados de largo plazo. Las tasas globales de reciclaje son superiores a las de los países de ingresos bajos y medios. El reciclaje informal todavía existe (por ejemplo, la colecta de latas de aluminio). Está generalizada la lógica de responsabilidad extendida sobre los productos.
* Renta baja (menos de US\$975)/media-baja (US\$976-US\$3.855)/media-alta (US\$3.856-US\$11.905)/alta (más de US\$11.906). Basado en Hoornweg/ Bhada-Tata (2012).	

Con respecto a la alta fluctuación de precios que caracterizaría al reciclaje en los países de bajos ingresos, un estudio de los impactos de la recesión internacional de 2008 entre trabajadores informalesⁱⁱ identifica que en particular los recicladores de América Latina fueron los más susceptibles a la influencia de la crisis sobre la dinámica de precios internacionales en su sector, que comenzó en octubre de 2008. Experimentaron el mayor descenso en la demanda y en los precios de venta, amén de otros hechos preocupantes: además de cierta reducción del consumo local —y la consecuente menor generación de desechos—, los intermediarios dejaron de comprar ciertos materiales con baja demanda internacional y algunos de sus clientes fijos se rehusaron a ceder gratuitamente el material. La menor disponibilidad de desechos afectó la posibilidad de negociar mayores volúmenes de venta, con lo que se redujo el promedio de ingresos. También se registró una mayor competencia: más del 80% de encuestados reportó un aumento de trabajadores en su rubro desde enero de 2009, y se identificó que la mayoría de estos “recién llegados” eran mujeres. Esta información permite agregar otra característica fundamental de las actividades de reciclaje en nuestra región: la *alta dependencia* y consiguiente *vulnerabilidad económica y social* de las y los trabajadores del sector informal involucrado.

ⁱ *What a Waste: A Global Review of Solid Waste Management*. s.l.: The World Bank + Urban Development & Local Governments, 2012.

ⁱⁱ *Sin colchón que amortigüe la caída: La crisis económica global y los trabajadores de la economía informal*. s.l.: Ciudades Inclusivas/WIEGO, 2009.



¿Quiénes son?

Cuando pensamos en las personas que trabajan con los residuos de las ciudades, las imágenes evocadas tienen como escenario bien el relleno sanitario o el botadero a cielo abierto, donde grupos de hombres y mujeres escarban la descarga de camiones municipales, bien las calles y avenidas por las que individuos recelosos circulan con sus costales, carritos o carretas cargados de cartones, latas, plásticos y chatarra. Quizá quienes viven cerca de un centro de acopio o depósito tengan una imagen más compleja de lo que implica la cadena de reciclaje, sea porque observan a diario el movimiento de materiales, sea porque temen ser afectados por un eventual incendio; pero lo cierto es que la mayoría de ciudadanos no piensa en el asunto más allá del “reciclador” callejero.

Aunque la situación tiende a mejorar, la comprensión de las autoridades no es mayor. En promedio, los intentos por regular —o reprimir— la recuperación y segregación no oficial de reciclables toman como punto de partida las tareas socialmente *visibles* de la actividad, específicamente el recojo y transporte de materiales. Las otras etapas que el desecho atraviesa en su camino de retorno al ciclo productivo son opacas y hasta invisibles al ojo público. Por extensión, lo son también los lugares donde éstas ocurren y las relaciones que allí se establecen entre quienes participan en esta conversión del desecho doméstico en insumo industrial. Preguntarse por las mujeres y su lugar en los circuitos de gestión de reciclables nos ayuda a *iluminar* una de las tareas menos apreciadas, a la vez que fundamentales, en la constitución del valor económico y ambiental de lo recuperado: la clasificación y limpieza de los materiales. Reconocer esta etapa, en primer lugar, relativiza significativamente la percepción generalizada de que el llamado “reciclaje informal” de nuestras ciudades emplea mayoritariamente mano de obra masculina. En segundo lugar, abre las puertas de los espacios privados y nos muestra el delicado equilibrio entre economía productiva, labores domésticas y cuidado familiar en los *hogares recicladores/clasificadores*, tanto como la sutil división sexual del trabajo en los locales cooperativos o plantas transformadoras. En tercer lugar, al ampliar el espectro de hechos y personas involucradas, preguntarse por el lugar de las mujeres aporta elementos cruciales para que la integración del servicio de recuperación y segregación de RSD a los sistemas oficiales sea más inclusiva.



Una mirada de género

En las últimas décadas el concepto de pobreza ha sido ampliamente debatido, así como las formas de medirla. La metodología comúnmente empleada por la banca multilateral y las instituciones estadísticas locales emplea dos criterios: ingreso de los hogares y necesidades básicas insatisfechas. Desde la perspectiva feminista se cuestionan estos criterios porque al tomar como unidad de análisis el hogar, se asume que allí se produce una distribución igualitaria de ingresos y bienes, con lo que se esconden las desigualdades entre los integrantes de un hogar, en particular entre hombres y mujeres. Para el estudio de las y los recuperadores/segregadores esta crítica es pertinente, en tanto estos hogares distan mucho de ser unidades armónicas, y existe un reparto desigual de bienes y recursos.

El viejo concepto de división sexual del trabajo aporta a la comprensión de cómo se distribuyen los tiempos y roles en la esfera productiva y reproductiva según los géneros. Esta división en los hogares pobres es extremadamente inequitativa desde el punto de vista del uso del tiempo. En el caso de las familias dedicadas a la recuperación/segregación de reciclables, esta división es marcada. Los hombres están en el espacio público realizando las tareas de recolección, clasificación y venta de los residuos, mientras las mujeres se ubican principalmente en el espacio privado a cargo de las tareas domésticas y de cuidado, así como de la clasificación de los residuos. Ninguna de estas tareas es considerada trabajo, pero ambas son fundamentales para la economía familiar. Este reparto de tareas recae desproporcionadamente en las mujeres, pues restringe sus oportunidades de desarrollo y acceso a los recursos materiales y sociales.

En este sentido, la perspectiva de género aporta nuevas dimensiones de análisis, pues permite:

- Ampliar la visión de los actores que intervienen en la gestión informal de residuos. Del sujeto hombre recuperador/segregador se complejiza la mirada hacia las diversas formas de familias dedicadas a la recuperación/segregación que trabajan en la calle y en los hogares.
- Visualizar la clasificación fina y la limpieza de los residuos que realizan las mujeres y las niñas y niños en los hogares, una etapa del proceso de reciclaje que es fundamental para la venta pero que permanece escondida, sin ser vista como un trabajo y como una tarea especializada en tanto no está asociada a esfuerzo físico y se realiza dentro de los hogares. Sin embargo, sin esta etapa los residuos no podrían ser insertados en el mercado de reciclables.
- Analizar la división del trabajo según edad y género en las familias recuperadoras/clasificadoras, con el fin de comprender cómo impactan estos roles en el desarrollo individual y el bienestar de cada individuo.



¿Cuántos son?

El *Informe de la evaluación regional de los servicios de manejo de residuos sólidos municipales en América Latina y el Caribe 2005* presenta una tabla comparativa de países y un promedio regional de número de segregadores por cada mil habitantes (tabla 1). De acuerdo con el Informe, alrededor de 500 mil personas participaban informalmente en la recuperación/segregación de residuos sólidos en América Latina y el Caribe. Destaca la participación femenina, que alcanza cerca de un tercio del total.

Tabla 1
Recicladores por 1.000 habitantes en países seleccionados
en América Latina y el Caribe

País	Hombres		Mujeres		Menores		Total
Argentina	---	---	---	---	---	---	---
Bélice	0,008	24%	0,025	74%	---	---	0,034
Bolivia	0,027	42%	0,017	26%	0,02	31%	0,065
Brasil	---	---	---	---	---	---	0,134
Chile	0,015	20%	0,046	61%	0,009	12%	0,076
Costa Rica	0,015	25%	0,025	41%	0,02	33%	0,061
Guatemala	0,208	48%	0,22	51%	0,006	1%	0,43
Guyana	0,048	15%	0,254	77%	0,025	8%	0,329
Honduras	0,107	32%	0,225	68%	---	-	0,332
Jamaica	0,012	57%	0,009	43%	---	-	0,021
Paraguay	---	-	---	-	---	-	1,510
Perú	0,156	22%	0,513	71%	0,054	7%	0,724
Rep. Dominicana	0,122	51%	0,212	88%	0,042	17%	0,241
Surinam	0,075	61%	0,075	61%	0,1	81%	0,123
Trinidad y Tobago	0,08	31%	0,18	69%	---	-	0,26
Venezuela	0,03	19%	0,104	65%	0,025	16%	0,159
Promedio ALC	0,05	29%	0,051	29%	0,072	42%	0,173

Fuente: BID, AIDIS, OPS: Evaluación regional del manejo de RSU en ALC, 2005.



Las cifras disponibles provienen de fuentes nacionales diversas, correspondientes a la segunda mitad de la década de 1990 y la primera de la del 2000 —en particular, los años para Uruguay y el Perú son 1995 y 1998, respectivamente—. El Informe actualizado a 2010 encontraba para la región un número levemente superior a las 400 mil personas. Lamentablemente, no se considera la variable sexo en la presentación de las cifras. Aunque se toma en cuenta variables como estar organizado y se indica el tipo de trabajo (recolección, en vertedero o en planta de clasificación), las cifras nacionales agregadas actualizadas a 2010 (tabla 2) son bastante conservadoras con respecto a las estimaciones en las que convienen los actores locales en cada ciudad en la que se llevó a cabo nuestro estudio, basadas en registros oficiales del sector (Montevideo), proyecciones de censos de población (Lima) y estudios aplicados (Cochabamba) (tabla 3).

Tabla 2
Número de segregadores urbanos en ALC

País	Total	Organizados	En plantas	En recolección	En vertederos	Otro
Bolivia	4.372	1.248	--	380	115	2.877
Perú	9.597	499	250	3.312	1.951	4.084
Uruguay	7.529	159	1.029	4.713	855	933
Brasil	86.409	29.930	20.123	-	37.540	28.747

Fuente: BID, AIDIS, OPS: Evaluación regional del manejo de RSU en ALC, 2010.

Tabla 3
Estimados locales de trabajadores informales en la recuperación/segregación de residuos sólidos domiciliarios

Ciudad	Estimado	Participación femenina	Tipo	Fuente
Cochabamba	2.274	58%	Muestreo independiente	SGAB 2009
Lima	3.400	42%	Deducción Censo de Población	WIEGO basado en INEI 2007
Montevideo	5.013	18%	Empadronamiento	IMM 2008
Sao Paulo	---	---	---	---

Elaboración propia.



En general, las cifras no son estrictamente comparables, pues mientras algunas se centran en el trabajo en el sitio de disposición final, otras ya han avanzado a conteos más específicos sobre el trabajo de recolección en las calles, atendiendo al creciente tránsito de recuperadores en los espacios públicos de las áreas urbanas. Una de las limitaciones principales en este sentido es la alta probabilidad de subregistro de la participación femenina —que ocurre mayoritariamente en espacios privados—. Con el fin de profundizar en este aspecto, revisaremos brevemente los tipos de trabajo que se consideran en los registros regionales y, en consecuencia, qué tipos son soslayados en dichos conteos.

El estudio *Mejoramiento de las condiciones de vida de recicladores informales en América Latina y el Caribe* realizado para el Banco Interamericano de Desarrollo en 2005 identifica cuatro “modelos” (tabla 4) bajo los que los segregadores informales realizan su trabajo en América Latina y el Caribe.

Tabla 4

	Modelo	Características
A	En domicilio o puerta del generador	Trabajo itinerante. Desplazamiento por lo general en vehículo. Parte importante se estructura en torno a generadores de materiales específicos (comercios y oficinas). Implica un nivel de acuerdo con el generador; en algunos casos, a cambio de la cesión del material, se solicita al trabajador un servicio adicional (llevarse la basura, barrido, etcétera).
B	En las calles	Implica el recorrido de calles a pie (con bolsas, costales) o en vehículos y la manipulación del contenido de bolsas, contenedores y tachos con lo desechado por los usuarios de los servicios oficiales de limpieza pública. No hay acuerdos con los generadores. La mayoría de trabajadores escoge al recoger, pero muchos, en particular los que cuentan con vehículo, cargan la mayor cantidad posible para seleccionar luego en lugares donde puedan arrojar lo que no requieren o en sus hogares.
C	En los vehículos de recolección de residuos	Forma ilegal, aunque tolerada, de apropiación de materiales por parte de trabajadores de los vehículos de carga del sistema oficial. Se separan los materiales antes de la compactación, camino a los lugares de disposición final. En algunos casos funciona como el complemento del jornal o salario formal de los operarios, que es muchas veces inferior a lo que se puede obtener por el material segregado. Modalidad que funciona en áreas no cubiertas por los servicios oficiales. Los segregadores recogen los desechos no segregados y se apropian de los reciclables, dejando lo descartado bien en lugares de acopio donde son recogidos por el sistema oficial, bien en lugares clandestinos.
D	Vertedero o sitio de disposición final	Implica recuperar los residuos en el momento intermedio entre la descarga desde un vehículo y el paso de la maquinaria de compactación. No se cuenta con tecnología adecuada; es la modalidad más peligrosa e insalubre. También la que implica mayor exclusión, pues emplea mano de obra de familias que habitan el sitio y de las poblaciones cercanas a los sitios de disposición final —asentadas allí en condiciones precarias—, con lo que reduce su movilidad y lazos sociales.

Basada en Instituto Peruano de Economía Social y Banco Interamericano de Desarrollo: “Mejoramiento de las condiciones de vida de recicladores informales en América Latina y Caribe”. s.l.: IPES/BID, 2005.



El criterio para esta tipología es la identificación del lugar/momento en que se realiza la recuperación del residuo, ya sea que ocurra antes de su ingreso en la cadena oficial de recolección y transporte (A y B) o en determinado punto de esa cadena (C y D). Por esta razón, aunque se menciona la tarea de clasificación, se pierde de vista el carácter específico de este trabajo en tanto es realizado en espacios privados, sean los depósitos, sean las viviendas de los hogares de recuperadores/segregadores. Por extensión, pierde de vista a las personas que lo realizan mayoritariamente: las mujeres.

Aunque, en general, se reconoce que éste es un trabajo que involucra a *grupos familiares*, el rol de las mujeres al interior de ellos se subvalora al considerarlas *personas en situación de vulnerabilidad* —como a las personas menores y de tercera edad— antes que *personas precariamente incorporadas al mundo del trabajo*. La situación de la mujer llama la atención en tanto sus derechos —por ejemplo, a la salud— pueden ser vulnerados, antes que por su función económica en la cadena de agregación de valor del material recuperado. Queda claro, entonces, que la limitación principal para cuantificar la participación de las mujeres en este sector tiene que ver con la indistinción entre las tareas que implica la recuperación/segregación de residuos. Si no se abarca toda la secuencia de tareas, no es posible superar la imagen del varón-recolector-con-vehículo, ni ver más allá de las calles, las relaciones diferenciadas entre los varones —titulares públicos del trabajo— y las mujeres que clasifican —poco o mal relevadas en los registros y censos existentes.

La escasa comprensión que existe de la distinción entre las tareas que implica la recuperación/segregación de RSD, agrega limitantes para relevar cifras certeras acerca del número de personas que realizan estas labores. Entre los factores más sensibles está la baja participación de las y los trabajadores en censos y empadronamientos promovidos por las autoridades urbanas, basada en la extendida sospecha de que éstos son el primer paso para una prohibición. Otras razones se relacionan con la heterogeneidad que caracteriza a la recuperación/segregación de residuos, en tanto actividad que es realizada por unidades económicas de diversa escala —personas, grupos familiares, cooperativas—, con medios de carga y transporte distintos y con cierta especialización con respecto a los productos que recuperan y al procesamiento al que los someten. Esta heterogeneidad hace difícil organizar una categorización exhaustiva. A esto se suma la inestabilidad de los emprendimientos colectivos, que complica contar con cifras sostenidas año a año, ya que en periodos relativamente cortos, bien pueden encontrarse en un pico de participación, bien en uno de declive en su número inicial de miembros activos.



Todos los nombres

En las ciudades del Brasil, *catador*, o en las de Uruguay, *clasificador*, denominan la acción (recoger/ clasificar), mientras que en el Perú o Bolivia “reciclador” va a referir, de manera más amplia, a la función a la que sirve ulteriormente. Estas denominaciones, aceptadas por el sector organizado de las y los trabajadores del rubro, conviven con otras de uso común que, si bien en algunos casos han adquirido carga peyorativa, son muestra de la heterogeneidad de modalidades, medios y materiales de interés: “ciruja” (Argentina) o “ganchero” (Paraguay) refieren el uso de una herramienta manual para abrir y explorar el contenido de bolsas y recipientes; “costalero” (Colombia) o “carretonero” (México) atienden al medio de carga, en tanto “cartonero”, “botellero”, “chatarro” otorgan identidad a partir del material con que se negocia.

De igual modo, en todas las ciudades de la región pueden oírse “buzo” y “buceador” o “gato” y “gateador”, que describen una actitud del cuerpo: los unos, la de sumergirse entre los desechos; los otros, la de ingresar subrepticamente en un contenedor o en un botadero cercado. Finalmente, “abre-bolsa” o “bolsero” refieren al personaje que “ataca” apresuradamente los paquetes de desechos en las calles, sin cuidar que el contenido no se disperse y cause problemas de limpieza pública.



A pesar de tales limitaciones, las cifras producidas por fuentes oficiales y de organizaciones de cooperación técnica nos ayudan a establecer la magnitud del empleo que brinda la recuperación/segregación de RSD, la dimensión de la participación femenina y el predominio de las formas familiares de trabajo en este rubro. Veamos las cifras disponibles para nuestras cuatro ciudades: Cochabamba, Montevideo, Lima y Sao Paulo.

Cochabamba

El botadero de *K'ara K'ara* es el lugar controlado de disposición final. Funciona desde la segunda mitad de la década de 1980, y se ha previsto su cierre definitivo para el año 2013, tras ser declarado zona de desastre ambiental por su impacto sanitario sobre las poblaciones próximas y el nivel de contaminación de suelos y de las aguas del río Tamborada. No cuenta con tecnología adecuada para el manejo de residuos, y las actividades de segregación, en malas condiciones de salubridad, son efectuadas por quienes habitan el botadero y los asentamientos de los alrededores, con una población aproximada de entre 800 y mil familias, entre las que destaca el importante número de hogares liderados por mujeres segregadoras. Se entrecruza allí una disputa por los desechos de valor y los problemas de habitación precaria de la población de las áreas cercanas, con un sector protestando por el deterioro del ambiente y las afectaciones a la salud y otro empleando su poder para controlar el acceso al botadero como factor de negociación con el fin de lograr mejoras de infraestructura y servicios urbanos.

La ciudad emplea también contenedores para que las familias depositen sus residuos domésticos no segregados. Son más de 800 las unidades instaladas en las zonas Norte y Centro de la ciudad. El recojo se basa en el binomio camión-contenedor: el contenedor solo puede ser levantado por un tipo específico de vehículo. En 2002 la ciudad adquirió esta tecnología —de patente extranjera—, y en menos de una década el sistema colapsó debido a dificultades para mantener operativos los cinco camiones requeridos para vaciar los contenedores. La recuperación/segregación que se realizaba en torno a los contenedores, precaria e ilegal, ha empeorado aún más sus condiciones objetivas y su imagen pública, a la par del deterioro del sistema.

No existe un censo o registro oficial del sector recuperadores/segregadores en Bolivia. De acuerdo con el Ministerio de Medio Ambiente y Agua, la recuperación



de residuos se trataría de una actividad “ocasional” para poco más de 10 mil 100 personas en todo el país, mientras que otras 10 mil la tendrían como actividad permanente y principal. Esta fuerza laboral se concentra en La Paz, Santa Cruz, Cochabamba y El Alto, las cuatros aglomeraciones urbanas más importantes del país. Según cifras del *Proyecto Ciudades Focales*, para el año 2008, en Cochabamba 2.274 personas se dedican a tiempo completo a la recuperación y segregación de residuos reciclables, cifra que se reparte entre quienes trabajan en el centro urbano —alrededor del sistema de contenedores públicos— y quienes están afincados en el botadero de *K'ara K'ara*. De ellos, el 42% eran adultos y el 7% adultos mayores; la mayoría eran mujeres (58%), y prácticamente todos provenían de áreas rurales próximas. Articulando este recojo existen 82 centros de acopio bajo administración privada y propiedad unipersonal, que generan empleos a cerca de 100 personas. Estas cifras relevan dos formas de trabajo: la recuperación de residuos en el lugar de disposición final —el botadero de *K'ara K'ara*— y la colecta callejera que tiene como referencias principales el recorrido de los camiones de la empresa municipal de aseo público y el sistema de contenedores.

Montevideo

La aparición del trabajo de recuperación/segregación está asociada a la prohibición de la quema domiciliar de residuos y la apertura de vertederos a cielo abierto, sistema que la ciudad adoptó para la eliminación de sus RSD en los años 60 del siglo pasado. El trabajo en el sitio de disposición final se mantuvo hasta que la Intendencia de Montevideo adquirió, en los 80, camiones compactadores que impedían que los residuos llegaran en estado aceptable para su valorización. Entonces, los *clasificadores* comenzaron a trabajar en las calles. En el año 1990 se legaliza con carácter “experimental y transitorio” su presencia en la ciudad, y no es sino hasta el 2002 que se autoriza su participación en la gestión de RSD, se crea el *Registro de Clasificadores* y se prevé implementar *Puntos Verdes*, lugares para la clasificación y desecho de descartes. Según el censo de 2002 —actualizado en 2006—, habría 8.800 clasificadores; para 2008 se contaron 5.013. El total de personas en los hogares de clasificadores asciende a 20.612 para 2008; y para 2002 era de 23.398. La distribución por sexo de los censados presenta importante predominio de población masculina, aunque para 2008 el total de mujeres



registradas aumentó y alcanzó 18% del total. Los varones “salen” a recolectar y deben registrar su carro en la Intendencia para trabajar, por lo que están relevados en estos registros, a diferencia de quienes no cuentan con un vehículo y recolectan solo empleando bolsas o sacos. Éstos no están considerados en los censos, y a pesar de que se reconoce que es un tipo de trabajo que ha aumentado en los últimos años, oficialmente se ignora su número.

Los estudios del *Plan Director de Residuos Sólidos de Montevideo y Área Metropolitana* determinan que el 38% de los clasificadores utilizan carro con bicicleta, 32% tirado por caballo y 30% un carro de mano, modalidades que suponen distintas capacidades de recolección (promedios de 44, 84 y 258 kilos, respectivamente). Esto representa el trabajo callejero. En el censo de 2008, el 66% de encuestados manifestó que la clasificación fina o secundaria se realiza en los hogares, elemento preocupante para las autoridades en tanto el trabajo en el hogar implica la participación no declarada de las mujeres y menores de edad. Esta cifra muestra la predominancia del formato de emprendimiento familiar en esta actividad. Aunque solo 32% afirma que su familia participa en la etapa de clasificación, es probable que el trabajo en el hogar esté subdeclarado, pues de otro modo quedaría en evidencia el trabajo infantil, y, en el caso de las mujeres, muchas veces su aporte tampoco es considerado trabajo por ellas mismas.

Con la intención de que la clasificación se realice fuera del hogar, prevenir la formación de basurales y la afectación de redes de saneamiento, se instalaron 28 *Puntos Verdes* y 6 *Eco-puntos* y volquetas para descartes de la clasificación, administrados o mantenidos mediante acuerdos con clasificadores. La provisión de este equipamiento e infraestructura se produce en el marco del *Programa Uruguay Clasifica*, una iniciativa gubernamental derivada del *Plan de Emergencia Social*, iniciado en 2005, que identificó un alto número de hogares clasificadores. Además de estas acciones, desde 2003 la Intendencia mantiene un convenio con 70 familias que clasifican en un predio acondicionado en *Felipe Cardoso*, el sitio de disposición final. Esta política de relativa apertura a la actividad de recuperación/segregación convive en tensión con requisas de carritos y caballos denunciadas por las agrupaciones de clasificadores. La organización de las y los recuperadores/segregadores en Uruguay, *Unión de Clasificadores de Residuos Sólidos Urbanos* (UCRUS), contaba en 2011 con 1.700 afiliados.



Lima

Lima concentra en la autoridad metropolitana solo lo referente a la disposición final —con cuatro rellenos sanitarios autorizados—, con lo que deja a cada uno de sus 43 gobiernos locales la regulación y operación del recojo, transporte y los contratos para gestionar los RSD. La modalidad de recolección predominante es la del camión compactador calle por calle, aunque un grupo creciente de distritos dispone de sistemas de contenedores, algunos de ellos cerrados y dependientes de un tipo especial de vehículo. Aunque se cuenta con una ley específica que regula el trabajo del reciclador, no existen en una magnitud significativa acciones oficiales de recojo selectivo que los incorporen, y, en general, prevalece la informalidad en la recuperación de residuos. Apenas entre 2011 y 2012, mediante un incentivo del gobierno central, se implementaron en zonas específicas de los distritos programas oficiales de segregación en la fuente y recojo selectivo.

Al día de hoy, no se cuenta con un registro completo de las organizaciones de recicladores. La información, dispersa, proviene de estudios locales o municipios que han tomado iniciativa en la inscripción de los trabajadores en programas de prueba. Para 2006, un diagnóstico apoyado por la Unión Europea arrojaba un número estimado de 12 mil 100 recolectores informales, entre especializados en residuos inorgánicos, recuperadores de basura y desechos en las calles o sitios de disposición final y compradores itinerantes de materiales específicos. El componente de clasificación no estaría comprendido en esa cifra.

Otra referencia es el Censo de Población de 2007, que identifica para Lima unas 3.400 personas dedicadas a la actividad de recuperación/segregación de RSD, con una representación femenina de 42%. No obstante, el registro no incluye a aquellas personas para las que se trata de una ocupación secundaria o segundo ingreso. También hay subregistro en tanto la participación de las mujeres podría ser considerada en el hogar un “apoyo” al trabajo del varón, antes que propiamente trabajo. Proyecciones realizadas por WIEGO,² basadas en la Encuesta Nacional de Hogares, ubican en 17 mil 600 la cifra de personas dedicadas al reciclaje en Lima Metropolitana, lo que es más razonable teniendo en cuenta que existen registrados

² Women in Informal Employment: Globalizing and Organizing - WIEGO.



más de 2 mil recicladores solo para el área del Cercado —que comprende el centro histórico y administrativo de la ciudad y alberga a cerca de 300 mil habitantes en una ciudad de 8 millones.

Sao Paulo

La gestión de RSD se opera bajo un esquema de concesión de los distintos servicios necesarios, desde la recolección hasta la disposición final, con la coordinación del Departamento de Limpieza Pública de la Prefectura. Oficialmente, la colecta selectiva de RSD se produce bajo dos modalidades: la *solidaria* y la *diferenciada*. La primera es gestionada por cooperativas a las que se facilitan medios como la central de triaje y camiones provistos por la autoridad pública. La segunda se sostiene en la concesión a empresas de régimen privado que realizan la recolección en circuitos preestablecidos. Para 2012, en la modalidad de colecta selectiva solidaria participan en la ciudad una veintena de cooperativas, de un total de 173 que cuentan con convenio en toda la región, de acuerdo con la Pesquisa Nacional de Saneamiento Básico 2008. El *Movimiento Nacional de Catadores de Materiales Reciclables* (MNCR) registraba en 2006, como miembros, a 450 cooperativas y unos 35 mil catadores en el país, sobre un total nacional estimado en 800 mil, cifra que suma a quienes trabajan en un sitio de disposición final, en cooperativas o en las calles, cooperados o no. El Primer Encuentro de Mujeres Catadoras dio cuenta de un 65% de participación femenina, concentrado especialmente en cooperativas como modo de trabajo asociativo y en la recuperación a pie de latas y botellas, en el trabajo no asociativo. Una encuesta realizada por POLIS³ en el área metropolitana de Sao Paulo indica una participación femenina mayor de 50% —sobre una muestra de 402 personas dedicadas a la recuperación/segregación de residuos.

³ Instituto de Estudos, Formação e Assessoria em Políticas Sociais – POLIS.

Cochabamba Ley Departamental de los Recicladores y de Valorización de Residuos, 2012	Los recicladores son personas que recolectan de los generadores de residuos, materiales para valorizarlos por reuso, reciclaje, compostaje, biodigestión u otro procedimiento. Participan en una o varias fases de las cadenas de valorización de residuos reciclables o biodegradables: recolectan, seleccionan, limpian, transportan, procesan y comercializan. Por los servicios ambientales que brindan a la sociedad, los recicladores son considerados gestores ambientales. Se reconoce a los recicladores y sus familias como un sector pobre y vulnerable de las sociedades, con dificultades de integración personal, social y cultural; con severas inequidades de género, generacionales, étnicas y otras; por tanto, toda institución pública o privada los tomará en cuenta en forma prioritaria en sus programas de lucha contra la pobreza, de integración social, intercultural y económica; en el acceso a la salud, a las guarderías y albergues, a Comedores Populares, a la alfabetización, la educación y la capacitación, a la vivienda e instalaciones y medios de producción, al fortalecimiento de su autoestima en sus programas de asistencia social.
Montevideo Programa Uruguay Clasifica MIDES, 2006	Son clasificadoras y clasificadores las trabajadoras y trabajadores, y sus familias, que tienen a la recolección y clasificación artesanal de residuos sólidos urbanos como uno de sus principales medios de supervivencia, tanto mediante la venta o trueque de la materia prima reciclable y de los materiales reutilizables, como de su aprovechamiento para el autoconsumo o para la cría de animales.
Sao Paulo Clasificación Brasileira de Ocupaciones del Ministerio de Trabajo y Empleo (CBO), 2002	Descripción sumaria. Catan, seleccionan y venden materiales reciclables como papel, cartón y vidrio, materiales ferrosos y no ferrosos, entre otros materiales reaprovechables. Formación y experiencia: El acceso al trabajo es libre, no requiere escolaridad o formación profesional. Las cooperativas de trabajadores proveen diversos tipos de instrucción a sus cooperados, como cursos de seguridad en el trabajo, medio ambiente, entre otros. Condiciones generales: El trabajo es realizado por profesionales que se organizan de forma autónoma o en cooperativas. Trabajan para la venta de materiales a empresas y cooperativas de reciclaje. El trabajo es realizado a cielo abierto, en horarios variados. El trabajador está expuesto a las variaciones climáticas, a riesgos de accidente por manipulación de los materiales, a accidentes de tránsito y, muchas veces, a violencia urbana. En las cooperativas surgen especializaciones del trabajo que tienden a aumentar el número de puestos, como los de separador, clasificador y empacador.
Lima Ley Nacional 29419, Ley del Reciclador	Se considera recicladores a las personas que, de forma dependiente o independiente, se dedican a las actividades de recolección selectiva para el reciclaje, segregación y comercialización en pequeña escala de residuos sólidos no peligrosos, de acuerdo con lo dispuesto por la Ley 27314, Ley General de Residuos Sólidos. Reciclador independiente: Persona que realiza formalmente actividades de reciclaje, incluyendo la recolección selectiva y la comercialización, y que no cuenta con vínculo laboral con empresas prestadoras de servicios de residuos sólidos, empresas comercializadoras de residuos sólidos ni empresas generadoras de residuos sólidos.



Definiciones oficiales y denominaciones inclusivas

El *reciclaje* refiere a un procesamiento, una transformación del material, sea en materia prima o en un producto nuevo. Por eso, la denominación “reciclador” es inexacta para referir la actividad del grueso de las y los trabajadores autoempleados en la recolección, recuperación y comercialización de desechos reciclables. **Segregador/a, clasificador/a o catador/a** son términos más precisos en tanto aluden la tarea de separar y clasificar manualmente los desechos reutilizables o reciclables. Al atender esta especificidad, estos términos incorporan más efectivamente a las mujeres, en la medida en que la tarea de separación manual y limpieza fina es efectuada mayoritariamente por ellas, de acuerdo con la evidencia encontrada en familias y cooperativas en las ciudades en que se basó nuestra investigación.

No obstante su formal “inexactitud”, el término **reciclador** constituye ya una referencia para reconocerse laboral y gremialmente en Lima y Cochabamba. En Montevideo se emplea oficialmente **clasificador/a**, mientras que en Sao Paulo —y en el movimiento de trabajadores en todo Brasil— se usa **catador/a**. Esto tiene que ver con la fuerza del modelo que las políticas locales han adoptado como punto de partida para el ordenamiento del sector: la clasificación —en Brasil, *triagem*— en puntos específicos, en infraestructura administrada mediante el sistema cooperativo-asistido estatalmente.

En el caso de Lima, en ausencia de políticas para el ordenamiento del sector, el elemento estructurante del mercado fue la recolección callejera, razón por la cual la agenda básica del movimiento de trabajadores del rubro tiene que ver con la libertad de circular por las calles y apropiarse de los desechos sin ser reprimidos, antes que con la exigencia de lugares de clasificación provistos por la autoridad local —como en Montevideo—, la tercerización a través de cooperativas populares —Sao Paulo—, o la creación de circuitos limpios con grandes generadores privados, como se intenta de manera incipiente en Cochabamba.



EL TRABAJO DE LAS Y LOS RECUPERADORES/SEGREGADORES URBANOS

Si bien en algunas ciudades existen procesos de especialización en el manejo de RSD, puede afirmarse que las tareas que van desde el recojo de residuos en las calles o en los domicilios hasta la venta al primer acopiador o intermediario constituyen una misma unidad de análisis. Son tres las tareas comprendidas entre la recuperación del material reciclable y su entrega a un intermediario (tabla 5).



Tabla 5

	Qué	Dónde
Recojo callejero	Recuperar los desechos de entre lo que los domicilios disponen como <i>basura</i> en la vía pública (bolsa, contenedor, tacho), y conducirlos al lugar de selección o venta. Es la parte más visible del proceso.	Puerta de domicilios, contenedores, veredas, calles.
Clasificación/Limpieza	Retirar los componentes sin valor del material reciclable, ordenar los materiales por tipos, preparar los materiales para la venta.	En la vía pública, en puntos señalados, en la tienda/depósito o centro de acopio, en el hogar.
Venta	Es una cadena. Su primer eslabón es el depósito local, que funciona como centro de acopio del material separado y limpiado.	En centros de acopio o depósito local.

En esta sección veremos cómo se estructuran estas tareas en función de los espacios en que se realizan, como las particularidades de cada una según se resuelvan en el ámbito familiar o mediante algún emprendimiento asociativo. Tomaremos en cuenta si son realizadas por hombres o mujeres, con sus diferencias respecto a los roles en el hogar, al acceso y control de los medios y espacios de trabajo, y a la representación pública del oficio.

Recojo callejero

Consiste en recuperar, de entre lo que los domicilios arrojan como *basura*, los desechos con potencial para el reciclaje, y conducirlos hacia los lugares donde serán clasificados o vendidos. Cuando se efectúa al margen de un sistema de gestión de residuos, es una actividad desagradable, puesto que casi siempre los desechos están contaminados por la basura por encontrarse en el mismo recipiente o contenedor. El supuesto de que todo lo que un hogar descarta es inútil y sucio es la base para la desvalorización social de la actividad y de sus protagonistas. Si se considera que ya los operarios de los servicios oficiales de limpieza pública gozan de poco prestigio social, menor aun es el de quienes trabajan de manera no oficial con los residuos domiciliarios.

El recojo callejero de reciclables supone recorrer extensiones de la ciudad que varían de acuerdo con la densidad y riqueza de materiales que se generan, así como con la capacidad y disposición de traslado de quien recupera. Las zonas más comerciales y ricas de la ciudad son aquellas en las que el sistema de recojo oficial



es más efectivo. Allí suelen emplearse vehículos compactadores, que mezclan aún más lo que debe encaminarse al reciclaje con lo que debe ir a un sitio de disposición final. Por esta razón, quienes trabajan en el recojo callejero deben adecuarse a los horarios en que actúan los servicios oficiales: mientras más eficaz el servicio oficial y más respetuoso de los horarios el vecindario, más corto el tiempo en que los residuos estarán disponibles en la vía pública.

Los personajes que trabajan en el recojo son muy variados. Sao Paulo cuenta con importante presencia de grupos asociativos —cooperativas de catadores—, aunque en el centro de la ciudad actúa también una gran cantidad de personas en situación de precariedad cuya participación no organizada resulta opuesta a la labor de los primeros. Entre uno y otro extremo se encuentran familias o personas individuales (*avulsos* = sueltos, por su cuenta) que, por diferentes razones, no encuentran atractivo asociarse. En Lima y Cochabamba hallamos a mujeres, una cantidad importante adultas mayores, en esta labor en las zonas céntricas y comerciales, mientras que en Montevideo predominan las familias con más de una generación involucrada, por lo que es común ver a padres e hijos desplazarse juntos en las carretas utilizadas para transportar materiales.

En toda ciudad, las zonas residenciales de altos ingresos son ricas en desechos. Trabajar en los barrios ricos supone alejarse más de los lugares de residencia. A la vez, dichos barrios son generalmente los mejor atendidos por los servicios oficiales, lo que implica que quien recoge está obligado a adelantarse al paso de los camiones, a registrar con rapidez las bolsas o contenedores, así como a estar dispuesto a un eventual enfrentamiento con agentes de seguridad. Por estas razones, quienes preferentemente realizan la tarea de recojo callejero en estos barrios son hombres, en particular los más jóvenes.

En el recojo callejero se emplean desde bolsas que se cargan al hombro hasta vehículos a tracción humana, tirados por animales o motorizados. Usar un determinado vehículo —contar con una cierta capacidad de carga— depende de varios factores: el capital acumulado, las costumbres locales y la tolerancia de la autoridad local, entre los principales. Dependiendo de la escala de la operación, el trabajo comprende distintas modalidades. Están quienes se desplazan a pie, llevando una bolsa, costal o un cochecito de mano para acarrear lo que se ha recuperado de contenedores, tachos y bolsas registradas en las veredas.



Una oportunidad en las calles

Además de quienes se dedican de manera cotidiana, organizada y permanente a la recuperación/segregación de reciclables, existen también personas que aprovechan ocasionalmente la abundancia de productos de fácil recolección y mercado conocido, tales como las botellas de plástico. La oportunidad de encontrar estos productos en las calles está relacionada con las limitaciones de los sistemas de limpieza pública, y en el futuro estará cada vez más condicionada por la aplicación de dispositivos que responsabilizan a la industria por la recuperación de los envases que produce. Especialmente en las áreas comerciales, desde amas de casa hasta personas sin hogar pueden obtener unos centavos recogiendo botellas plásticas y latas de refrescos.

El recojo de envases en esta modalidad no produce grandes ingresos, pero permite liquidez inmediata a alguien con gran necesidad y poco conocimiento de los procesos de segregación para el reciclaje. Por ello, a la par de las muchas mujeres que se inician en este oficio con el recojo oportunista de envases en las calles, es usual que los mendigos y personas con dependencia de alcohol y drogas encuentren en estos materiales una vía para obtener pequeños ingresos para gastos inmediatos.



Ésta es una modalidad básica, que por su formato se va a concentrar en materiales ligeros disponibles en unidades pequeñas —latas de cerveza, botellas plásticas—. Así se inician muchas personas que luego van a ampliar su capacidad de carga adquiriendo un vehículo, aunque también ocurre que muchas otras personas que podrían emplear un mejor medio de carga se mantienen en esta modalidad debido a que en el área de recolección no se tolera el paso de sus vehículos. Surgen así modalidades combinadas: en Lima, en los barrios donde no está tolerada la recuperación de residuos, se transita a pie o en bicicletas para realizar incursiones rápidas, mientras el material se va acumulando en un punto seguro y luego se transporta el conjunto de la carga obtenida a un punto de clasificación o venta.

En Montevideo, para la recolección callejera se emplean *carritos*, vehículos de carga tirados a mano, con bicicleta o a caballo. Si bien son solo un tercio del total de los vehículos que se desplazan por la ciudad para la recolección de RSD, los *carritos* tirados a caballo son los más característicos y representativos. Como se considera que entorpecen el tránsito, existen actualmente restricciones para su circulación. De modo similar, los *triciclos* no tienen carta de ciudadanía en la Lima convencional. En ambos casos, los conductores los mueven o estacionan en función de la cercanía al punto de recojo, ya que siempre existe el riesgo de que otra persona se apropie de su carga. Por ello, la actividad sobre ruedas no siempre respeta las señales de tránsito ni las normas de estacionamiento establecidas. Las carretas, carrozas y carros tirados a mano pueden ser llevados tanto por hombres como por mujeres, pero cuando se emplea un medio de tracción adicional —caballo, pedal o motor— la constante es que son hombres quienes los conducen. Cuando se sale a recolectar en parejas mixtas, puede apreciarse una elemental división de tareas: él conduce el carro, busca en el contenedor y levanta los pesos; ella cuida la carga y, eventualmente, toca la puerta de las familias dispuestas a entregar sus residuos.

En 2003 se inició, en Montevideo, la instalación gradual del sistema de recolección de residuos domiciliarios mediante contenedores, que sustituye al recojo puerta por puerta. Para 2012, de los 7.400 contenedores instalados, poco menos de un tercio presentaba daños que demandaban su reemplazo. Antes de 2003, los residuos estaban disponibles en la calle por un periodo corto de tiempo debido a que, en general, los vecinos sacaban los residuos siempre a la misma hora, minutos antes de que pasara el camión recolector. Ahora el vecino tiene la comodidad de



depositar sus desechos en cualquier momento. Este sistema modificó la recolección callejera, pues al abrir la posibilidad de encontrar residuos a cualquier hora del día, los *carritos* ya no tienen un horario de trabajo fijo; y se requiere extender la jornada para hacerla rentable. En Montevideo el contenedor es mal visto por quienes clasifican, mientras que en Cochabamba la adquisición de estos artefactos para algunas urbanizaciones abrió a muchas personas —mayoritariamente mujeres— la oportunidad de recoger objetos de valor para la venta o el reuso sin necesidad de acercarse a los generadores y estar expuestos a cuestionamientos directos o, incluso, agresiones.

Clasificación

Si bien ya existe una primera selección al recoger solo aquello de valor, luego es necesaria una siguiente tarea: la clasificación. Clasificar implica distinguir y ordenar por tipos los materiales recolectados, así como una primera limpieza que puede consistir en el secado —en el caso de envases—, retiro de etiquetas o de componentes sin valor conocido en el mercado. El material sin valor que se separa en esta etapa recibe el nombre de *descarte*.

En la referencia común al “reciclaje” se reconocen las actividades de recojo, transporte y venta, sin considerar que los compradores o intermediarios reclaman una primera selección de productos por tipo. Hay quienes solo adquieren papel y similares, o solamente plásticos, por ejemplo. En otros casos compran de todo, pero separado por tipo. En Sao Paulo las cooperativas efectúan una selección muy sofisticada dentro de sus instalaciones. En Lima los depósitos pagan distintos precios por el mismo material genérico —por ejemplo, plástico—, dependiendo de los tipos específicos en que se haya separado. Esto determina que la clasificación sea de gran importancia y requiera tiempo y atención. La segregación se realiza al menos en tres espacios: en el hogar, en la calle y en un depósito, sea éste de carácter cooperativo, manejado por una organización de recuperadores/segregadores o gestionado como empresa privada.

Si para el recojo se necesita un vehículo —o al menos una bolsa—, la clasificación demanda un espacio relativamente plano y libre de interferencias. La vía pública no es el lugar que mejor cumple con estas condiciones, aunque determinados lugares públicos son apropiados para este propósito. En Lima es común ver el trabajo nocturno de clasificación en las calles aledañas a los puntos de venta o en lugares



próximos a las zonas de recojo, donde un recuperador va acumulando material que es ordenado por otro miembro de la familia, que suele ser una mujer. En Sao Paulo el local de la cooperativa es el lugar específico para realizar la clasificación; muchas de las personas que trabajan en la clasificación allí declaran residir en viviendas alquiladas, y haber experimentado, antes de ingresar a la cooperativa, la falta de espacio suficiente para trabajar en sus hogares, además del temor constante de que sus arrendadores les nieguen la permanencia por acumular materiales (“traer basura a la casa”).

Al igual que en Lima, en Montevideo el grueso del trabajo de clasificación ocurre en los hogares. Al realizarse en el espacio doméstico, esta actividad no es vista como un trabajo ni como una tarea especializada, ya que en apariencia no está asociada al esfuerzo físico —como sí lo están la recolección o el transporte. Sin embargo, sin esta etapa los residuos no podrían ser insertados en el mercado de reciclables. La clasificación es el primer peldaño que agrega valor en la transformación de materiales recuperados en insumos. Como tal, esta tarea es constituyente fundamental del valor que adquieren los desechos luego de ser recolectados. Sin ella, la utilidad que puede obtenerse del material recuperado es marginal. Esta labor es realizada sobre todo por las mujeres en los hogares de recuperadores/segregadores. El *Movimiento de Catadores* en Brasil afirma: “Sin nosotros no existe recolección selectiva”. Del mismo modo, ante la evidencia de que el mercado asigna mejores precios por los productos clasificados, puede afirmarse que sin el trabajo especializado de ellas los materiales no son aptos para la comercialización.

No obstante este valor, la actividad de clasificación realizada en el hogar se percibe como secundaria, aun cuando su encadenamiento con el proceso no es de carácter eventual ni accesorio. En los hogares de recuperadores/segregadores en los que el titular del trabajo —quien recolecta, vende y cobra el ingreso— es el hombre, la labor de clasificación que realiza la mujer en casa es entendida como un “apoyo” o colaboración a la actividad del hombre o como parte de la serie de tareas domésticas antes que propiamente como *trabajo*. Montevideo es, comparativamente, la ciudad en la que las autoridades han sido más conscientes de la etapa de clasificación y de las dificultades de que ésta haya adquirido la naturaleza de trabajo escondido en los hogares. Con el fin de *sacar del hogar* la clasificación, se han asignado lugares denominados *Puntos Verdes* y *Eco-puntos*. El esfuerzo es interesante a pesar de las limitaciones de infraestructura



—mal diseño de mesas de trabajo, falta de techo— y ubicación —no estar en rutas adecuadas— señaladas por sus usuarios, las y los clasificadores.

Es el centro de acopio, depósito o *tienda* donde se maneja mayor diversidad de materiales y mayores volúmenes. En Sao Paulo, un número considerable de cooperativas ha logrado el funcionamiento relativamente estable de su propia *central de triagem* (planta de clasificación). En todas las cooperativas es la etapa de clasificación la que concentra más mano de obra, casi exclusivamente femenina. En cambio, en Lima, Cochabamba o Montevideo son excepcionales los depósitos manejados asociativamente por trabajadores. La mayoría de locales son empresas privadas de gestión unipersonal que se abastecen de lo recolectado por terceros con los que no se guarda relación contractual. Son *intermediarios*. El material que llega a un centro de acopio ya ha pasado por una primera clasificación, por lo que la labor que se realiza allí es más especializada. Quienes segregan en un centro de acopio no son independientes, en el sentido de que no se apropiarán directamente de la renta obtenida por el material, sino que recibirán un jornal pagado por el dueño del depósito.

Mención aparte merece el trabajo en un sitio de disposición final. En el caso del botadero de *K'ara K'ara* en Cochabamba, la selección, almacenaje y venta se efectúan en el mismo punto, que, por su naturaleza, es un lugar cerrado. En este caso acceder al botadero puede ser más estricto, pero existe más seguridad y tiempo para la clasificación que cuando se trabaja en las calles. Los hombres y mujeres que laboran allí tienen espacio para hacer la selección. Sin embargo, carecen de libertad de movimiento para escapar de las condiciones que imponen los responsables del botadero, y no les resulta rentable ir a la búsqueda de otros clientes para su mercadería.

El descarte: Un problema socioambiental

La conciencia sobre el descarte de los procesos de clasificación para el reciclaje es más o menos reciente y ha crecido asociada a una de las mayores tragedias ambientales de la actualidad: la basura electrónica.

Como sabemos, la producción y consumo de dispositivos electrónicos es global. También lo es el comercio de componentes reciclables que alimentan esa producción. En esa globalización, la producción tecnológica se trasladó a aquellos lugares del mundo que ofrecían mano de obra barata y facilidades tributarias. Estos países se convierten progresivamente, también, en receptores de dispositivos electrónicos obsoletos, puesto que las exigencias ambientales de las sociedades del Norte rico empujan fuera de sus fronteras la gestión de los desechos del consumo. Así, también el riesgo y el daño ambiental se transfieren globalmente.

El método común para recuperar los filamentos de cobre de los aparatos electrónicos —la quema artesanal del conductor plástico— produce humos y cenizas altamente contaminantes, mientras que otros componentes de los dispositivos electrónicos son irrecuperables para nuevos procesos productivos o no han generado aún un mercado, por lo que terminan en los rellenos sanitarios, con lo que se vuelven aún más tóxicos, o en los enormes vertederos que constituyen uno de los más graves pasivos ambientales de la sociedad de consumo. Pensar en la magnitud del riesgo ambiental que implica la mala gestión de la basura electrónica —un problema global— puede ayudarnos a entender las injusticias sociales que produce localmente una mala gestión del descarte de los procesos de clasificación de los residuos sólidos domésticos.

El *descarte* es el residuo rechazado luego de la separación de los materiales de valor.¹ Se trata del conjunto de elementos que, recogidos en un primer momento por el recuperador/segregador —por lo general adosados al material de interés—, no forma parte de la cartera de productos que éste puede transar en el mercado. Quien recupera botellas plásticas producirá un descarte de etiquetas, anillos plásticos y tapas de rosca. Quien recupera papel y cartón producirá un descarte de aquellas piezas que se hayan humedecido o deteriorado. En el ejemplo de los aparatos electrónicos, desprendidos los metales valiosos, el descarte lo conforman las carcasas, *cases* y plásticos del cableado. Y así con la gran cantidad de materiales que se recogen.

En contextos de baja cobertura de recolección oficial y de alta informalidad en el trabajo, el descarte de los procesos de clasificación de RSD es dispuesto inadecuadamente en vertederos y cursos de agua, o quemado artesanalmente, lo que contamina suelos, aguas y el aire, o afecta redes de saneamiento. Esta eliminación del descarte ocurre por lo común en los lugares próximos a donde se realiza la clasificación, es decir, en los barrios donde se concentran hogares de recuperadores/segregadores, y así se afecta a sus familias y comunidades.

La invisibilidad pública de la labor de clasificación y una de sus consecuencias —la mala gestión del descarte— pueden empeorar el entorno urbano de las familias que se hacen cargo de la gestión de los residuos de los que las autoridades no se ocupan adecuadamente al pretender enterrar con la basura lo que aún tiene valor. No solo al optar por políticas restrictivas en la gestión de RSD —también cuando se la aborda parcialmente solo a partir del recojo callejero— se olvida la tarea de clasificación y sus necesidades específicas, en particular el acondicionamiento de espacios seguros y un servicio de gestión del descarte. Sin políticas en este sentido, el riesgo de contaminación se traslada de las zonas bien atendidas de la ciudad a los asentamientos precarios donde generalmente viven las y los recuperadores/segregadores, alimentando aún más la injusticia en nuestras ciudades.

¹ Definición propuesta en el Plan Director de Residuos Sólidos de Montevideo y Área Metropolitana. FICHTNER-LKSUR Asociados, 2004.



Venta

Esta actividad es decisiva: solo se hace un recojo sistemático de desechos de la calle o de los domicilios cuando se conoce a dónde y a quién se los puede vender. Tal como para la actividad de recojo callejero, vender implica necesariamente relacionarse con otras personas. En el primer caso están los domicilios y los personajes de la calle; en la venta están los compradores. Una buena negociación puede determinar un mejor precio o el respeto al peso exacto de la balanza. La habilidad para negociar puede encaminar al vendedor a buscar compradores más alejados que tal vez demanden un valor agregado —mayor limpieza del producto o más volumen, por ejemplo.

Sin embargo, hay segregadores que prefieren vender siempre a un mismo depósito aun si el precio es más bajo que en el mercado o las balanzas no dan el peso exacto, puesto que se generan lazos de dependencia con algunos *depositeros*, o simplemente están mejor ubicados respecto a las rutas de recojo y del lugar de clasificación. Si bien las mujeres conocen los precios, el argumento utilizado es que negociar no les resulta cómodo. Se considera que los depósitos no son muy amigables para las mujeres. Ello determina que prefieran dejar esta actividad en manos de los hombres.

Normalmente las mujeres que van al depósito son las clasificadoras que no tienen marido. No es porque me digan cosas sino que no es solo vos que vas a vender, se llena de gente para vender y son todos hombres y empiezan a joder y a reírse y a hablar... a mí no me gusta, no me siento cómoda (Montevideo).

Yo no entiendo nada. El único es él, el que entiende; el hombre de la calle es el que sabe todo, ¿no? Y bueno, mal o bien yo me defiende pero no entiendo mucho. Siempre es él (Montevideo).

Él mientras entrega, yo limpio. Porque en sí, somos diferentes en un sentido... entonces yo me encargaba de terminar de limpiar acá para después descansar, comer algo y tomar unos mates, y él iba y entregaba (Montevideo).



LOS RESIDUOS: UNA ECONOMÍA

Dado que es posible vender unos cuantos productos recolectados en una sola jornada de trabajo, la actividad de recuperación de reciclables suele ser al principio de emergencia y supervivencia, o complementaria a otra actividad. De hecho, muchas personas se iniciaron en la labor recogiendo un solo producto de fácil obtención —botellas plásticas, por ejemplo. Sin embargo, este nivel no proporciona ingresos suficientes para basar en ella una economía estable.



Se pasa de ser recuperador/segregador eventual a estable cuando el ingreso que proviene de esta actividad es considerado parte regular e indispensable del presupuesto personal o familiar, y se cubren sobre esa base los gastos rutinarios del hogar, no solo referidos a la alimentación, sino también a otros gastos familiares, como la educación de los hijos.

Atendiendo a quienes han establecido una rutina que reconocen ante sí y los otros como *labor* o *trabajo* y han logrado constituir un ingreso permanente y regular a partir de la recuperación/segregación, encontramos dos tipos de unidades económicas: la *empresa* familiar y los emprendimientos asociativos.

Una empresa familiar

Si bien la encuesta dice 15 mil, éstos son los que salen a la calle. Pero ¿y la familia que está atrás? Cuando el clasificador llega a su casa, después sigue la señora, los hijos: son todos clasificadores.

PATRICIA GUTIÉRREZ, DIRIGENTE CLASIFICADORA URUGUAYA

La búsqueda de mejores zonas de recojo y las necesidades de acumular más volúmenes para la venta llevan a quien se inicia en la recuperación/segregación de RSD a pasar del trabajo personal a la actividad familiar. Esta conversión se verifica en todas las ciudades donde llevamos a cabo nuestro estudio, con el matiz de Montevideo, donde predominan familias dedicadas a la clasificación por varias generaciones.

Al darse esta actividad con cierta permanencia en el tiempo y mediante una mínima división del trabajo, hablamos de una empresa familiar. Aunque con matices de ciudad en ciudad, de manera general puede afirmarse que en esta empresa familiar existe una división sexual y generacional del trabajo, una producción escondida realizada por las mujeres y los niños en los domicilios y que, como en muchos emprendimientos económicos familiares, la confusión entre lo doméstico y lo laboral determina para las mujeres y las niñas una sobrecarga del trabajo reproductivo y de cuidados.

En estricto, es la participación de la familia la que permite cubrir todas las tareas: recolección, clasificación/limpieza y venta. Aunque cónyuges e hijos pueden participar de manera eventual, su contribución es necesaria para alcanzar escalas de operación suficientes que garanticen ingresos para el sustento familiar. La tarea de recojo callejero pueden hacerla personas diferentes de quienes llevan a cabo la labor de



clasificación, y no requieren ser realizadas en el mismo horario. En los emprendimientos de recuperación/segregación de carácter familiar existe una división sexual del trabajo que separa lo público de lo privado: la tendencia muestra que el hombre se ocupa del recojo y el transporte de materiales en la calle —lo público— y la mujer se encarga de la clasificación en el hogar —lo privado. Éste es el caso típico —aunque no exclusivo— de Montevideo.

Como hemos visto, los horarios del recojo callejero son relativamente inflexibles, pues están determinados por la operación del servicio oficial —aunque eso puede variar cuando se emplean contenedores. No sucede lo mismo con el horario de clasificación, ya que el espacio donde se encuentran ahora los productos es privado. Así, los hijos participan de la clasificación de vuelta de la escuela, o la mujer puede trabajar en medio de las numerosas actividades que se encadenan como parte del trabajo reproductivo en el hogar. Los momentos *libres* de tareas domésticas van a ser *ocupados* por las labores de clasificación, del mismo modo en que algunas actividades caseras que no demandan horario específico son agrupadas para “avanzarlas” en cualquier momento del día, como ocurre tradicionalmente con el planchado.

Vemos que la familia recuperadora/segregadora destina al trabajo un tiempo rígido —el del recojo callejero— y uno de tipo flexible —el de la clasificación— que puede combinarse con más facilidad con las tareas reproductivas y de cuidado (tabla 6). De las ciudades estudiadas, es en Montevideo y en Lima donde la actividad familiar en el hogar es predominante. En la primera las *familias clasificadoras* se concentran típicamente en asentamientos irregulares. En estos barrios se ocupan importantes extensiones de terreno donde pastan los caballos, y hay situaciones en que este “motor” del carrito duerme en la casa para evitar su robo. Son pocas las mujeres que se arriesgan a conducir el vehículo por la ciudad, lo que no ocurre por falta de destreza en el manejo, sino por las dificultades de aventurarse en terreno poco conocido. Las mujeres también rehúyen la venta de los productos por considerarla actos de difícil negociación y hasta de conflicto, razón por la cual esto queda en manos del hombre.



Tabla 6
División del trabajo de recuperación/segregación
y doméstico según modelo de familia

Modelo	Roles
Familia monoparental: mujer sola jefa de hogar	Los hijos hombres mayores se involucran en el trabajo de la madre (cargando pesos, conduciendo el vehículo, participando en la clasificación y en la venta).
Familia biparental: la pareja se dedica a la recuperación/segregación	Aun con igual jornada en la recuperación callejera, las mujeres clasifican sin participación del hombre. Los hijos mayores —en particular las mujeres— comparten algunas tareas domésticas.
Familia biparental: mujer se dedica a la recuperación/segregación; hombre declara otro empleo	Hombres participan en tareas que demandan esfuerzo físico —manejo de pesos, entrega de carga, siempre con materiales ya clasificados. Aun cuando se use la vivienda para acopiar material, los hombres no participan en la clasificación. Las mujeres recogen, clasifican y venden solas. En ocasiones los hombres las acompañan en las tareas de transporte o venta. Las mujeres se ocupan de las labores domésticas al fin de su jornada de recuperación.
Familia biparental: hombre se dedica a la recuperación/segregación; mujer no declara otro empleo o declara como ocupación “su casa”	Cuando el material recuperado es llevado a la vivienda, las mujeres participan en labores de clasificación, declarándolas como “apoyo” a la pareja, mas no como trabajo.

En el contexto de un emprendimiento familiar, quienes poseen un vehículo de carga describen su jornada considerando el tiempo de transporte de lo recogido en las calles hasta uno de los centros de venta, o hasta la vuelta a casa, como parte de esa jornada. Quienes no cuentan con vehículo suelen no considerar como parte de su trabajo el transporte del lugar de recojo al de venta, tal como un comerciante en abarrotes no computa el transporte de sus productos del mercado central al lugar donde vende su mercancía, a pesar de que éste es un componente imprescindible de su jornada.

En Montevideo la clasificación informal de residuos es un *oficio* que se transmite de forma familiar de generación en generación y que involucra el trabajo infantil. La clasificación en el hogar hace que niños y niñas estén en contacto con los residuos desde su nacimiento y comiencen a participar en la actividad productiva desde temprana edad. En algunos casos el trabajo comienza con un componente lúdico que luego se transforma



en una forma de “ayudar” a los padres, y, por último, en la adolescencia se configura en un modo de “ganarse la vida” de forma autónoma. Esta posibilidad de obtener un ingreso rápido mediante una actividad aprendida y asimilada desde el nacimiento —sumada a los pocos incentivos para continuar con la educación— repercute en la temprana deserción escolar y el ingreso al mundo del trabajo. En relación con el trabajo infantil en las calles, madres y padres aducen que por cuestiones de seguridad prefieren llevar a sus hijos en el carro, ya que no tienen dónde dejarlos.

En los emprendimientos familiares compuestos por *mujeres* e *hijos* e *hijas* también se identifica una división del trabajo. Las mujeres se reconocen como clasificadoras cuando trabajan en la calle recolectando. La mayoría son mujeres jefas de hogar con hijos e hijas a su cargo. Realizan tareas consideradas *masculinas*, como recolectar, hacer fuerza, vender en depósitos, pero a veces con “ayuda” de hijos varones adolescentes. La división de tareas en el hogar permanece igual según edad y género, los hijos “salen” a la calle y las hijas realizan tareas de cuidado y domésticas. En la mayoría de los casos esta división de tareas y recursos se percibe como heredada y no es problematizada.

La prevalencia de pautas tradicionales respecto a la conformación de parejas y la división sexual del trabajo, implica que las mujeres y las niñas realizan en gran medida el trabajo de cuidado y tareas domésticas. En situaciones en las que las mujeres/madres clasificadoras no pueden realizar estas tareas, se recurre a las mujeres de la familia —abuelas, tías, cuñadas— para suplir ese déficit de cuidado. Los varones aparecen como *colaboradores* en algunas tareas del hogar, sobre todo en las que menos les disgustan. De las niñas y adolescentes, quienes desertan del sistema educativo se transforman tempranamente en cuidadoras de sus hermanos y hermanas menores y del hogar.

Trabajar en la vivienda

Si la calle es el espacio de la recolección, los espacios cerrados son los lugares de la clasificación. La mayoría de quienes trabajan recolectando RSD en la vía pública no tienen ni un espacio permitido por la autoridad ni, menos, un lugar de almacenaje que les permita acumular lo que luego irá a la venta. Ciertamente, hay acopiadores que compran los desechos con un mínimo de selección, pero la labor posterior les demandará un gasto en mano de obra que origina un pago ínfimo al proveedor. De ahí que quien vive del negocio preferirá llevar los materiales a su domicilio o a otro lugar que pueda controlar.



Los productos recogidos pueden ser clasificados por todos los miembros de la familia, según las necesidades, y en el horario que más les convenga. También hay casos en los que se prefiere ir almacenando productos poco voluminosos y de alto precio hasta lograr una cantidad adecuada —un kilo en bronce, por ejemplo— para la venta.

La vivienda presenta importantes ventajas en la medida en que proporciona un espacio seguro para almacenar el material seleccionado y permite la labor de clasificación. Sin embargo, estas mismas ventajas atentan contra su calidad sanitaria. El fenómeno de la vivienda como espacio de trabajo está asociado a una serie de factores relativos a la pobreza urbana, como necesidades básicas insatisfechas y precariedad habitacional. Los hábitos de vida y de trabajo de las familias recuperadoras/segregadoras responden a estas condiciones y, aunados a la existencia de una división sexual y generacional del trabajo, redundan en la sobrecarga de trabajo reproductivo y de cuidados para las mujeres y niñas clasificadoras.

Modalidades asociativas: cooperativas y microempresas

La división rígida del trabajo que se aprecia en la *empresa* familiar es parcialmente subvertida cuando hombres y mujeres participan en emprendimientos cooperativos o asociativos. El trabajo de clasificación que las mujeres realizan en los hogares se traslada a un espacio público, y es visible por su aporte económico. En la modalidad asociativa puede hablarse de una división del trabajo, mientras que en la empresa familiar aunque esa división existe en los hechos es débilmente percibida y, en oportunidades, no declarada.

En las cooperativas se distinguen tareas diferenciadas; por ejemplo, las actividades de esfuerzo físico son realizadas por varones, y las de manualidad fina, principalmente por mujeres. También los varones se ocupan en mayor medida de las labores de negociación y venta y, en algunos casos, de las vinculadas a la maquinaria —como el manejo de prensas—. La representación o interlocución con actores externos son tareas compartidas; y la limpieza del recinto la realizan hombres y mujeres.

En términos productivos, la gran diferencia entre la actividad desarrollada en el ámbito familiar y las actividades asociativas —como las cooperativas de Sao Paulo— reside no tanto en cómo se realiza el recojo en las calles cuanto en las condiciones que se ofrecen para el trabajo de clasificación. Las formas asociativas tienen mejores posibilidades



de obtener lugares seguros y con espacio suficiente para seleccionar, empacar y almacenar los productos recuperados. El modelo asociativo permite ingresos mayores que el trabajo libre, pero su éxito depende de la capacidad de garantizar el funcionamiento estable del sistema de recojo y de la clasificación en el depósito.

La necesidad de superar el rol de intermediación y presentarse como un proveedor estable para la industria impele a buscar en la autoridad de la ciudad el reconocimiento como alternativa para el manejo de los RSD. En Lima, la formalización de la actividad que propone la Ley del Reciclador pasa por la formación de microempresas a partir de la organización de quienes ya recolectan/segregan. En Sao Paulo, las cooperativas se plantean como objetivo ser las entidades responsables del recojo selectivo en la ciudad. Los asociados pueden vender a un mejor precio que la familia recuperadora/segregadora, puesto que el número de participantes, tanto como el espacio disponible para acopiar en el local cooperativo, redundan en mayores volúmenes de venta. Las cooperativas no renuncian a la actividad de la calle, sino que le agregan el valor de la clasificación, diversidad y volumen.

Los emprendimientos asociativos —como las cooperativas en Sao Paulo— muchas veces comprometen a personas que habían trabajado antes como recuperadores de desechos por cuenta propia. Éstos valoran el ya no estar en la calle y el no tener contacto con la basura, no llevar trabajo a casa y contar con lugar para almorzar y baños. Entre las dificultades se señala la rigidez de los horarios y las limitaciones para pasar de las prácticas individuales a las colectivas, tanto para la organización del trabajo como para el reparto de las utilidades. De cualquier modo, las mejoras relativas a las condiciones de trabajo no son solo objetivas; también encontramos en el trabajo asociativo una afirmación más enfática de la importancia del oficio: la conciencia de participar en una actividad organizada que se entiende a sí misma como parte del sistema público de gestión de los residuos en la ciudad.

Trabajar con las basuras

La problemática de las y los recuperadores/segregadores se relaciona con factores estructurales de nuestras sociedades, como la informalidad, el desempleo, la precariedad habitacional y la inseguridad ciudadana, entre otros. Al cuadro de exclusión económica que envuelve a las y los recuperadores/segregadores se agrega el persistente estigma



social que nace de asociarlos con su objeto de trabajo: su medio de vida está en lo que otros desechan —lo considerado ya inútil, sin valor— y, eventualmente, en su contacto con lo que es rechazado: la basura, con sus olores y texturas.

En las condiciones predominantes actuales, quienes se desplazan por la ciudad en búsqueda de residuos con valor comercial difícilmente encuentran el material sin entrar en contacto con la basura. Sea movilizándose a pie o en algún vehículo rodante, las personas y familias que se dedican a esto deben rescatar los reciclables de entre los residuos domésticos. La primera acción, entonces, consiste en separar de la basura aquello que luego de ser seleccionado y limpiado entrará en la cadena de comercio que llega hasta las puertas de un taller o fábrica. Este *separar de la basura* implica casi siempre hurgar en ella. El servicio que se presta a la industria y al medio ambiente empieza con el nada agradable trabajo de ver, oler y tocar la basura hasta identificar algo de valor. A pesar de todos los riesgos que supone entrar en contacto con la basura, los recuperadores/segregadores urbanos se acercan mejor al principio que indica que la segregación debe hacerse en el origen. El problema radica en que los productos no son entregados por los hogares de manera diferenciada, lo que hace de rigor el trabajo en contacto directo con la suciedad.

Una regla general para las familias es disponer los desechos dentro de ciertos límites de tiempo con el objeto de evitar la exposición de sus residuos a la vía pública. El horario de trabajo de las y los recuperadores callejeros está condicionado por los horarios oficiales de recojo, establecidos a partir de necesidades tales como que la circulación de camiones no debe suponer un problema para la fluidez del tránsito vehicular. Quien recupera así tiene las mayores dificultades, pues es corto el tiempo disponible hasta el paso del vehículo de recojo oficial. Su labor es apresurada y consiste en abrir el recipiente, escoger y cerrarlo para no dar motivo para la crítica. Aun así, no siempre es posible dejar la bolsa en las mismas condiciones herméticas, de modo que la basura puede quedar dispersa. Es quien hace este tipo de selección el que tiene mayor contacto con la suciedad, pues lo común es que en una reducida bolsa unos pocos materiales recuperables se encuentren mezclados con restos de comida y otros desperdicios domésticos.

La actividad en el contenedor es diferente de la que ocurre con las bolsas en la puerta de los domicilios. El contenedor forma parte de una sofisticada cadena de recojo no selectivo que eventualmente abre más posibilidades al recuperador/segregador callejero, aunque no atiende de manera directa la necesidad del recojo segregado.



Identidad laboral

La formación de una identidad laboral es un proceso complejo que implica reconocer y ubicar, en la propia trayectoria vital, el trabajo que se realiza. A la vez, implica reconocerse en los valores socialmente atribuidos a dicho trabajo, aunque fuera para recusarlos. En el caso de los empleos y actividades que se articulan a la recuperación/segregación de RSD, la identidad laboral que construyen hombres y mujeres está atravesada por el estigma de trabajar *con la basura* y por el hecho paradójico de encontrar un valor económico —y un modo de mantener el hogar— en aquello que la sociedad desecha.

Si bien la trayectoria personal de las y los recuperadores/segregadores urbanos conduce a explicarse el ingreso a este oficio como *una necesidad*, el trabajo mismo produce cambios a partir de experiencias contradictorias: por un lado, el rechazo de los vecinos, la persecución de las autoridades; por el otro, el creciente discurso público sobre la necesidad de reciclar que empuja en las y los trabajadores a una conciencia de ser partícipes de una solución ambiental.

Esta identidad se construye de manera diferenciada, en principio entre quienes están organizados y quienes no, pero también de acuerdo con la posición particular dentro de cada unidad productiva —sea la familia o el grupo cooperativo. Si consideramos que en las familias recuperadoras/segregadoras el reparto de tareas implica una división sexual y generacional del trabajo que escinde lo privado y lo público —el hombre trabaja en la calle, la mujer y los hijos “lo apoyan” en la casa—, veremos que existe una tendencia a confundir la tarea de clasificación como parte de los quehaceres domésticos. Quien la realiza —la mujer— no se percibirá a sí misma como sujeto de trabajo ni, por extensión, de derechos. Tampoco asumirá el tiempo/esfuerzo dedicado como una inversión que debe ser correspondida económicamente.

Socialmente, la titularidad del trabajo está asociada al rol de representación, que puede expresarse en estar inscrito en un gremio, acudir a asambleas y negociar con pares, intermediarios o autoridades. En términos económicos, bien se expresa en un salario, bien en una *ganancia* o utilidad que se corresponde con llevar a cabo las operaciones comerciales. Incluso para las mujeres titulares del trabajo —que perciben directamente el ingreso—, la idea de *trabajo* y su expresión en una *jornada* se asocia a las actividades que demandan mayor despliegue de fuerza física —manejar cargas—, mayor grado de dificultad —conducir vehículos— y que se llevan a cabo en el espacio público. Esto se verifica en las entrevistas en las que declaran como *jornada* de trabajo únicamente el periodo de tiempo dedicado a la búsqueda y recolección de desechos o a la venta, dejando de lado en muchos casos la actividad de clasificación en el hogar.



Se trata de un sistema en el que vehículos especializados toman el contenedor y lo vacían en un vehículo mayor o lo sustituyen por uno vacío y, supuestamente, limpio. Su mayor tamaño aumenta la posibilidad de encontrar residuos de valor en menos tiempo. Hurgar dentro de un gran recipiente ahorra el trabajo de abrir y cerrar las bolsas en las que la basura sale de los domicilios, ya que se las puede romper sin temor a ensuciar la calle.

Para hurgar en el contenedor se emplea un pedazo de hierro a manera de gancho y, a veces, un palo. Pacientemente, se remueven los desperdicios hasta identificar el objeto de interés y sacarlo con la mano. Los productos se acumulan en sacos o bolsones o se suben al vehículo de carga. Son pocas las personas que usan guantes o algún otro tipo de protección. Por ello, sufren con cierta frecuencia cortaduras y rasguños en las manos. Adicionalmente, el diseño de los contenedores se ha ido adecuando al principio de impedir la búsqueda y retiro de los residuos, ya sea complejizando los mecanismos de cierre o haciendo más reducida la boca del contenedor. Esto ha originado que en muchos casos las personas adultas introduzcan a menores de edad en los contenedores para recuperar residuos, poniendo en riesgo su integridad física.

Al trabajar con bolsas o recipientes con los residuos no separados se corren diversos riesgos de salud, sea por la posibilidad de encontrarse con objetos punzo-cortantes, con materiales que han estado en contacto con personas enfermas o por la exposición a microorganismos presentes en los residuos en descomposición. En estas condiciones, sufrir un corte o una punzada es una posibilidad siempre latente, no obstante lo cual es asumida con ambigüedad. Si bien resulta muy claro para las y los recuperadores que dadas las condiciones de su labor están expuestos a este peligro, su ocurrencia efectiva es referida como un “accidente”, en algunos casos como resultado de “estar distraído/a” o “apresurado/a”. La mayoría de las veces estas heridas son atendidas mediante una curación casera y no suponen un motivo de fuerza para asistir a los servicios de salud.



Y así trabajaba...

Me he cortado el dedo fuerte con viruta. Todo esto se me había abierto, me temblaba la mano, ya me iba a ir a la posta. Me amarré fuerte y esperé que me deje de temblar la mano. Cuando paró ahí recién me lavé con jabón: ardía. De ahí me puse con curita y con un trapo limpio lo tenía y así trabajaba (Lima).

De los vidrios hay que cuidarse; siempre hay que agarrar palito, fierrito (Cochabamba).

Vidrios, me he cortado: eso es el temor de los recolectores (Cochabamba).

Trabajar en la calle

Además de ser poco valoradas socialmente, las labores de recuperación/segregación son incomprensidas —pero no desconocidas— por las autoridades. Éstas conocen que hay un valor recuperable en lo que los hogares dejan de lado y que la demanda de la industria por ese valor ha dado pie a la organización de un vasto mercado. Los sistemas de gestión de residuos que se basan en conducir al punto de disposición final grandes volúmenes sin segregar no dialogan adecuadamente con ese mercado. La predominancia del modelo “todo-basura” no solo no considera, sino que combate a quien recupera/segrega por su cuenta, reprimiéndolo físicamente o ilegalizándolo. De este modo, para las y los trabajadores de la recuperación/segregación de RSD el acceso a las calles está condicionado por la política municipal: ella da la pauta de las tensiones, conflictos y apropiaciones de la calle.

En función de la actividad de recuperación de RSD, reconocemos al menos tres tipos de *reparto* de las calles que se entrecruzan conflictivamente. En primer lugar, la operación del servicio oficial —concesionado o no a una empresa privada—, que depende tanto de la logística de la operación —circulación, tránsito, rutas, topografía— como de los criterios con que la ciudad priorice la atención de los vecindarios —niveles de tributación, presión vecinal. Luego está la asignación a grupos organizados de recuperadores/segregadores, que se establece generalmente a partir de la riqueza de los residuos y en función de los puntos de venta y luego se negocian con el gobierno local. Finalmente, existe una sectorización *de facto*, zonas delimitadas con base en la constancia de la acción de la o el recuperador/segregador independiente, sus tratos con terceros en la calle o su relación



con los agentes generadores domésticos o comerciales. Y de sus estrategias de evasión de los agentes de la represión, que no toleran su presencia.

Elegir una zona para hacer la recolección es un proceso en el que intervienen numerosas consideraciones que beneficien el desempeño en la jornada y maximicen el valor en el mercado de lo recolectado. En este proceso, la información brindada por terceros y la experiencia propia son claves para determinar aquellas calles que cumplen con las condiciones: abundancia, regularidad en la generación de desechos, presencia de otros recuperadores que permitan la recolección, entre otras.

En las decisiones de desplazamiento para la recuperación de residuos en la calle pueden identificarse actitudes distintas entre hombres y mujeres. Para ellos, trabajar juntos tiene como objeto lograr captar mayor material. La compañía de un par está asociada a rentabilizar más el desempeño. En las mujeres, el principio que prevalece es protegerse, acompañarse y cuidarse mutuamente. Hay entre ellas quienes temen desviarse de la ruta ya conocida para explorar más posibilidades, y quienes llegan a encontrar emocionante y hasta liberador ese reto. Muchas buscan para estas actividades la compañía de la familia o de otras mujeres para gozar de mayor seguridad al alejarse del hogar hacia territorios lejanos, ajenos y anónimos.

Me da nervios el perderme

Siempre en los siete años he hecho el mismo recorrido, nunca ni una cuadra más ni una cuadra menos, por terror a perderme. Entonces, siempre hago el mismo recorrido (Montevideo).

Me da nervios perderme; estoy en mi país, pero también me daría vergüenza; van a pensar que soy de otro mundo, de otro país si pregunto: "¿Dónde estoy?" (Montevideo).

En muchas zonas ricas en desechos las autoridades se oponen abiertamente a la actividad de recolección. En determinados casos, las y los trabajadores que transitan por estas zonas han sido víctimas de represión violenta, que incluye incautación de vehículos, decomisos y golpizas. La conciencia de la ilegalidad de su actividad —aun teniendo en cuenta que es producto de la incomprensión de su labor— los cohibe de hacer valer sus derechos fundamentales.



Yo no hago nada malo, pero así es...

Vienen en camioneta, vienen y me atacaron. ¿Qué voy a hacer? Yo les digo: "Pero ustedes tienen trabajo siquiera, yo no tengo trabajo, soy madre de familia". Pero todavía se amargan, me insultan. Disculpe la palabra: "Concha tu madre, lárgate". Yo no hago nada malo, pero así es (Lima).

El trabajo en las calles ocurre tanto de día como de noche, lo que determina variados riesgos. Además de la eventual represión de la autoridad, las y los recuperadores/segregadores deben enfrentar la violencia de la noche. Las zonas comerciales pueden ser muy solitarias y riesgosas, y si bien se puede rehuir el contacto, no se debe descuidar el material recuperado en la jornada.

Peleando, peleando me puse a reciclar

Entonces cuando yo entré había fumones [consumidores de pasta básica de cocaína]. Me decían: "Gente nueva, qué quieres"; yo les decía: "Necesito para comer, tengo la necesidad de comer; no solo yo, también mis hijos". Peleando, peleando me puse a reciclar, así hasta el día de hoy (Lima).

Al trabajar en zonas donde la actividad no es permitida, muchos evitan cualquier señal que pueda hacerlos más identificables para quienes reprimen el recojo callejero. El traje de faena nocturno no siempre incluye aditamentos reflectivos a la luz. La ropa oscura y el afán de no ser visto tienen para las y los trabajadores el efecto perverso de pasar inadvertido ante un conductor desprevenido. El riesgo se agrava cuando para el recojo se emplea algún tipo de vehículo. El temor o preocupación de experimentar choques con vehículos o atropellos forma parte de la experiencia personal de las y los trabajadores de la calle.

Desde el punto de vista de quien produce y arroja los desechos, quien espera hacerse con aquello que se ha descartado del espacio familiar es visto como un extraño que entra en contacto con la privacidad. Aunada a su tránsito por el vecindario con ropa de faena, generalmente en horarios nocturnos, la figura de las y los recuperadores/segregadores



suele generar desconfianza y asociarse a la sensación de inseguridad que caracteriza cada vez más la convivencia urbana.

No tenemos derechos en la calle...

Yo estaba justo para subir y la combi viene y me lleva el triciclo, y mi hijo estaba adentro. Yo grité, el carro paró y el cobrador vino corriendo. Me ayudó a subir el triciclo del puente hasta el otro puente; de ahí se fue corriendo. Yo a mi hijo le dije: "Quédate acá". Me fui corriendo y le alcancé a la combi (Lima).

No tenemos derechos en la calle. Muchas veces por ser clasificadores se nos tiran encima. A mí me han pasado ómnibus, casi me matan con mi botija (Montevideo).

Yo le digo: "Anda a las 9 de la noche, porque a las 7 es tráfico y los carros se meten nomás y no respetan al triciclo" (Lima).

Aun con todos los riesgos, trabajar en la calle también está asociado positivamente a las nociones de independencia y autonomía. Más allá de las dificultades del trabajo, esta autonomía refiere controlar la actividad, a que no existe una relación de subordinación a terceros. Si bien resulta claro que si no se trabaja no habrá ingresos, resulta más sencillo decidir no trabajar cuando así lo exigen otras necesidades personales o familiares. Más de una vez hombres y mujeres deciden no "salir" cuando deben atender una emergencia familiar o cuando se ha presentado una oportunidad de trabajo que proporciona mayores ingresos de manera temporal.

Trabajar en un centro de clasificación

Ya se examinó la vivienda y sus alrededores como el espacio productivo típico en cuanto a la tarea de clasificar los desechos recolectados por una familia recuperadora/segregadora. El otro espacio típico es la planta de clasificación, que continúa con el procesamiento de lo recogido y preseleccionado por numerosas unidades familiares. La planta de clasificación puede ser informal y poco acondicionada, como ocurre con los espacios destinados a la clasificación al interior de depósitos privados. Los depósitos son empresas más grandes y establecidas, aunque muchas de ellas operan en el margen de la legalidad en lo que a calidad de instalaciones, condiciones de trabajo y manejo empresarial del negocio se refiere. El depósito acopia de manera diferenciada los materiales que se compran a la



segregación callejera, que serán mejor limpiados, compactados, embalados y vendidos a otro depósito mayor y así sucesivamente hasta llegar al comprador final.

Los trabajadores del depósito ya no son independientes. Se trata de personal asalariado que labora en horarios y rutinas establecidos y en un recinto cerrado. Sea una cooperativa, un grupo asociado o una empresa privada, hay una notable diferencia con la actividad que se efectúa en los domicilios. En la planta de clasificación no se es dueño del tiempo, mientras que en la vivienda es posible determinar los momentos de faena acomodándolas a otras actividades de la familia. La flexibilidad para combinar tareas desaparece en una planta de clasificación.

La diferencia entre los depósitos privados y los depósitos cooperativos —como los que encontramos en Sao Paulo— reside en que el servicio de recojo segregado se eslabona de manera más transparente y eficaz, sin dejar de lado a quienes trabajan en la calle. Las cooperativas efectúan a la vez el trabajo de recojo y el de clasificación. De este modo desaparece la necesidad de hacer una selección en el hogar o en lugares inapropiados. Este eslabonamiento también genera una vía de continuidad en la carrera profesional de quienes trabajan en el recojo. De hecho, la historia de los cooperados brasileños ha comenzado con mujeres y hombres trabajando en la calle que luego se organizaron en una cooperativa.

En el contexto de la distribución del trabajo en la cooperativa, los hombres valoran más las tareas en las que se realiza despliegue de fuerza física, como salir a recolectar, levantar peso y prensar los materiales. Se consideran más aptos para esto que las mujeres; también expresan su preferencia por las transacciones comerciales, como negociar los precios y vender. La labor de clasificar les resulta poco dinámica, por lo que la evitan y prefieren las tareas que se realizan en las calles. En general, ellos aprecian la especialización en una sola función entre las que valoran más, que son las de fuerza física o representación comercial.

Por el contrario, las mujeres declaran que pueden asumir diversas tareas durante una misma jornada —recolección, clasificación, acondicionamiento del material para la venta—. También consideran muy atractiva la rotación de tareas que promueven algunas cooperativas, sistema que les permite salir en los camiones o ir a los puntos de recolección. Las mujeres que trabajan en las plantas de clasificación —especialmente



aquellas que antes lo hicieron en las calles— declaran sentir la “falta de calle”, en el sentido de la desconexión con las novedades, la información rápida y visual.

Las tareas de clasificación exigen dedicación, atención y mayor tiempo de permanencia en un mismo lugar. A diferencia de muchas mujeres que realizan el trabajo de clasificación en el hogar, en la cooperativa las mujeres consideran que la clasificación es tan importante como la recuperación callejera o recolección. En tanto la secuencia de labores es más evidente, los miembros de la cooperativa son conscientes del aporte específico de la clasificación en la producción de valor del material. Sin embargo, en pocos casos las mujeres —y la organización de las y los trabajadores— han problematizado su ubicación mayoritaria en esa tarea en especial. Es también común que en las cooperativas se acepte que el manejo de maquinaria para el procesamiento y acondicionamiento de material es una tarea que “corresponde” a los varones.

Aun en Sao Paulo, donde existe mayor desarrollo del modelo cooperativo, muchas mujeres expresan atributos como la atención y minuciosidad necesarias en la clasificación como “naturalmente” femeninos, del mismo modo en que consideraron “estar en la calle” como algo que correspondería a los varones. A pesar de que se reconoce su aporte a la agregación de valor, no se considera que estas habilidades particulares para clasificar —separar y limpiar los materiales— sean una especialización que deba ser reconocida económicamente.

La organización cooperativa ha sido de gran utilidad para visualizar el aporte del conjunto de las y los trabajadores, organizados o no, ya que su voz no olvida que en la base del depósito está el recojo selectivo, se efectúe o no en condiciones social y ambientalmente adecuadas. Más allá de su enorme relevancia, las cooperativas deben enfrentar el reto de concebir un sistema que pueda encaminar de manera adecuada los desechos reciclables teniendo en cuenta que no todas las personas que actualmente trabajan en Sao Paulo como no organizados (*avulsos*) tendrían un lugar en el depósito, aunque es justamente la experiencia cooperativa la que les permite valorizar su actividad.



Sección 2

**SER RECICLADORA / CLASIFICADORA /
CATADORA. ¿QUÉ SIGNIFICA?**



EL PRIMER PASO

Para muchas *recicladoras* en Lima y Cochabamba, la recuperación/segregación de residuos resultó una alternativa en un punto crítico vital: enfermedad, deudas acuciantes, abandono familiar, o en la dura experiencia de migrar a la ciudad y no conseguir un trabajo. En Montevideo, debido a que la recuperación/segregación de residuos es un oficio familiar que se transmite de generación en generación, muchas mujeres empezaron a trabajar con los residuos siendo niñas, llevadas por sus padres en los carritos y ayudando en la clasificación. Muchas *clasificadoras* montevidéanas tuvieron otros empleos, pero al formar pareja con un *clasificador* se dedicaron juntos al oficio, que no les resultaba del todo extraño pues había un antecedente en la familia o muy cerca, en el barrio.

También hay mujeres que refieren que fue un largo periodo de desempleo o de empleos inestables del padre o la pareja lo que las llevó a buscar una nueva fuente de ingreso, con la motivación principal de asegurar la alimentación de los hijos. Otras han tenido alguna experiencia en el comercio, y en los casos de Sao Paulo y Montevideo encontramos mujeres que han sido obreras y se convirtieron en *catadoras* cuando ya no pudieron trabajar más en la fábrica, o cuando sus ingresos en sus actividades comerciales independientes menguaron tanto que no tenían para invertir.

Aun desde sus diversas experiencias, un elemento común a todas es que encuentran en el “mundo de los residuos” una fuente relativamente segura de ingreso, a la que acceden sin invertir y en la que pueden permanecer a pesar de sus limitaciones y de su carga doméstica. Los únicos requisitos para empezar: un poco de información sobre qué recoger y mucha decisión para aventurarse en la recolección de residuos.



¿Cómo se decidió a trabajar como recicladora?

Antes yo hacía pan, tenía mi horno, pero entró la remodelación de mi terreno y ya mi horno lo han derrumbado y ya no tenía; de ahí he tenido que entrar a este trabajo. El Serenazgo [Policía Municipal] la vida imposible nos hacía: mi canasta, todo lo que vendía me quitaron, y ya no tenía. De ahí un sobrino que trabajaba en esto me dijo: "Entra, tía, yo sé que vas a triunfar. Se gana poquito, pero siempre se gana" (Carlota, Lima).

Vendí periódico, después fui costurera, planchadora, hacía bordado, hacía tejido, tejía a *ganchillo*, y así. [...] Para hacer *ganchillo* necesitas capital para comprar material y necesitas clientes que te compren lo que haces y las personas no valoran un tejido, un trabajo... llevan, pero acaban por no pagarte y pierdes el dinero y se hace bien difícil [...] Yo paré. Un día me desperté y me decidí. Necesito dinero, mi hijo necesitaba medicinas, yo cogí el *carrito* y salí para la calle y así fue que empecé [...] de ver que a través de la basura, que está en la calle, que nadie es dueño y que sólo necesitaba mi propia salud, ¿no?, mi propio esfuerzo para cogerla y venderla, ¿no? (Angela, Sao Paulo).

¿Cómo empezó?

[...] mis papás siempre trabajaron con *carro*. Y yo desde los 6 años trabajaba con un *carro* a mano, hasta los 15. Después de los 15, mi padre había comprado un carro. Y después, a los 16, formé pareja y empecé a trabajar con *carro*. Después el padre de ellos [de mis hijos] salía con el *carro* y yo lo ayudaba. Después cuando nos separamos el *carro* fue para mí y los niños (María Jesús, Montevideo).

¿Por qué dejó de trabajar como metalúrgica y empezó a hacerlo como catadora?

Yo dejé de trabajar. Yo fui... la verdad es que yo fui despedida, porque cuando estaba trabajando en la metalúrgica... la metalúrgica estaba en crecimiento y yo no fui a estudiar... vinieron las máquinas, la tecnología, esas cosas, y yo no acompañé eso. Entonces terminé siendo despedida. Y luego que fui despedida ya nunca fui a buscar un empleo. Si dijera que fui a buscarlo sería mentira. Nunca. Desde que yo salí es que me vine a trabajar en el reciclaje y estoy allí hasta hoy (Sonia, Sao Paulo).



Tuve un problema en la vista, en esa época, así que yo salí a trabajar... cuando me operé, todo, volví, pero al poco tiempo me despidieron. Aun así, yo seguí trabajando, trabajé en un hospital, luego trabajé en la calle, de *garí* [empleada de limpieza pública], pero después de eso ya no conseguí emplearme. Ahí es que empecé a trabajar en la calle. Comencé así, cogí un costal oscuro, de basura y empecé a recoger cartón... cosas que yo veía en la calle, las iba metiendo al saco, iba a venderlas al depósito, cargaba el cartón en la cabeza, de esa forma yo trabajaba. Después me regalaron un *carrito* de mano y así seguí trabajando hasta hoy, nunca paré (*Josefa, Sao Paulo*).

¿Qué fue lo que ocurrió?

Yo trabajaba en un mercado; tenía mi negocito, un puesto. Pero de ahí entró el *Serenazgo* y botó a los ambulantes, empezó a quitar la mercadería; y como yo perdí gran parte, perdí todo eso y no tenía cómo recuperarlo. Así empezó (*Genoveva, Lima*).

¿Cómo se enteró de que podía trabajar recogiendo?

Así andando nomás. Mi hijito juntaba antes, y después me dijo: "Voy a trabajar". [Yo empecé] así como trayendo comida a mi esposo. Ahorita está trabajando acá en San Isidro. Yo traía su almuerzo y veía a señoras que recogían, y yo decía: "Por qué no saco para mi pasaje aunque sea"; y ya, pues. Él tampoco tiene trabajo seguro; ahorita trabaja así, cuidando una casa, de vigilante. Pero a veces el sueldo no alcanza, pues, por eso yo ayudo haciendo esto (*Stefani, Lima*).

¿Cómo aprendió el trabajo? ¿Alguien le enseñó?

Tenía una señora amiga; ella me ha enseñado, me decía: "Como no tenemos *plata* [dinero] para dar de comer a nuestros hijos, ahí vamos a sacar" (*Paula, Cochabamba*).

¿Quién le avisó para que trabaje como recolectora?

Unas amigas. Yo conté mi historia: que no tenía para comer, que a mis hijos les daba a veces nomás agüita con sal. Se ponían a llorar, yo también me ponía a llorar; bien triste era mi vida (*María M., Lima*).



Yo de mi invención: veía a la gente, lo que alzaba. Qué será que hacen, yo también por qué no me meto, decía yo, si sé hacer todo. Voy a experimentar, voy a estar un día en la calle, para saber qué se siente (*María, Cochabamba*).

¿Alguien le dijo que se podía trabajar como recicladora?

Yo nomás me he ideado. Primero lavaba ropa y he visto vender a las personas. Buscaban basura y les preguntaba qué cosa se vende. Una señora me ha indicado y yo he empezado así (*Gloria, Cochabamba*).

¿Cómo encontró este trabajo?

En realidad yo dejé de trabajar en casas de familia porque me casé y mi marido ya no me dejó. Así que me quedé en casa. Luego, cuando me separé, yo encontré este servicio y ahora estoy en esto (*Iara, Sao Paulo*).

Yo trabajaba en una casa de familia [...] Y como dicen, no hay patrona buena. Comenzó a ponerme a prueba, a dejar [a la vista] dinero, a dejar joyas. Retrasaba mi pago. Había meses que ella me pagaba, meses que no me pagaba. Quería que vaya a trabajar desde las 8 a las 10 de la noche porque había una fiesta, daba fiestas en su casa. Me tenía que quedar allá. Ella no contrataba servicio y nosotros teníamos que hacer esas cosas... yo y un compañero que trabajaba conmigo. Así que me salí. [...] Tenía una colega, una ex cooperada. Ella me dijo que estaba necesitando gente. Así que yo vine un día y ese mismo día me quedé (*Damiana, Sao Paulo*).

¿Sus padres clasifican?

Sí, sí. Son clasificadores los dos. Mi madre tiene 63 años [de edad] y todavía sigue clasificando [...] El esposo sale, y ella clasifica. Como hacía yo, porque en sí yo salí hasta... dos años que tuve que juntar con mi marido, salí con él, para poder juntar para la primera pieza que tuvimos y todo; trabajé con él. Después ya no. Me dediqué a la casa y a los animales que teníamos, y a mis hijos, y yo clasificaba y él salía (*Tamara, Montevideo*).



¿Hace cuánto empezó a trabajar con el carrito?

Me inicié hace 4 años pero hacía 2 años que yo estaba saliendo con un carrito en bicicleta, pero a la vuelta de mi casa, ¿viste? Por todos los basureros y tal. Y vendía en el depósito a un par de cuerdas y después cuando ya iba de camino a mi casa había un almacén donde me dejaban las cosas más baratas y compraba ahí *(Martha Julia, Montevideo)*.

¿Cómo fueron sus primeros días?

Mmm, abrí la bolsa y dije: “Qué voy a encontrar”. Me dio asco. Poquito a poquito fui... hasta que se me desapareció, y me daba vergüenza también, pero poco a poco se fue *(Isabel, Lima)*.

Tenía miedo, tenía vergüenza... pero eso habrá sido 15, 20 días. Pero después me gustó. Y ya... ahí ya perdí la vergüenza. Y dije: “Por qué, si no estoy haciendo nada de malo, estoy haciendo algo... sin hacer daño a las personas”. Me gustó. Y después empecé a enseñarles a mis amigas. Empecé a enseñarle a todos *(Anselma, Lima)*.



LA CALLE ES DURA

Para los vecinos de un barrio, sacar los desperdicios a la calle a la espera del paso de los empleados de la limpieza pública es el punto con el que concluye su preocupación por la basura que producen. Para la ciudad, este punto es apenas el inicio de una compleja y conflictiva cadena de relaciones entre el sistema oficial —que pugna por llevar los residuos a un relleno sanitario— y el sistema informal —que lucha por recuperar los materiales con potencial para los procesos de reciclaje—. Para las y los recuperadores/segregadores, la inseguridad y, eventualmente, la represión, son los obstáculos que se agregan a la incomprensida tarea de separar los desechos de las basuras.

Esta incomprensión y poca estima social de la recuperación de residuos tienen su fuente en el contacto de las y los trabajadores con las basuras, a los que se suman otros factores como la desconfianza ante los extraños, la sensación de inseguridad en los vecindarios de ingresos medios y altos —ricos en desechos—, las políticas de ornato público en los centros urbanos, entre otras. En Montevideo, es común oír hablar del “problema de los carritos”, de los *clasificadores* que interrumpen el tránsito de los autos y “ensucian” la ciudad. En Lima, los servicios de seguridad municipal incluyen en sus listados de problemas la “proliferación de recicladores” y alientan a los vecinos a reportar la presencia de personas “sospechosas”. En Cochabamba, como en Sao Paulo, la participación de personas con dependencia de alcohol y drogas en el recojo de residuos alimenta una imagen de este oficio como ejercido por personas violentas o peligrosas.

Para miles de familias, las calles son espacios de trabajo, fuente de sustento. Durante la jornada se presentan diversas situaciones de interacción con automovilistas, vecinos, agentes de seguridad y, a veces, con delincuentes. También hay competencia: es necesario proteger y defender el espacio de trabajo, marcado por la constancia de los recorridos. La pugna con recuperadores ocasionales o nuevos puede tomar la forma de agresiones verbales y físicas para validar la pertenencia de una calle, una ruta, una bolsa de residuos. El conflicto y la agresión son eventualidades que requieren el despliegue de mecanismos de defensa.

A pesar de los inconvenientes y peligros de las calles, muchas mujeres valoran trabajar allí en tanto permite “enterarse de lo que pasa”, “ver el movimiento”, “conocer otros lugares”, sensaciones que no tienen cómo procurarse en otras circunstancias que no sean las del trabajo. Las mujeres valoran la labor de recuperación callejera en tanto les permite acceder al mundo fuera del hogar, al espacio público. La trayectoria que conforman los empleos anteriores es determinante en esta valoración. Quienes se han empleado en servicios domésticos o en el trabajo fabril contraponen a la experiencia de rutinas rígidas en tareas y tiempo, la autonomía en el diseño de la jornada de trabajo —decidir los horarios, aprender qué días es más rentable “salir” a trabajar, y también la sensación de libertad que ofrece la calle.



¿Usted ha tenido problemas trabajando en la calle?

En la calle sufres, si tienes hambre, si tienes sed, ya sabes... sientes vergüenza... a veces me estoy muriendo de sed y me da vergüenza tocarle la puerta a alguien para pedirle agua, porque van a verme sucia y qué van a pensar que soy, ya sabes... hoy en día las cosas están tan difíciles, la gente siente miedo... (Josefa, Sao Paulo).

No hay problemas; una vez solamente un hombre me quería quitar mis cosas que saqué del contenedor y quería que me vaya a otro lado. Esa vez casi nos pegamos; con un palo le iba a dar. Por suerte llegó el *dulcero* y el hombre se fue (Emiliana, Lima).

A nosotros nos tratan de *pichis* [mendigo, persona de la calle; despectivo]; yo creo que somos mejor que ellos. Somos *pichis*, sí, pero somos muy limpios. Dicen: "Ah, porque estos *pichis*"; sí, pero ellos son más sucios que nosotros. Los contenedores, cuando nosotros vamos, están llenos de mugre; ¿y no decían que eran para clasificar? [...] a veces vos vas a una volqueta y hay alguien, porque siempre hay alguna que te dice algo, pero yo le digo: "Pero señora, mírese usted primero". Porque yo soy *pichi* pero soy limpia. Porque a veces los más ricos son peores que nosotros, nosotros somos más limpios que ellos, y capaz que somos más educados que ellos todavía. Porque es así, es la realidad, somos más educados que ellos. Porque a veces dicen "porque estos *pichis*". Sí, somos *pichis*, sí. Nosotros *pichis*, porque vamos a sacar algo que nos sirve, para traer a nuestras casas para darles de comer a nuestros hijos. Hay gente, digo, que se desubica en la calle, ¿no? (Carolina, Montevideo).

La policía pasaba mirando, después ya saludaban y uno les saluda también, ven que eres gente trabajadora y ya te dejan, nunca he tenido problemas. Con los vigilantes, particulares... siempre han sido gentiles, siempre saludan, nunca molestan, dejan trabajar. En las calles hay muchas personas siempre... hay tipos de personas, ¿no? Muchas damas te ofrecen cosas y uno lo recibe, ropa para vestir, ¿no? Lo recibes porque se gasta mucha ropa, queda muy sucia... por lo que algunas personas... la gran mayoría siente rechazo, te maldicen, te riñen, te echan al perro... la mayoría no acepta que estés moviendo la basura, [te dicen] que vas a ensuciar, algunos ensucian ¿no?... la mayoría te molesta, no te respeta, la gran mayoría no acepta que toques la basura, que la muevas, que la lleves, a pesar que vas para eso, ¿no? Ya está en la calle, pero ellos se sienten dueños de la basura y no... muchos impiden que uno se acerque, es bien, bien difícil... (Angela, Sao Paulo).



Ha habido operativo, nosotros no sabíamos. Se bajaron de la camioneta y nos quitaron el *triciclo*; tiraron todas las cosas al suelo, el *triciclo* solo lo subieron. Ahí estaban ocho, entre ocho nos quitaron. [...] El *Serenazgo* es muy abusivo. Nosotros podemos traer a nuestros hijos que nos ayuden, pero ¿qué pasa? Los golpean, los lastiman, a los niños, los jovencitos. Había un jovencito de 15 años [de edad], así, señorita, y le pegaron duro a ese niño. Tuvimos que saltar entre todos: “¡Es un niño! ¡Cómo le vas a pegar!” [dijimos]. “¡No, está prohibido el reciclaje” [nos contestaban]. [...] Lo único que hemos hecho con la mamá del niño lo hemos recogido y lo hemos curado. Se pasa bastante experiencia en la calle (Rosa A., Lima).

Muchos son ‘alcohólatras’: ellos intentan asustarte, así [te dicen]: “Mujer, aquí es donde yo trabajo”..., pero ellos no me intimidan. Yo actué como un hombre, me vestí como un hombre, luché por mi derecho a trabajar, para que no se metieran más conmigo (Arlete, Sao Paulo).

¿Qué le pasó?

Yo había dejado mi *triciclo* así y me había ido a *costalear*, mirando, mirando. De ahí veo que hay una señora parada mirándome. Dejo los paquetes ahí y un señor viene y me mira y me menta la madre. De ahí agarra y le dice a la señora: “Mira, es una mujer, no es hombre”. Me dice [él]: “Mamita, ella me está mandando que me lleve tu *triciclo*. No dejes tu *triciclo* así, no te vayas, porque en cualquier rato viene otro y se lo lleva”. “Ah, ya, gracias”, le dije. De ahí ya tengo cuidado, porque los borrachitos también me decían: “No dejes tu *triciclo* así, se lo llevan” (Carlota, Lima).

¿Y la inseguridad de la que tanto hablan (de los robos)?

De eso sí, los *pastosos* [adictos] te acosan. No, es que... De repente son las 3 ó las 4 de la mañana y te están llamando para venderte de repente un *cacho* de pan para drogarse. Porque es así, muchas veces la pasamos nosotros, que te estén llamando por nada (Adriana, Montevideo).

¿Qué es lo que más le preocupa?

Allá en la calle da miedo los *carros* [autos]: a veces [los conductores] están mareados, y si va en el *triciclo* con las *chiquitas*... qué pasa, se lo llevan. No puedo venir sola, porque traer el *triciclo* con todos los *carros*, no (Reina, Lima).



Y usted dice que los conflictos se deben a que ahora hay más carritos...

Porque se llenó más de *carros* [de clasificadores] de lo que había antes; hay más cantidad ahora. Y antes salías y respetaban: si vos tenías una cuadra no se metían. Y ahora se meten, pasan adelante tuyo y no respetan nada [...] Sí, te veían en una cuadra y se iban para otra, no se metían en la misma cuadra que estabas vos. Y ahora es al revés: si te ven se meten igual y no se hacen problema ninguno (*Adriana, Montevideo*).

¿Cuáles son los principales peligros en su trabajo?

Los principales son los *carros* [autos], porque nosotros nos metemos en la pista. Cuando yo estoy con mi coche estoy en la pista; cuando estoy en la avenida Brasil los carros pasan así a la orillita de mí. Eso me peligrá. También que tengamos alguna enfermedad por lo que buscamos (*Isabel, Lima*).

En la calle el mayor peligro son los *carros* [autos], se te van encima, no te respetan, porque si fuese un carro de lujo, ellos se cuidarían de no chocar al carro de lujo, o un camión, o un bus, pero ellos no se cuidan de no chocarnos a nosotros, se te van encima, por eso corres el riesgo de ser atropellado, te pueden atropellar si vas con mucha carga (*Angela, Sao Paulo*).

Los carros [autos]. A veces cruzamos con bulto y nos pueden agarrar; eso tengo miedo. Hasta en las noticias ha salido que se han llevado a una recicladora con *triciclo* y todo. Por eso mi hijo me dice: "Con cuidado vas a andar" (*Stefani, Lima*).

Como mujer, ¿cuáles considera que han sido las dificultades que ha tenido por trabajar en la calle?

Han sido dos cosas: trabajar con los hijos y hacerte cargo de los hijos menores. Llego a la casa y tengo que ver si han comido y todo. Cuando salgo, igual (*María P., Lima*).

¿Le parece que es igual o más difícil para una mujer trabajar en la calle?

Y sí, claro: el hombre es más fuerte, más ágil para andar en la calle. Digo, las mujeres tienen que salir; si no, no tienen con qué alimentarse (*Claudia, Montevideo*).



Cuando está trabajando, ¿siente que la discriminan, que la miran mal?

A veces con la tapa del *container* en tu cara te dan. Tenemos que aguantar, pero yo al menos no discuto (*María, Cochabamba*).

Sí, nos dicen “esos basureros”; eso nos dicen, que en vez de tocar la puerta deberíamos hacer otra cosa (*Julia, Lima*).

Los vecinos no, no; ellos son aparte, muy raro ¿no?, porque hay vecinos que respetan y otros no, porque algunos tiran la basura: “Que hacen mugre”, dicen, ¿viste? Entonces, como también nos están un poco discriminando, algunos te aceptan y otros no, porque usan la palabra: “¡Ay, este *pichi*!”, porque lo he sentido: “Este *pichi* vino, revisó todo, dejó *mugre*”; o: “Mirá, no, no, ahí no revisés, no hay nada”. La gente muchas veces te dice: “No revises ahí que no hay nada”. Y vos abrís la bolsa y hay cosas que te sirven. Entonces es como una cosa de egoísmo, que los vecinos tienen un poco tirria con los... contra los clasificadores (*Sandra, Montevideo*).

Sí, mucho tratan mal. A mí precisamente hasta hay una señora que me ha discriminado. Hay gente que no te dice nada, pero te miran. Por ejemplo, había una temporada que sentía como si hubieran unos ojos en mi nuca: “Alguien me está siguiendo”, decía (*María, Cochabamba*).

Como estoy rebuscando en el cilindro, hay gente que lo ve mal; dicen: “Qué estás recogiendo, basurera”, o “estás comiendo...”. Ay, ¡qué cosas!, que en ese momento te duele pero tienes que seguir. Mayormente yo lo hago, pero a veces quiero contestar pero mejor me quedo callada; qué hago contestando, si igual tengo que recoger (*Genoveva, Lima*).

Sí, en la calle, por la gente que te disparaba, que te cohibía, pero ya me acostumbré. Como yo digo, para mí, te persiguen mucho y piensan que... desconfían del que no tienen que desconfiar (*Brisa, Montevideo*).

Siempre hay discriminación, sobre todo porque nos ven sucias, escogiendo en la basura. La gente nos mira mal, con desconfianza; como a pobres nos ven (*Olivia, Cochabamba*).

Discrimina la sociedad, los clasificadores no. Entre los clasificadores no le vamos a decir *pichi*, estás ‘requechando’ [buscando entre sobras], si estamos los dos en la misma. Si uno rompe el *carro* no vamos a seguir de largo y hacer la vista gorda,



porque el día de mañana te puede pasar a vos [...] Te discriminan porque te ven en un *carro*. Siempre; incluso a mí me pasaba cuando era chica, igual. Siempre pasó eso, eso siempre fue, que la gente te discrimina. Mi padre me decía “¿por qué llorás?”, y yo no le decía (*María Jesús, Montevideo*).

¡Eso! Uno sale a la calle un poco humillado frente a la gente, ¿no? Tú te ensucias mucho y te ves muy sucio frente a la gente y a veces la gente te insulta. Trabajando aquí dentro [de la cooperativa] no es así; nadie te está viendo. Uno trabaja y después toma su baño y se va a la casa. No saben lo que estás haciendo, ¿no? En la calle todos están a la vista, la gente pasa y a veces hasta se extrañan: “Ella trabaja en ‘eso’”, ¿no? (*Tereza, Sao Paulo*).

Te ponés nerviosa porque te parece que todo el mundo te mira, te discriminan. Yo por lo menos me siento mal, porque te discriminan... yo a veces salgo corriendo, porque parece que estás una hora revisando las bolsas (*María Jesús, Montevideo*).

Sí, antes cuando iba a las casas me mentaban la madre, me insultaban; decían: “Éstos son políticos; váyanse de acá, *rateros* [ladrones]”. Una vez a mi compañero le han pegado por eso. [...] Decían “estos *cochinos* [sucios, que ensucia]”, o te dicen “estos recicladores se la llevan fácil”. Si supieran cómo es, que tengo que ir los sábados; a veces vamos a limpiar las playas. [...] No digo nada. A veces les explico, les digo: “No me llevo, como usted piensa. Yo recojo perros muertos ¿Usted haría eso?”. Ahí se quedan callados. Antes decía, me sentía mal, pero ya no ya (*María P., Lima*).

Te dicen cosas que te humillan, que te ponen mal. [...] Porque trabajemos de la basura no significa que no seamos seres humanos, porque somos todos iguales. Bueno, ellos tienen trabajo; nosotros no, pero tenemos para comer (*Adriana, Montevideo*).

¿Cómo describiría el barrio donde trabaja? ¿Cómo es la gente?

Bueno, de la gente hay gente buena y gente mala; hay gente que te bota, o gente que te insulta; hay gente que te regala también, o te invita, o te menosprecia (*Genoveva, Lima*).



Y así, un día cosió su costal y se puso a trabajar...

Sí pues, pero al comienzo veían y veían, porque la gente te mira, pues; pero ahora ya me acostumbré (*Stefani, Lima*).

¿Qué es lo que le gusta de salir a clasificar?

La calle te da mucho. Yo me levantaba, aprontaba el mate y ya estaba al lado del carro, pronta para subir. Conocés gente, ves cosas distintas; es distinto que estar trabajando en la casa: yo no hablo casi con nadie (*Mariela, Montevideo*).

Es que en la calle sacás ropa, otras cosas que ese camión no te da. Además que podés salir si querés, si estás enferma o no; acá tenés que sacar las bolsas de basura de tu casa. Que a veces podés no estar enferma, pero te vino un bajón y no querés ir, no vas. Trabajar en la casa no podés (*Mariela, Montevideo*).

¿Y sus hijos varones le decían algo porque salía a trabajar?

No les gustaba mucho; ellos me querían más a mí acá en casa, pero... [les decía] que yo estaba feliz con eso, y que conocía gente, que salía de la rutina de todos los días: la cocina, los deberes, la ropa. Y conocer gente, toda la gente que conocí, todos [te dicen] "Hola Ana, ¿cómo estás?"; que alguien te diga: "¡Hola Ana!" (*Ana María, Montevideo*).



ES UNA OPORTUNIDAD

Para familias con pocas posibilidades de reunir capital para un emprendimiento independiente, *autoemplearse* en el reciclaje es una alternativa atractiva. La educación formal limitada o nula, en particular en Lima y Cochabamba, está asociada a la migración temprana y la escolaridad trunca a causa de la “dedicación al trabajo” desde la niñez. La escasa experiencia laboral no descalifica para empezar a “reciclar”, como ocurre al solicitar empleos distintos al servicio doméstico. No hay propiamente exigencias formales, como ocurre con otros empleos dependientes, en los que la solicitante debe dar cuenta de su identidad, su domicilio, su experiencia laboral previa.

En el pasado, estos hombres y mujeres tuvieron empleos de poca calificación que requerían bajos niveles educativos, los de las mujeres fueron casi siempre extensiones de la tarea doméstica. Las trayectorias laborales reflejan el poco acceso de las mujeres a empleos formales, que por lo general han tenido un pequeño negocio o comercio en el que no lograron éxito. Las que tuvieron un empleo formal como empleada en una tienda comercial u obrera en un taller abandonaron el trabajo cuando tuvieron un hijo o cuando sus hijos empezaron la escuela, con horarios que alteraron la rutina.

Las mujeres valoran en primer lugar que esta actividad les proporciona ingresos inmediatos. No se tiene que esperar el fin de semana o de mes para poder disponer del dinero urgente. En una situación de necesidad, el ingreso diario es muy valorado, aun si es escaso. La baja escolaridad no impide participar incluso de las operaciones comerciales que, por su frecuencia y volumen —lo recolectado en unos pocos días—, no son necesariamente complejas y se llevan a cabo sin postergar entregas o pagos, por lo que no se necesita llevar ninguna clase de registro escrito. Todas estas características hacen del autoempleo en reciclaje una opción atractiva para mujeres pobres de experiencias educativas limitadas.

Muchas mujeres que hoy trabajan como recuperadoras/segregadoras han estado empleadas alguna vez en servicios domésticos, de limpieza y mantenimiento, en el cuidado de personas. Algunas tuvieron que trabajar para otras familias desde niñas. Muchas cuentan que su trabajo anterior no les dejaba mucha libertad de acción ni mucho tiempo para sus relaciones personales. Por ello, aunque en primer lugar valoren su trabajo como un medio para sacar adelante a su familia, también hablarán del trabajo como un espacio de realización personal.



¿Qué trabajo hacía antes?

Primero he trabajado en casa, después en el Hospital Carrión, en lavandería. Y de ahí me he retirado cuando estaba gestando. Y de ahí empecé, como nació mi hijo, ya empecé dando *menú* [preparación y entrega de refrigerios]. [...] Llegué a tener mis hijitos, no había quién me ayude. Y yo tenía que llevar para 60 trabajadores el *menú*. Desayuno, almuerzo, hasta lonche llevaba. Y, como no tenía ayuda, y mis hijitos también eran *chiquitos*, y ya entraron al colegio, ahí es donde dejé de dar el menú. Y empecé con el reciclaje. O sea yo, como ya me conocían en las obras, yo entraba y recogía el fierro, o sea, todo el material que conocía; lo recogía y ya. Con eso empecé. Me llegó a gustar eso [...] O sea, ya me daba más tiempo por mis hijos que tenían que ir al colegio, ¿no?, ya no estaba preocupada, tensa en eso. En cambio en el *menú* tenía que estar: el desayuno, a las 7 en punto tenía que estar en la obra; a las 12 en punto tenía que estar llevando el almuerzo. Entonces no tenía tiempo para mis hijos. Por eso es que dejé eso (*Anselma, Lima*).

En el campo nomás, antes en la agricultura, después me fui a La Paz a trabajar como *empleada* [trabajadora doméstica] cuando era jovencita. Qué puedo hacer, no sé hacer otra cosa, y también ya estoy mayor (*Paula, Cochabamba*).

Vendía en *Gamarra*, vendía ropa. A la semana me pagaban 130 [soles] de lunes a domingo. Mi comida pagaba diario 5 soles, No me alcanzaba, entonces. Y aparte no estaba con mis hijitas: era hasta la noche, trabajaba todo el día y yo le dejaba a mis hijitas y a veces regresaba y le encontraba mojadita. No, por eso lo dejé. Mucho las descuidaba (*Janeth, Lima*).

¿Ha probado en otros trabajos?

Para decirte la verdad, ellos [los que dan trabajo] siempre quieren “qué estudios tienes”, “qué papeles tienes”. Yo a veces he salido nomás en *Construyendo Perú* [programa estatal de empleo temporal] 21 días nomás. De ahí es hasta el otro año [...] Y dicen “necesito jovencitas, no necesito personas mayores”. [Me preguntan] “¿cuántos años tiene usted?” 41. “¡Ah, no! Necesitamos de 18 a 30” (*María P., Lima*).

Yo antes trabajaba con el *carro* pero no salía, apartaba solo. Pero ahora me tocó esa parte al no estar él [la pareja]. Te explico: yo antes trabajaba de limpiadora, y después en planta, pero tuve que dejar para estar más tiempo con los *chiquilines*. Yo no pretendo que nadie me dé nada, solo un lugar en la escuela para yo poder



trabajar. Si me voy a trabajar dicen: “Los tiene todo el día en la calle”. Yo los pongo en la escuela y me puedo ir a trabajar tranquila. Quiero un trabajo de 8 a 4 y salir e ir a buscarlos a la escuela. Sí o sí tiene que ser una escuela de tiempo completo (*María Jesús, Montevideo*).

¿Considera que no tiene otras opciones de trabajo?

Sí hay, hasta en casas, pero no he querido para no dejar a mis hijas, porque ahora con adolescentes hay peligro. En cambio, con este trabajo en la mañana estoy con ellos y ya en la tarde me voy, dejo cocinando (*Stefani, Lima*).

Yo lo único que sé hacer es reciclaje y cocina. Porque cuando estuve en el internado nos enseñaron lo que es el tejido y la cocina, y a mí me gusta eso. Mis hijos me dicen “por qué no pones un restaurante”, pero con qué *plata*; si tuviera trabajaría en el restaurante en lugar de andar por las calles peligrosas que ando. Mis hijos los mayores agachan la cabeza nomás; como ellos no tienen profesión ni nada. Qué puedo hacer [...] Lo que gano, bueno más que nada en la comida, algo para que mis hijos se nutran bien, estudien. Voy al colegio, veo qué necesitan, de lo poco que tengo hablo con los profesores, les digo “profesor, yo gano tanto y ya no le puedo dar más a mis hijos”. A veces algunos me comprenden y algunos no, pero como dicen a veces tengo que dejar de pagar algo para que ellos sigan estudiando. A veces me llaman para participar en actividades en el colegio y yo participo más que nada para que ellos sigan estudiando (*Rosa A., Lima*).

¿Le gustaría trabajar en otra cosa?

A mí me gustaría salir de esto, conseguir un trabajo. Pero viste que por el tema de sexto año de escuela y que te piden referencias, y yo nunca trabajé. Encima por la edad tampoco te dan. A mí me gustaría ir a más, no estar siempre en la basura (*Mariela, Montevideo*).

Sí, me gustaría trabajar en otra cosa; porque yo ya iba a dejar, de hecho, porque me habían ofrecido un trabajo que me pagaban mejor, pero no puedo, porque yo acá trabajaba todos los días y tuve que dejar de trabajar. Ahora son dos veces por semana, por los controles de [mi hijo] Kevin. Tengo que faltar a trabajar, porque a los controles lo tengo que llevar, por las operaciones; no puedo faltar. Entonces digo, trabajar se me complica, trabajar todo el día. Quiero trabajar para mejorar,



para adelantar, para agarrar más *plata*; pero, a la vez, no puedo; con el tema de [mi hijo] Kevin no puedo, porque se me hace *redifícil* (Adriana, Montevideo).

Trabajé cuatro años, dos años hasta que quedé embarazada del más chico, en una empresa que era la empresa "Brillo". Quedé embarazada, me fui. Como me fui bien, cuando tuve familia, al año volví a ir. Trabajé casi dos años más, y después... la empresa le entró a ir mal. Igual yo ya había dejado, porque los tiempos no me daban. [¿Para cuidar a los *gurises* (niños)?] Claro (Tamara, Montevideo).

¿Ha pensado trabajar en otra cosa?

Piensas, pues; pero si no tienes capital, no puedes. Tengo que seguir nomás. [¿En qué quería trabajar?] Así, vendiendo verduras, papas. Pero no hay capital y hay competencia; y si no vendes, tu capital pierdes. Pero acá aliguito se gana siempre (Carlota, Lima).

Yo tengo que trabajar, pero ir a trabajar a una casa de familia a esta edad no; yo ya tengo mi *carro*: voy a una fábrica, al INAME [Instituto Nacional del Menor, hoy Instituto Nacional del Niño y el Adolescente del Uruguay] a cuidar *chiquilines*, pero a una casa de familia no, antes de eso me quedo con el *carro* (María Jesús, Montevideo).

Estaba pensando trabajar en otra cosa, porque a veces no puedo trabajar; de repente puedo vender algo, hacer un negocio. Porque antes yo vendía así, en mi puerta, papa rellena, mazamorra [potajes]. Porque *trabajo-trabajo* para nosotros ya no se encuentra (Julia, Lima).

Yo en un futuro quiero un trabajo. No me veo en el *carro*: lo hago porque es una necesidad. Pero si yo pudiera ubicarlos en la escuela de tiempo completo entraría en un trabajo, en limpieza o donde fuere. Un trabajo te da más posibilidad de salir adelante. Esto es una escuela, esto sigue, y yo para mis hijos quiero otra vida y no la misma del *carro*. No quiero que ellos pasen *necesidad* (Claudia, Montevideo).

En su opinión, señora, ¿qué tipo de personas entran a trabajar en esta actividad?

Yo diría, las personas que no tienen trabajo, por ejemplo, la tercera edad, ya no encuentran trabajo en las fábricas. Yo en esa parte, yo les he ayudado bastante, a bastantes personas. Si yo le haría el contacto con esas personas [le dirían] "sí, la señora nos ha enseñado". Yo nunca he sido egoísta con ellos. Si usted podría venir



un domingo, yo le puedo llevar así a los clientes que tengo, que reciclan, y usted misma va a darse cuenta. Y hay bastantes señoras, ah. Compañeras. A la señora Justina yo le he enseñado, yo le jalé a este trabajo (*Anselma, Lima*).

Yo me acuerdo que en un tiempo entraban señoritas simpaticonas, 'paraditas', como usted, entraban a trabajar en esto, pero al poco tiempo lo dejaban: no aguantaban. Pero las que tienen necesidad como madres abandonadas, o con varios hijos, ellas se han quedado, ya te ambientas, te acostumbras a recoger perro podrido, de todo, ratas; ya estoy ambientada (*María P., Lima*).

Como le vengo diciendo, son aquellas personas que viven en la calle, que dependen de las drogas y que tienen el mundo cerrado. Y también mujeres que se separan del marido y quedan allí abandonadas en los albergues y que buscan una chance que encuentran aquí [...] Cuando una persona llega a ser catador es porque ya buscó todo en la vida; el último empleo de ella es ése y que ese empleo fuera valorizado sería una maravilla. Va a ser como un empleo cualquiera (*María del Socorro, Sao Paulo*).

En realidad, la mayoría son madres solas, abandonadas, que necesitan este trabajo. Por la misma razón que cuando no tienes trabajo o tienes trabajo que dependes de otras personas no puedes ver a los hijos. En cambio en este trabajo trabajas medio día y puedes ver a tus hijos [...] trabajo medio día y puedo ver a mis hijos. Varias compañeras se van a cocinar y de ahí regresan. [...] Me gusta. Si fuera por mí, si no tuviera hijos ni nada, yo seguiría feliz. En la mañana salgo a reciclar, en la tarde también. Me hago mis 10 soles, para mí; tranquila vivo, porque siempre hay basura en la calle, siempre hay botellas en la calle, siempre hay reciclaje. No lo dejaría (*María P., Lima*).

Los que necesitan, los que tienen muchas necesidades en el hogar, se ven obligados a hacer este tipo de cosas. Porque tampoco le voy a decir que éste es un buen empleo, no, es un trabajo sucio... para quien sabe trabajar, vivir sin nada, sin dinero en el hogar, sin nada, a nadie le gusta. Una madre, un padre de familia no puede llegar a la casa y decir sin más "mi hijo está sin comer..." ¿por qué? ¿porque no encuentro empleo? Eso estaría mal, ¿sabes por qué? Porque en la calle hay trabajo... Cuántas veces mi pequeña ha necesitado un pan y yo no he tenido que tocarle la puerta a nadie (*Josefa, Sao Paulo*).



¿Cuál es la ventaja de este trabajo?

Ah, que es independiente, porque yo trabajaba en casa de 8 a 5 y tenía que estar puntual. En tiempo de colegio me decía “tienes que estar 6 y media”, y mis hijitos iban al colegio y no podía dejarlos. Entonces la señora no quería. De ahí me dijo que lave ropa nomás. De ahí mi esposo me dijo “vamos a reciclar nomás”, y así me quedé. Por ese motivo entramos en el reciclaje; nadie nos pone la hora sino que nosotros ponemos (*Julia, Lima*).

Yo trabajé durante toda mi niñez de empleada hasta que tuve 22 años. A los 22 años dejé de ser empleada de hogar [...] Sentía como si estaría en la cárcel: tenía que estar en una casa de tal hora a tal hora, no tenía libertad; no tenía libertad de poder hablar o decidir por mí misma. Todo era la posición de otra persona: “Haz esto, haz el otro” (*María P., Lima*).

Yo creo que si busco otro trabajo, voy a tener un horario de entrada, un horario de salida. Yo pienso mucho en mi hija. Porque si vas a salir a las 5 de la mañana, no vas a tener tiempo de desayunar con la hija, de llevarla a la escuela, de ir a buscar. Entonces si tienes un horario que no te alcanza para llevarla, recogerla... aquí en la cooperativa... si yo quiero llevar a mi hija al colegio, la llevo; si la tengo que ir a buscar, voy. Ella me pide: “Mamá, yo quiero que tú me lleves y que tú me pases a buscar”. Entonces, yo creo que lo bueno de mi trabajo es eso: tener más tiempo para ella (*Claudelia, Sao Paulo*).

Con el reciclaje, señorita, yo hago que estudien: “Mamá para la fotocopia, mamá para esto”. El año pasado han estado tres en secundaria, uno ya terminó y quiero que estudie una ‘carrerita’, técnico. Como le digo, no faltan céntimos, pero no abastece para dar educación superior a mi hijo. Terminó el colegio, pero el colegio es 2, 3 soles que estudia, pero el otro es 150, 200 soles que tienes que pagar; para eso ya no me alcanza. Pero si hubiera seguido en el reciclaje como era antes que me ganaba mis 50 soles, hubiera podido alcanzar para hacer estudiar a mi hijo (*María P., Lima*).

Es un trabajo que puedo hacer sola y que da dinero. Trabajé en muchas otras cosas toda la vida y esto me permite educar a mis hijos para que no sean como yo, analfabetos (*Luisa, Cochabamba*).

Yo pienso que aparte que es un trabajo que no inviertes, trabajas tú mismo y no inviertes. A veces si encuentras bastante papel con eso ya estás. A veces también encuentras cosas para la casa, ropita, una camita, colchón (*Janeth, Lima*).



Antes de irme de la casa de mi madre teníamos que hacer eso [clasificar], porque el trabajo no nos daba: habíamos conseguido de limpieza y todo eso, pero no nos rendía la *plata* para los *boletos*, no llegábamos [...] de allá ir caminando hasta allá, no daba, viste que no daba. Y tal, mal o bien estaban las cosas tiradas en la esquina en la basura, en la esquina en el basurero, e íbamos y juntábamos y lo vendíamos en el *depósito*, y sabés que es *plata* en el momento (*Martha Julia, Montevideo*).

Cuando ganábamos 10, 15 soles, y comprábamos la leche, el azúcar, el pan, ahí decía si no hubiésemos ido a recoger hoy día no habría leche para los chicos (*Julia, Lima*).

La ventaja de trabajar en esto es que vas a la hora que tú quieres, el día que tú quieres, nadie te manda, nadie va a estar peleando contigo, por eso me gusta, para mí ésa es la razón. Yo me levanto, voy a trabajar y no hay eso de que te están dando órdenes. Donde yo trabajo, el otro día, una mujer me quiso mandar, vino a levantarme la voz. Yo le hablé “señora, bájeme la voz, aprenda a conversar”, porque hay gente que no sabe tratar, hay gente que te trata [de una forma] que ni a un perro (*Francine, Sao Paulo*).

La ventaja es el dinero. El dinero y la libertad de tiempo, de horario, de dejar y salir corriendo para mi casa, de ver a mi hijo, de estar con él, de nunca dejarlo solito, porque él me necesita, ¿no? Entonces esa libertad te la da la calle, de estar cuidando siempre de él. En otro trabajo no me va a dar, en una casa de familia, yo tendría que... no podría, no tendría cómo cuidarlo. O trabajaría o lo estaría cuidando. En la calle puedo llevar el carrito y volver a casa siempre teniendo dinero, ¿no? Dinero inmediato. Y lo que importa es el dinero [...] Yo me siento en paz... estoy feliz porque cuando termina el día, estás cansada y a veces con el cuerpo adolorido, pero tienes dinero, eso es lo que te mantiene, porque con lo que te mantienes aquí en la tierra, lamentablemente, es con el dinero. Yo me puedo levantar en la mañana así, sin dinero, es horrible, pero si trabajo el día entero, al final del día voy a tener algo, aunque sea para sustentarme, para comer, que es lo más importante, que tengo derecho a comer, que mi hijo también tiene derecho a comer bien, una fruta, porque si él no come bien y yo no como bien, nos enfermamos, y si nos enfermamos, ¿qué va a pasar? ¿cómo va a ser, no? Por eso yo me siento bien [con mi trabajo] (*Angela, Sao Paulo*).



¡NO HAY DESCANSO!

La socialización tradicional de las mujeres apunta al desempeño de las tareas domésticas y de cuidado de la familia. Es una socialización primordialmente vinculada al trabajo en el hogar, que ha sido siempre subvalorado e invisibilizado, a diferencia de las actividades públicas —realizadas en su mayoría por los hombres—, que tienen un mayor prestigio social.

La división del trabajo doméstico y de cuidado en los hogares muestra marcadas diferencias de género en cuanto al tipo de tareas y al grado de responsabilidad con ellas. En última instancia, las mujeres son responsables de la alimentación y salud de la familia, en particular de las niñas y niños, y de la limpieza del hogar, así como de las atenciones en caso de enfermedad. Estas tareas comprometen su rutina y condicionan los tiempos dedicados al trabajo remunerado. Los hombres, en cambio, asumen las responsabilidades familiares y domésticas, sin necesariamente comprometer los tiempos dedicados a la esfera productiva —el trabajo remunerado, fuera del hogar.

La naturalización del rol de las mujeres en el hogar ha llevado a que el trabajo no remunerado —el propiamente doméstico o el de las empresas de carácter familiar— sea realizado casi siempre por ellas. En las empresas familiares de recuperación/segregación de reciclables esto quiere decir que para realizar el trabajo de recolección callejera las mujeres deben estar dispuestas a llevar a sus hijos con ellas, o deben contar con una persona que los atienda —generalmente otra mujer de su familia.

Muchas mujeres refieren que se ven limitadas de “ir más lejos” porque su tiempo está comprometido en una serie de tareas de atención a otros miembros de la familia, como llevar y traer a los hijos al colegio o preparar los alimentos. Sin embargo, participar de la recolección callejera —solas o aun con los hijos o la pareja— no las excluye de las “obligaciones” en el hogar ni replantea su rol en él, lo que se resuelve casi siempre mediante la extensión de la jornada diaria.

A diferencia del trabajo de recolección en la calle, la clasificación de residuos, al realizarse en casa, es posible encadenarla al conjunto de labores del hogar. El problema en las empresas familiares es que la idea de *trabajo* está fuertemente asociada a las actividades que se llevan a cabo en el espacio público. Ante la pregunta de cuántas horas dedica a trabajar en el reciclaje, la mayoría de mujeres se refiere al tiempo empleado en recorrer las calles y transportar los residuos, obviando la clasificación, aun cuando ésta consumiera muchas horas al día y condicionara sus decisiones cotidianas. Cuando se les pregunta a las trabajadoras qué hacen en sus días de descanso, aparece una lista de tareas hogareñas pendientes, atención a familiares y dedicación a las hijas e hijos.

Aun cuando ambos miembros de la pareja se declararen responsables del hogar, la tendencia es a que solo las mujeres condicionen su tiempo de trabajo a éste. Para los hombres la condición de *responsable* se afirma con el aporte económico; para la mujer, con la dedicación prioritaria a las tareas domésticas y a los hijos.



Por más que yo pida, por más que yo tenga necesidad, dentro de la casa él cree que el servicio de casa es de la mujer; y yo tengo tres hombres en la casa y los tres piensan de la misma forma. Cuando le pido a los hijos: “Ay, ¿quién me ayuda, quién ayuda a la mamá?”, ellos dicen: “Ah, mamá. Mi papá no ayuda, ¿por qué tengo yo que ayudar? Es el papá el que tiene que ayudar”. Y tampoco hacen nada. Si yo exijo, vienen y me ayudan, ahí sí. Pero de manera espontánea no lo hacen (*Sonia, Sao Paulo*).

Difícil es, pues, mucho trabajo. Los hombres llegan, por lo menos descansan, pero la mujer no, siempre tiene trabajo. Casi no salgo: tengo que estar con mis hijos, dormir también cuando puedo (*Eva, Cochabamba*).

Yo trabajo dos veces por semana; si no viene alguien, me llaman, y él se queda con [mi hijo] Kevin, lo cuida él. [...] De limpiar, limpia; cuando yo no estoy, limpia; si estoy yo, no limpia nada. [...] Eso de lavar, de lavar, nada; pero eso de limpiar y cocinar sí, porque cocinar le gusta, porque él me enseñó a cocinar. Y de limpiar sí, si yo no estoy sí (*Adriana, Montevideo*).

Mi hijita ya se encarga [de cuidar a los más pequeños]. Cuando llego los encuentro durmiendo, les preparo su desayuno, pero en días que van al colegio a veces no alcanza a darles el desayuno, y mi hija se va sin desayunar. Llego tarde. Mi hijita me ayuda: ella cocina, lava, trae la leña para cocinar (*María M., Lima*).

¿Cree que las mujeres tienen más problemas de salud que los hombres?

Yo creo que tengo más; porque trabajando, por cargar peso, todo hasta la cintura te duele: a veces el hombro, a veces la cabeza; cuando sudas así. Ellos al toque se van a la *posta* [servicio de salud], pues; en cambio las mujeres no, porque tienes que hacer en la casa (*Stefani, Lima*).

¿Cree que existe alguna diferencia entre los hombres y las mujeres para cumplir con sus responsabilidades familiares, como llevar el hogar, cuidar a los hijos...?

Más veo que las mujeres, porque por ejemplo yo me voy en la mañana y con las mismas me voy a cocinar; de ahí ya son las 6 ó 7 y ya estoy trabajando otra vez. En cambio veo que hay otros compañeros que se van a *La Parada*, se ponen a tomar (*María P., Lima*).



La verdad, a mí me da igual trabajar tiempo completo que trabajar medio tiempo, porque si no estoy trabajando en la calle, tengo trabajo en la casa, lavando, limpiando, cocinando... Llego a mi casa y digo "lo que me cansa no es el trabajo, sino la casa", porque corres detrás de uno y como son dos [hijos]... y están en esa etapa que tú los llamas y no hacen caso, es más cansado estar en la casa que estar en la calle (*Francine, Sao Paulo*).

A nosotras las mujeres nos afecta más el caminar, caminar y caminar. Nos afectan los riñones, porque aparte trabajamos en la casa; en cambio los hombres no: ellos vienen de trabajar y en la casa descansan, no tienen que ver con los hijos (*Isabel, Lima*).

¿Qué es lo que más le gusta hacer durante el día?

Me gusta trabajar, porque en el trabajo así riendo hacemos; en cambio en la casa no hay con quién reír, así, nada; todos se van a la escuela, también (*Rosalía, Cochabamba*).

Y si se enferma, ¿quién hace todo lo que usted hace en el día?

Y, lo hacen ellas, igual; hacen la mitad cada una: una lava la loza, la otra barre; y la ropa, aunque esté enferma, la lavo yo igual o lavan ellos. Y si tienen que cocinar, cocinan ellos. No cocinan porque estoy yo, pero si se tienen que cocinar, cocinan igual. Por limpiar no hay problema; lo mismo para clasificar: si tienen que clasificar, clasifican ellos; no tienen ningún problema, ya están acostumbrados. [...] Hay mucha cosa, ayuda para la casa, muchas cosas que ellos hacen porque son varones. Tampoco voy a dejar que los varones frieguen, porque ellos trabajan; trabajan todo el día, también. Ellos están ahora y más tarde, a las 5, tienen que salir de vuelta. Tienen que tener un descanso por lo menos. Ellos vienen del trabajo, se bañan, toman mate, si quieren almuerzan, sino *ta*, toman mate y de ahí *ta*. Porque es todos los días así esto, de ir a clasificar, venir y descansar un rato y salir después (*Graciela, Montevideo*).

¿Si algún día está enferma o tiene algo?

Ahí sí, pero vos sabes que... creo que una o dos veces me vieron enferma, engripada, y bueno, hacían todo ellos. Ellos como que siempre me vieron sana, fuerte a mí; yo tuve trece *gurises* todos normales, partos normales. Tuve una vida sana, no fumaba, no coso. Soy una persona de piel de caballo; estuve 37 años con



mi esposo... A veces digo: "Ah, no sé, estoy cansada, en cualquier momento me consigo una pareja". "¡No!, pero no sé qué...". Capaz que algún día tenga derecho, después de 37 y cuidarlos a ellos... (Ana, Montevideo).

¿Cómo es un día normal de trabajo?

Me levanto a las 5 de la mañana y me vengo al *centro* [de la ciudad] a *thawir* [escoger en la basura], hasta las 10, por ahí. Después le llevo a su *tienda* de mi comadre los papeles, los plásticos y con los cobres, latas, me voy a mi casa, almuerzo y después descanso un rato. Mi hija cocina. Después de descansar limpio, barro, lavo la ropa hasta las 5 y después me vengo otra vez al centro a trabajar. Con lo que saco de los contenedores me voy por la noche, a las 11, por ahí, a mi casa (Luisa, Cochabamba).

En un día normal de *laburo* [trabajo], a las 7 menos 20 me levanto, me apronto la mochila y todo eso. Salgo de mi casa, tengo que tomar el 456, *ta*, ahora tomo el de 21 pesos. Me bajo en *Belloni*, de ahí me tomo uno hasta 8 de octubre y de 8 de octubre me tomo uno hasta la *Cruz de Carrasco*. Y llego 8 y media, que me tiene que esperar alguna de mis compañeras, porque siempre llego sobre la hora. Ahora entramos a apartar de mañana, y a las 12, 12 y media, descansamos y después a las 2 entramos la basura hasta que terminemos la basura: puede ser a las 6 ó 5 y *pico*, o a las 7 y *pico*. Tratamos de..., si entra un colectivo a lo último, ponele a las 5 y *pico*, y si no da el tiempo para hacerlo porque sabés que terminarías a las 8, lo dejás en el rincón para el otro día. Después me voy, me baño y tomo tres ómnibus (Martha Julia, Montevideo).

Salgo a trabajar a las 5 de la mañana hasta las 11, por ahí. Después le llevo a una señora que compra por mi barrio y me voy a mi casa. Cocino hasta que vuelven mis hijos de su colegio y después del almuerzo lavo la ropa; les miro que hagan sus tareas y por la tarde otra vez voy a trabajar (María, Cochabamba).

Mando a mis hijos a la escuela y después me voy a trabajar. Dejo en la tienda de acopio lo que recojo y me vuelvo a mi casa a cocinar. Dando de comer a las *wawas* vuelvo a salir por la tarde a recoger. No voy hasta muy tarde: a las 8, así, regreso a mi casa (Ana, Cochabamba).



Ah, me levanto, me tomo unos mates, voy a la escuela a llevar a los *nenes* éstos, que cuido, me voy a las 8. Después, cuando vuelvo, preparo a mis hijos: *ta*, les lavo la cara, se lavan los dientes, toman la leche, les cocino algo a ellos para la escuela. Antes de irse los llevo a la escuela y después que los llevo a la escuela me voy a clasificar. Después, antes de que ellos salgan de la escuela, los voy a buscar. Por eso se me complica la tarde. Después vuelvo y tengo todo para hacer, hasta la noche, la 1 o las 2. Después se duermen ellos (*Claudia, Montevideo*).

Entre los nietos y con el lavado de ropa, me toma un promedio de cuatro horas por día, hasta tener todo listo, todo en orden, entonces ya me desocupo. Varía un poco, pero en promedio me toma cuatro horas dejar todo listo. Toda la vida ha sido así, mi vida y la familia son cuatro horas que tengo para resolver todo lo que tengo que resolver (*Tereza, Sao Paulo*).

Yo me levanto temprano para reciclar, más o menos a las 7. Tomo movilidad para venirme y todo el día hago la recolección hasta eso de las 6 y media ó 7. Me quedo cuando hay posibilidades de reciclar; si no, no: me vengo más temprano. Ahora, como me estoy trasladando, hago eso. Me duermo a las 10, 11, aunque a veces no duermo, en especial en el otro lado, porque estaba preocupada (*María, Cochabamba*).

Diario me levanto a las 6, me lavo la cara, me peino y agarro la olla a prepararles *quaker* [avena] para que vayan al colegio. Preparo, los levanto, toman su desayuno. A mi nietecita que es la más *chiquita* la peino... Después lavo los servicios, a barrer la casa. De ahí a las 9 de la mañana me voy al mercado, cocino, espero que lleguen del colegio. Si hay ropa que lavar, lavo. De ahí almuerzan, limpian la mesa y lavan los servicios ellos ya. De ahí se ponen a hacer tarea. Una hora o dos me pongo a descansar; mi hija hace sus tareas. De ahí a las 6 de la tarde venimos a trabajar, acá estamos a las 7. Estamos por arriba dando vueltas hasta que haya (*Rosa A., Lima*).

La primera cosa que hago es el café, y enseguida despierto a los dos hijos que van a trabajar. A las 6 y media les llevo el café a la cama de cada uno de ellos. Ellos toman café [...] se los llevo para que ellos se despierten temprano, porque si les digo "levántate, hijo, anda a la ducha y ven a la mesa"... entonces, si yo llego a su cama con el café ya se despiertan, van a bañarse, se cambian, y cuando son las 7 ya se van al trabajo. Después de eso, hoy, por ejemplo, tomo café y dejo el almuerzo



listo para el marido y vengo para acá. A veces vengo con mi comida preparada y a veces traigo el alimento y lo hago aquí. A veces lo hago en la noche, a veces lo hago en la mañana (*Dinair, Sao Paulo*).

¿Qué hace cuando descansa? ¿Cómo es su día libre?

Lavo la ropa y paso con mis hijitas. Casi no paso mucho con ellas. Más les ayudo a hacer sus 'tareítas' (*Genoveva, Lima*).

Lavo ropa, pues; después voy a comprarme verduras, frutas para mis *wawas*. Recoger lo que siembro; sé tejer chompas para mis *wawas*, también para mi marido (*Rosalía, Cochabamba*).

Ese día me levanto temprano, preparo el desayuno. Tomo el desayuno junto con mis hijas, ¿no? De ahí me pongo a cocinar, a ordenar la casa. Almuerzo junto con mis hijos. Tengo que estar hablando, conversándoles, de las cosas buenas y de las cosas malas. Ya. De ahí nuevamente... de ahí en la tarde, de repente a algún sitio salimos a pasear... (*Anselma, Lima*).

Bueno, hago las tareas de mi casa y me pongo a cortar las flores de mi casa, a podar el pasto; ésa es mi diversión, mi *hobbie*. Me encanta. El sábado voy a plantar *rayitos de sol* acá. Y el domingo voy darle una cal a mi cabaña para cambiarle la cara. Ahora está verde, le voy a dar un celestito. Voy a pintar las esteras, les voy a dar una mano de barniz. Para cambiarle la cara un poquito, porque todo no se puede (*Ana María, Montevideo*).

Nosotros trabajamos de lunes a domingo; descanso el sábado o viernes. Ese día limpio toda la casa, rincón a rincón, junto todas mis ropas que están sucias. O sea, una limpieza general a mi cuarto, baldeo mi patio; lo que reciclo mis ropas también lo lavo. Al otro día nos vamos (*Rosa A., Lima*).

Descanso jueves. Ese día tiene a veces mi hija su control y voy al hospital. Aparte lavo ropa, y los jueves a veces no hay mucho (*Genoveva, Lima*).

Lavo ropa, lo que sea, en la casa (*Carmen, Cochabamba*).

Un día descanso nomás, miércoles o jueves. Porque si no, de dónde sale para la comida. A las 7 de la noche ya estoy acá. Al día siguiente cocino y descanso unas



3 horas. De ahí de nuevo me vengo para acá. A mis hijitos también dejo abandonados, qué puedo hacer *(María M., Lima)*.

¿Qué es lo que más le gusta hacer durante el día?

Cocino para mis wawas. Siempre hay que hacer en la casa *(Carmen, Cochabamba)*.

¿Qué hace cuando descansa?

No hay descanso *(Cristina, Cochabamba)*.

No le deja mucho tiempo...

Y por un lado mejor. Yo siempre digo: el tiempo así, siempre estoy, ¿viste?, ocupada en algo, como que pensar también no me haría bien. Uno cuando queda en momentos sin hacer nada, como que te da *pa'* pensar, y uno se pone a *vichar* [pensar] y a pensar, y tengo demasiado *pa'* pensar y me enfermaría la cabeza. Entonces mejor tener el tiempo ocupado *(Sandra, Montevideo)*.

Generalmente al final del día, después de las ocho, a las diez, ahí acabo, voy a dormir, me quedo dormida frente al televisor. El lunes yo, por lo menos parte de la mañana, hago una limpieza de la casa, lavo la ropa ¿no? Entonces me relajo un poco, me olvido un poco de la basura, ¿no? *(Angela, Sao Paulo)*.



¡HAY QUE UNIRSE!

Tanto los factores estructurales —desempleo, inseguridad social— como los coyunturales —caídas abruptas de precios— configuran la economía precaria de las y los recuperadores dificultando construcciones colectivas y de largo plazo. Sin embargo, en cada ciudad de la región han surgido lentamente experiencias asociativas promovidas por las y los trabajadores. Asociarse implica reducir la precariedad y la vulnerabilidad.

Frente a las duras condiciones y la incompreensión que rodea la labor de las y los recuperadores/segregadores, la organización colectiva representa el mejor camino para ser reconocidos por las autoridades locales y la comunidad y para defender su derecho al trabajo. La organización colectiva para la defensa del trabajo es el germen de asociaciones de carácter económico que con el tiempo permiten obtener mayores ingresos y una más adecuada distribución del trabajo, además de mejorar sustantivamente las condiciones de negociación con el gobierno de la ciudad respecto a su inclusión en el manejo de los desechos.

Asociaciones y cooperativas proporcionan a las y los recuperadores/segregadores un lugar social, en tanto potenciales participantes del sistema público de gestión de residuos. El reconocimiento de la organización colectiva de las y los recuperadores/segregadores puede significar no solo mayor acceso a redes de protección social, sino más dignidad en el trabajo, ya que la organización se acompaña de un discurso que incide en dos elementos: en primer lugar, la distinción entre basura y residuo reciclable, proponiéndose éste y no aquélla como el material de trabajo. En segundo lugar, la relación entre el trabajo que se realiza y las necesidades ambientales de la ciudad. Al respecto, mientras más organizados las y los recuperadores/segregadores, más conscientes de que su labor constituye un servicio público.

Las y los recuperadores/segregadores organizados se constituyen en interlocutores con el poder de la palabra, muestran que pueden hacer convenios con los vecinos y con el gobierno local para valorar su actividad. Ellos y ellas son conscientes de la necesidad de mostrar permanentemente que su participación en una gestión ordenada de residuos es viable. Por ello entre sus principales esfuerzos está fortalecer la imagen pública del movimiento, a la vez que pelear por mejoras en las condiciones de trabajo.



Mi opinión es la siguiente: los catadores tienen que unirse más. Buscar el movimiento, buscar las cooperativas, para tener un apoyo, ¿no es así? Porque yo creo que si todo el mundo se queda suelto, cada uno haciendo las cosas por su lado, no hay condiciones. ¡Hay que unirse! (*Angela, Sao Paulo*).

Mi marido quiso hacer esta cooperativa de hombres, pero nadie quiso. Él me decía: “Si vos la podés hacer, yo voy a estar orgulloso de vos”. Más allá de lo poco que ganaba, era un orgullo trabajar en la cooperativa. Además de trabajar en algo que te gustaba y te relacionabas. En la planta una vez vino un grupo de gente a conocernos de Bolivia, Paraguay, Argentina. Nos dijeron: “Sigán así que están bárbaras”. En cinco años conocés, salís de tu hogar, de estar todo el tiempo con los chiquilines [...] Hay muchísima diferencia. Porque [el trabajo] familiar es un ingreso para la casa, pero yo te estoy hablando de un proyecto para que el clasificador pueda trabajar y llevar un buen sueldo a su casa. No estar como está ahora que se lleva toda la ganancia el intermediario que es el depósito, que tienen camioneta y todo, y que el clasificador sale a la calle y no sabe qué le puede pasar, y que es muy sacrificado. Es hora que se le dé el valor que tiene, que es un trabajo como cualquier otro, pero muy sacrificado. Yo por eso seguía haciendo grupos, porque yo quiero llegar a esa meta. Yo ya tengo 55 años pero quiero seguir el proyecto. También hay que pensar en mis hijos, en los hijos de los clasificadores, que hay mucha gente joven (*Ana, Montevideo*).

Antes mi esposo botaba basura con *triciclo*, antes jalaba *triciclo*, pero hubo un vecino que se había comprado su moto y le dijo: “Acá tengo un motor, está viejito”; y como no teníamos para pagar, le hizo un ‘trabajito’ y así pagó. Él estaba en una asociación de puro *tricicleros*, pero ahí fueron a proponer [a la Municipalidad] participar en el programa en el que estamos y aceptaron. Cuando nos inscribimos recién no se ganaba nada, nada; caminábamos, tocábamos las puertas. Ya nos íbamos a retirar pero mi esposo me dijo: “Ya van a formalizar, hay que seguir nomás”. Seguimos y, para qué, para bien, porque de ahí ganamos, la gente fue conociendo y así fuimos participando. Porque antes éramos informales, en la calle juntábamos de la basura (*Julia, Lima*).

[trabajar en la cooperativa] es mucho mejor, porque [cuando] salís a la calle y podés, tanto como tener suerte, o no traer nada. Con la cantidad de gente que hay en la calle, no encontrás nada. Entonces [esto] es mucho mejor. Estás mejor acá, te venís caminando de allá para acá, y trabajas de otra forma. No andás sacrificando a los animales en la calle, andar abajo del sol con los bichos [los hijos], o vos mismo



andas debajo de agua. Entonces acá venís, tenés un horario para trabajar. Sabés que acá venís y tenés la materia prima (*Zully, Montevideo*).

La ventaja es que muchos de los cooperados tienen, ¿cómo se dice?, una sobrevida, una vida... Se reciclan, ¿me entiendes? Porque ellos vienen de la calle y vienen de las drogas. Y aquí tienen la oportunidad de recuperarse, de hacer un tratamiento; aquí ellos tienen alfabetización. Ahora, las dificultades son debido a que las personas no tienen un recurso, una ayuda en el costo. La gente no tiene un ingreso básico, no tienen un mes número 13 [una gratificación]; la gente no tiene feriados. Eso también pesa mucho, ¿me entiende? (*María del Socorro, Sao Paulo*).

Yo cuántas veces he dicho que se junten todas y se haga una sola pirámide. Por ejemplo que todos juntamos cartón y eso venderlo directo al mejor comprador, porque en las chatarrerías nos pagan una miseria. Por eso sería mejor vender directo, pero nosotros enriquecemos a las chatarrerías. Ellos ganan (*María, Lima*).

En cooperativa lo hallé mejor que salir uno a la calle: uno conversa más con los compañeros. En fin, con compañerismo parece que fuera mejor que solo... que te pones nervioso (*María Susana, Montevideo*).

Yo trabajaba en lo que era vigilancia; en eso trabajé cuatro años y *pico*. Luego, en el 93, ya no conseguí trabajo, y es allí cuando descubrí que había centrales de reciclaje en otros lugares y resolví buscar en la *Subprefectura de Campo Limpo*. Descubrí que ni en *Campo Limpo* ni en *M'Boi* existía, y yo fui a buscar en otros lugares y ellos me dijeron: "No; anda a tu zona y busca que haya una central allá". Y allí me informaron que teníamos que tener los documentos y yo los conseguí y ahora todos tenemos los documentos, solo que la Prefectura hasta el momento no ha aceptado hacer un convenio con nosotros (*Dinair, Sao Paulo*).

Yo desearía trabajar fuera de mi casa seis horas y volver, bañarme, comer y estar con mi *pareja*. Que los dos trabajáramos seis horas fuera (*Mariela, Montevideo*).

Yo le dije [al agente de seguridad]: "Acá tengo mis papeles, estoy empadronada", y él me dijo: "No, es mentira". De ahí vino el presidente de la asociación y le dijo: "Por qué le han quitado a la señora si ella tenía su papel; ustedes no han querido ver bien". Qué iba a hacer, estuve ahí, agarre y agarre, pero de mi mano me quitaron. Ese día *me fui vacía*. [...] Varias veces ya han sido, por eso me he obligado de meterme en asociación [...] Antes *pirata* [informal, clandestino] nomás era y no te dejan trabajar, la vida imposible te hacen. Cuando estás asociado con más tranquilidad estás (*Carlota, Lima*).

PERFIL DE ENTREVISTADAS

Lima

El grupo de edad predominante es el de 40-50 años. De las 20 personas entrevistadas, solo 4 son nacidas en Lima y se ubican en el grupo de menores de 40 años. La mayoría proviene de localidades andinas, aunque vive permanentemente en Lima por un periodo de entre 15 y 20 años. Con una sola excepción, no han regresado a sus lugares de origen ni mantienen relaciones significativas en ellos. La migración en edad temprana y la adecuación a la gran ciudad, asociadas a la experiencia de un empleo de carácter doméstico y dependiente, se revelan como hitos centrales en la trayectoria de estas mujeres. Otra característica importante es la baja escolaridad: la mayoría tiene solo estudios básicos, y declara saber leer o escribir. Solo las dos más jóvenes del grupo tienen estudios escolares completos.

Montevideo

Se entrevistó a 22 personas, 16 mujeres y 6 hombres; 7 personas trabajan en cooperativas y 15 son clasificadores que trabajan de forma familiar; entre los últimos, 7 trabajan con el apoyo de sus hijos e hijas. Las 8 entrevistas restantes corresponden al modelo clásico de *varón clasificador* y *mujer que clasifica en hogar*. Las edades oscilan entre 19 y 62 años. Para las y los entrevistados, la clasificación de residuos es parte de su vida, de su pasado y de su entorno familiar o residencial. La mayoría proviene de familias clasificadoras, y en el caso de las mujeres que no, se iniciaron en la actividad al formar pareja con un clasificador de su barrio, generalmente un asentamiento precario. Casi todos los entrevistados tienen escolaridad baja. Es común que las personas comiencen a clasificar desde la infancia, acompañando a sus padres en el carro o en la cantera: la mitad de las y los entrevistados comenzaron a clasificar siendo menores de edad.

Cochabamba

Casi todas las personas entrevistadas son migrantes rurales. Las mujeres no tienen experiencia laboral previa o la tienen en empleos de poca calificación, mientras que los hombres cuentan con experiencia en la estiba o la albañilería. Entre quienes trabajan en el botadero predomina la ascendencia quechua, mientras encontramos más personas de habla aimara entre los que laboran en el centro urbano. Quienes trabajan en el botadero viven en un asentamiento próximo, mientras que quienes lo hacen en las calles alquilan o se alojan en condiciones precarias en la ciudad. Tanto en las calles como en el botadero hay madres de familia que llevan adelante la crianza de los hijos sin el aporte paterno, aunque hay también varias personas solas sin ningún dependiente. En todos los casos se menciona el alcohol y la violencia física como parte del entorno familiar o laboral, y las agresiones contra las y los *thawis* en la vía pública.

Sao Paulo

De las 16 mujeres entrevistadas, solo 4 no estaban organizadas. Las edades oscilan entre 25 y 65 años. Se declaran de diferentes razas, con una predominancia de quienes se identifican como afrodescendientes. La muestra contempla por igual a migrantes y a nacidas en la ciudad. La mayoría cuenta con alguna escolaridad. Dos mujeres se declaran analfabetas. Las trayectorias laborales son muy variadas, incluidas mujeres de pasado obrero y algunas con empleos formales en el comercio o los servicios, situación que no se encontró en ninguna de las otras ciudades.



Sección 3

LINEAMIENTOS PARA ORIENTAR LA FORMALIZACIÓN



LA GESTIÓN DE RESIDUOS EN NUESTRAS CIUDADES: OPCIONES A FUTURO

En los últimos años, son muchos los argumentos que se han planteado a favor de un recojo segregado de los residuos lo más cercano al punto de origen. La concepción del asunto ha evolucionado desde el reconocimiento del aporte a las industrias hasta las necesidades medioambientales. En la década de 1970 se acuñó el concepto de *hábitat*: los seres humanos no solo necesitan viviendas, sino de *algo* que está de la puerta de la casa para afuera. La idea unificadora de ese *algo* recibió el nombre de *hábitat*, denominación adoptada y consagrada mundialmente en la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Hábitat* realizada en Vancouver el año 1976.



Desde entonces se ha consolidado el principio de que —así como la vivienda es un capital social— para las familias el espacio urbano es un satisfactor social de primer orden. Muchas redes sociales se entrelazan solo en la ciudad moderna, trascendiendo los tejidos tradicionales de la ciudad aristocrática o recreando anteriores —y a menudo míticas— redes rurales. Numerosos mercados para productos inimaginables son resultado de la interacción de la variedad de costumbres que se alojan y enraízan en las urbes. Las calles, los parques, las veredas —y no solo los mercados y plazas— son lugares de producción e intercambio de bienes y servicios. Aun los *sin techo*, los expulsados del campo o de otra ciudad, tienen en las calles el sustento de su lugar material y social. Entre los activos clave de los pobres no debe considerarse únicamente el acceso a la educación y la salud, sino también a la ciudad misma, a toda la ciudad.

Los análisis acerca de la importancia de ciertos activos para los pobres han venido acompañados de advertencias acerca de la necesidad de procurar que las políticas de desarrollo se cuiden de reforzarlos y no de debilitarlos. Es ya sentido común señalar cómo muchas propuestas de vivienda nueva y relocalización de barrios de bajos ingresos colocan a las familias en el *dilema de hierro* de obtener un activo —la vivienda— vulnerando otro activo —las redes sociales del entorno barrial constituido—. En el caso de la gestión de los residuos domésticos, desde una perspectiva antipobreza es conveniente considerar que ya existe una intensiva actividad de recuperación/segregación de reciclables realizada en malas condiciones por miles de familias en nuestras ciudades. ¿Es posible pensar que, en lugar de un problema, es aquí donde se abren oportunidades para atender a la vez la lucha contra la pobreza y la gestión integral de los residuos domésticos?

Nuestras ciudades tienen hoy enormes dificultades para encontrar áreas adecuadas para nuevos rellenos sanitarios. Además del alto costo de infraestructura que impida la contaminación de aire, suelos y aguas subterráneas, deben enfrentar el creciente rechazo de las comunidades al emplazamiento de lugares de disposición final en sus territorios. Si se considera que se genera cada vez mayor volumen de residuos, es evidente la necesidad de prolongar la vida de los rellenos sanitarios existentes, adaptarlos para que dispongan de manera adecuada de los materiales peligrosos y, como fondo, implementar políticas que tiendan a reducir —o gravar— la generación de desechos. Una de las más claras opciones para responder a estos desafíos es la colecta selectiva en origen, es decir, la separación y recojo de los desechos lo más cerca posible del lugar donde se generan.

En América Latina, la conducta de los gobiernos locales frente a la necesidad de la colecta selectiva oscila entre dos extremos: en uno están las ciudades en las que la ciudadanía y



las autoridades aun no se han planteado poner en práctica un sistema de colecta selectiva en origen; y en el otro aparecen aquellas que han colocado el tema en su agenda pública y política. En el primer grupo, las ciudades insisten en servicios de limpieza pública que compactan todos los residuos domésticos y los conducen al botadero o al relleno sanitario. El objetivo de estos servicios es el aseo público: la separación y el tratamiento diferenciado que requieren los residuos no es enfrentado. En el segundo grupo están las ciudades que han programado sistemas que intentan separar los residuos desde los hogares, de modo que se facilite tanto el reciclaje como una adecuada disposición final.

Aún en caso de haber optado por la colecta selectiva en origen, los gobiernos locales no han logrado aún escapar de la adquisición de maquinaria sofisticada, análoga a los caros mecanismos de compactación de basuras en el sistema convencional. Estos sistemas demandan la adquisición de envases en los domicilios, que deben ser compatibles con los mecanismos instalados en los vehículos recolectores. También demandan vehículos especiales, lo que origina no solo contratos onerosos sino, además, dificultades de mantenimiento. Se trata de una logística de punta difícil de montar y mantener, que no ha mostrado su eficacia y rentabilidad a escala metropolitana. Al no proponerse dar cobertura a toda la ciudad, caen en la categoría de productos de lujo para áreas urbanas con gran riqueza de desechos y mucha presión vecinal por limpieza. Por si fuera poco, demandan poca mano de obra, recurso abundante en las ciudades latinoamericanas.

La última versión de las propuestas de adquisición de tecnologías sofisticadas es el regreso del modelo de incineración en el punto final. Este modelo diluye la necesidad de la colecta selectiva en origen porque traslada la logística de separación y rescate de los residuos a una planta ubicada en el extremo final de la cadena de gestión. Un considerable factor de interés es que la incineración reduce al 25% el total del volumen de residuos que es finalmente enterrado. Sin embargo, son numerosos los cuestionamientos a su eficacia, a su inocuidad para el medio ambiente y a la capacidad de entregar reciclables a las industrias que más los demandan en la actualidad. Si bien puede resultar efectivo en lo que a la duración de los rellenos sanitarios se refiere, este sistema no alienta la reducción ni el reciclaje. Para nuestras ciudades, además, la ecuación entre las enormes inversiones y el resultado económico y ambiental aún parece rentable solo en los folletos de venta. Surge la necesidad de decidir si lo que conviene es un proceso que maximice el uso de la mano de obra local o lo elimine.



Apostando por la recuperación/segregación manual de residuos sólidos domésticos

Lejos de las propuestas de incineración, la necesidad de colecta selectiva desde los hogares es un tema aceptado en el medio profesional del continente. No obstante, allí donde se han puesto en práctica programas que responden a este principio, aún no se ha logrado dar cobertura completa para el conjunto de una ciudad de tamaño mediano. Como punto de partida, se cuenta con experiencias *low tech* en las que la colecta selectiva se opera con quienes ya están trabajando en ello de manera informal. Estas experiencias tampoco han logrado abarcar vastos territorios, excepto en algunas ciudades medianas de Brasil y del Perú, donde aún no han pasado la prueba de su sostenibilidad en el tiempo.

Además del uso intensivo de mano de obra, estas experiencias muestran que las y los trabajadores con experiencia en el manejo de residuos —aunque informales y con débil inserción social— colaboran en aspectos poco atendidos por los sistemas convencionales y los programas dependientes de sofisticadas maquinarias. Quienes trabajan con los desechos callejeros se hacen cargo de objetos encombrantes —desde electrodomésticos en desuso hasta colchones y muebles— que las familias abandonan en la vía pública. Además, alivian la carga del barrido callejero al ocuparse de envases y otras unidades reciclables que los transeúntes dejan constantemente en calles y plazas.

En general, los gobiernos locales conocen que la gestión de los residuos sólidos domésticos es un proceso que tiene varias fases —recojo, transferencia, transporte y entrega al sitio de disposición final—, que requiere instalaciones específicas y vehículos especializados. A pesar de tener necesidades análogas, la colecta selectiva en origen solo se percibe como actividad callejera informal, apreciada más en sus limitaciones que en sus potencialidades. Debido a que es ejercida por familias de escasos recursos y de manera subrepticia, el observador ajeno no considera su impacto favorable en los costos industriales, ni que las toneladas de desechos que son procesadas por las y los recuperadores/segregadores tienen un costo de transporte, transferencia y disposición final que no es cobrado al ciudadano. A esta desconsideración social se agrega una imagen de modernidad que producen en las autoridades y vecinos los relucientes contenedores y vehículos traídos del exterior con la promesa de limpiar todo de manera eficaz. Esta atractiva imagen siempre ha dificultado la aceptación de propuestas que plantean utilizar mejor los recursos disponibles en cada ciudad. El *todo a la máquina* aparece como el paradigma de la gestión de residuos: el camión compactador se sigue ofreciendo



como la tecnología más adecuada para el recojo de los desechos de nuestras ciudades, aun cuando éstas tienen bajas densidades, largos recorridos, importante proporción de sólidos e inertes que no se pueden compactar —y que dañan los vehículos. Cuando se compran los camiones, nunca se piensa en cómo operarán en vías peatonales muy estrechas o no pavimentadas, o en pendientes muy pronunciadas.

La propuesta de un manejo global de las basuras y los desechos reciclables demanda la integración de procedimientos y sistemas, pero es entendida como la propuesta de una sola empresa que se encarga de toda la actividad con moderna maquinaria, cuando ello no es estrictamente necesario. Los procedimientos deben ser compatibles entre sí, pero no necesariamente ser efectuados por la misma empresa o empresas de similar tipo. El manejo integrado demanda únicamente que su ejecución por parte de numerosos actores sociales y económicos se haga con un mismo objetivo. Sin duda, ese objetivo no puede ser solo el de la limpieza o solo el del reciclaje, pues es parte de una dimensión mayor: el bienestar ambiental de la ciudad.

Formalizar una actividad informal

En las propuestas acerca de cómo formalizar la actividad de recuperación/segregación no existe aún consenso sobre el modo específico y viable para integrarla a la gestión convencional de RSD. Los aportes que realizan técnicos y profesionales se enfrentan a los prejuicios y a las comparaciones entre nuestras ciudades y las de países con mayores recursos e, incluso, con basuras e industrias muy diferentes a las latinoamericanas. En tanto, en el mejor de los casos, nuestras normas y programas de colecta selectiva son muy recientes y se están poniendo en práctica con baja intensidad y poco compromiso desde los gobiernos locales. Por eso, no debe sorprender que la necesidad de las familias pobres y las oportunidades del mercado se hayan unido de modo que el servicio de recuperación de reciclables se haya desarrollado de manera informal. Aunque este esquema viene de antiguo, con el aumento de la producción de desperdicios y los nuevos requerimientos ambientales ya no se trata de una actividad marginal y de poca importancia.

Más allá de las necesidades de ornato y limpieza pública, los principios de gestión integral de residuos sólidos son algo relativamente nuevo para los políticos y para la opinión pública. Desde esa aparente *novedad* se tiende a pensar que las necesidades del reciclaje deben atenderse diseñando y financiando un nuevo servicio, obviando que ya existe uno. Desde una perspectiva antipobreza, lo contraproducente es eliminar una actividad que



genera empleo. La opción no es entonces por cuál sistema o tecnología reemplazarla, sino cómo hacer que el servicio existente funcione de manera social y ambientalmente adecuada.

¿Qué es formalizar? Clásicamente, se ha entendido por *formalización* al proceso de convertir en legal una actividad que se ha desarrollado y consolidado sin regulaciones. Sin embargo, legal e informal no son conceptos antónimos. Si bien lo informal se sitúa fuera de las normas o convenciones existentes, más que ilegal se trata de algo no reglamentado, contrario o deficientemente considerado en el ordenamiento existente. En el caso de la recuperación/segregación manual de reciclables —probablemente tan antigua como el recojo de basuras domiciliarias—, sucede que no se había considerado normarlo o que las normas existentes no contemplan su complejidad y extensión.

Desde el punto de vista técnico, todo proceso de formalización tiene dos grandes tareas: la normalización y el control de calidad. La primera consiste en definir claramente las tareas y el modo en que se deben ejecutar: tal como existen procedimientos para el recojo y disposición de las basuras domésticas, deben especificarse aquellos que tienen por objeto la recuperación y segregación manual de reciclables. Normalizar es *estandarizar* la actividad.

La *normalización* se expresa en documentos, reglamentos y *normas* que deben ser cumplidas. En ese sentido, el control del cumplimiento de estas normas —esto es, el control de calidad del servicio— es un aspecto clave. La vigilancia premia o sanciona en función de que la actividad se desarrolle dentro de los estándares previstos. Desafortunadamente, *normalización* y *control de calidad* pierden su significado cuando son reducidos a dispositivos legales y sanciones, con lo que se tiende a restringir y prohibir, más que a *formalizar*.

Cuando las actividades que se han de formalizar implican la provisión de un servicio —en este caso, la gestión de reciclables—, la normalización y el control de calidad son procesos que van a requerir numerosos ajustes en el tiempo. En principio, se debe compatibilizar los elementos por formalizar con los procesos ya establecidos, es decir, el sistema *establecido* también deberá sufrir cambios en sus estructuras y procedimientos. La integración de los sistemas demanda siempre procesos de mutua adaptación según objetivos comunes. La principal ventaja de las y los recuperadores/segregadores es que su servicio, por las condiciones en que se ha desarrollado, presenta gran capacidad de adaptación.



La separación de *lo reciclable* de *lo no recuperable* es el punto de partida de todo el sistema, puesto que el recuperado *sucio* es más caro y difícil de procesar. La lista de productos que deben ser separados es amplia. En esa medida, los programas con mejor posibilidad de éxito serán aquellos que, yendo de lo simple a lo complejo, cuenten con requisitos que la familia generadora de residuos pueda cumplir en un momento dado. Antes que la logística poco flexible —múltiples contenedores dependientes de vehículos especializados—, la logística adaptable del servicio de las y los recuperadores/segregadores puede partir de una separación mínima y brindar el tiempo necesario para el aprendizaje de nuevas conductas.

Asimismo, el recojo segregado no debe agotarse en los productos de mayor demanda en el mercado. Si bien ha de empezarse por ellos, la función de protección ambiental y de aumento de la vida útil de los rellenos sanitarios está vinculada al reuso y al reciclaje de la mayor cantidad posible de productos, así como a la disposición en celdas especiales de aquellos que resulten particularmente tóxicos. Si la ciudad desea un mejor manejo ambiental de sus residuos, debe procurar sistemas apropiados para muchos productos que tienen su origen en el consumo de los hogares. Es difícil encontrar una misma propuesta empresarial para productos tan diferentes entre sí como las baterías y pilas y los líquidos peligrosos y contaminantes contenidos en una vieja refrigeradora en desuso. Ante esta necesidad no cubierta por la oferta de servicios empresariales de gestión de residuos, es perfectamente posible organizar la recuperación de productos no peligrosos por medio de las y los recuperadores/segregadores, en vez de la apelación a que la familia concurra con sus desechos a un lugar especializado. El valor del producto puede ser nulo para la industria del reciclaje, pero es muy alto para las necesidades ambientales de la ciudad. Por ello, la remuneración de las y los recuperadores/segregadores no debe consistir exclusivamente en el producto de la venta de los materiales recogidos. Estos trabajadores y trabajadoras prestan un servicio doble: por un lado, encaminan los productos que la industria precisa, y, por el otro, disminuyen la cantidad de toneladas de lo que de otro modo se tendría que recoger y disponer en un relleno sanitario. Es posible pensar en sistemas de remuneración con *ingresos fijos*, relacionados con el servicio ambiental y el ahorro a la ciudad, e *ingresos variables* según la evolución de los precios en el mercado de los insumos.



LINEAMIENTOS PARA ORIENTAR LA FORMALIZACIÓN

A partir de nuestro acercamiento al trabajo de las familias y, en particular, a las mujeres involucradas en la recuperación/segregación de reciclables, proponemos algunos lineamientos para orientar la formalización de este servicio en el sentido de su integración a los sistemas oficiales de gestión de RSD.



Se formaliza la actividad y no solo a las personas que participan de ella.

Aunque no armonizados o coordinados entre sí, el sistema de recuperación/segregación manual de reciclables ya existente cuenta con procedimientos y métodos que deben compatibilizarse y, hasta cierto punto, transformar los procesos convencionales de recojo para la disposición final en un relleno sanitario. La racionalidad de la recuperación/segregación manual de reciclables tiene motivaciones que difieren tanto del modo de organización fabril como de la modalidad de organización empresarial, porque se han originado desde fuera de esos sistemas y por quienes han sido dejados de lado por ellos.

La actividad informal se ha desarrollado en el tiempo de acuerdo con las necesidades del mercado urbano y las posibilidades de las personas involucradas. Esta adaptación ha requerido innovaciones cotidianas y demandado cuidadosos equilibrios. Entendiendo esta fragilidad, los procesos de cambio deben prever que existen asuntos negociables y no negociables en un momento dado. Los elementos que causan mayor resistencia a las propuestas de formalización son, entre otras, que las y los trabajadores deban renunciar a vender directamente lo recuperado a cambio de un salario regular, o que deban cumplir un horario fijo y continuo, asunto de interés particular para las mujeres con carga familiar. Lo clave de un proceso de formalización es efectuar los cambios evitando romper con el impulso vital de las personas que actualmente la llevan a cabo, de modo que puedan seguir participando, esta vez, en beneficio suyo y de la comunidad.

La formalización no debe buscar que las y los recuperadores/segregadores reemplacen su actividad por otra que no tiene relación con la preexistente. Esto no quiere decir que la actividad de recuperación/segregación manual se debe *legalizar* sin cambios. Por el contrario, son muchos los cambios que serán necesarios para cumplir tanto con los estándares de eficacia y eficiencia de un servicio urbano, como de mejora en las condiciones de trabajo de hombres y mujeres.

La recuperación/segregación de reciclables debe formar parte de un sistema integrado de manejo de los residuos sólidos domésticos.

El manejo integral de RSD está al servicio de diversos objetivos: conservación del ambiente, aseo público, recuperación de insumos reciclables, autoestima y belleza de la ciudad. En función de ellos, debe garantizar que todos los residuos domiciliarios sean



manejados adecuadamente desde el punto de origen hasta el de destino final. No deben quedar residuos fuera del sistema, ni el sistema debe disponer inadecuadamente de ellos: los reciclables deben llegar al punto de transformación industrial, tanto como los desechos finales a un relleno sanitario.

Por eso, la formalización atiende a los sistemas y no solamente a las personas. Las y los recuperadores callejeros son solo la cara visible del proceso conocido como *reciclaje*. Detrás de estas personas está el trabajo de toda una familia, muchas veces invisible. La actividad callejera es apenas el punto de un proceso de acopio y aumento de valor por medio de la clasificación y la compactación. La planta de procesamiento —el reciclaje propiamente dicho— o el punto de embarque para la exportación de los insumos recuperados son nodos cuya conexión con el trabajo informal permanece opaca y poco regulada. Todo este sistema —y no solo la presencia y tránsito de los *recicladores* en las calles— debe ser impactado por la formalización. De igual modo, no solo requerirán entrenamiento y capacitación las y los recuperadores/segregadores, sino también los funcionarios y operarios de los servicios de limpieza pública, con el fin de integrar sus secuencias de trabajo, que pertenecen a sistemas que se han consolidado desconectados uno del otro.

Por otro lado, si la recuperación/segregación de reciclables se considera un servicio, esta actividad debe suponer una remuneración para quien la ejerce. Hasta ahora, la modalidad de pago recurrente es garantizar a las y los recuperadores/segregadores el usufructo del material recuperado. Una remuneración que vaya más allá de este usufructo se sustenta en varias razones. En primer lugar, la actividad intensiva y permanente de los recuperadores/segregadores no solo ahorra costos de transporte sino que tiene además un alto potencial para educar a los vecindarios acerca de los materiales que pueden y deben separarse de los desechos domiciliarios finales. Por otra parte, es factible que la prestación de las y los recuperadores/segregadores pueda extenderse al recojo de aquellos materiales que no tienen valor comercial pero que tampoco deben mezclarse con las basuras domésticas, puesto que su destino más adecuado es una celda especial en el sitio de disposición final. La escala puerta a puerta y la colecta selectiva que ejercen las y los recuperadores/segregadores aparece más efectiva frente a estos fines que la instalación de lugares de entrega voluntaria a los que deben acudir las familias.



La recuperación/segregación de reciclables debe formar parte de una política de lucha contra la pobreza y la desigualdad en la ciudad.

Los trabajadores en actividades de recojo segregado deben tener una línea de carrera. Las historias de mujeres y hombres iniciándose en la actividad para tener algo con qué alimentar a sus hijos vienen de la mano con las de aquellas mujeres que ahora son dirigentes de depósitos cooperativos o que han iniciado otro negocio a partir de los pequeños ahorros que hizo posible la recuperación de reciclables. En un extremo están miles de personas haciendo el recojo puerta por puerta, y en el otro unos pocos propietarios de grandes empresas mayoristas. Las actividades de recuperación/segregación de reciclables deben organizarse de modo que no cierren la puerta de acceso a quienes están en el punto menos considerado y peor remunerado de la cadena. Hemos visto cómo a partir de ese punto es posible desarrollar una especialización y abrirse a nuevas actividades en el rubro. Como toda actividad, debe definirse con claridad quiénes tendrán acceso a los procesos de formalización y cuál es la posible ruta de evolución y hasta de salida del sistema, pues siempre habrá muchas personas en el extremo que trabaja en la puerta de los domicilios y pocas personas mayoristas que llegan a la puerta de las plantas de transformación.

La formalización no debe ignorar que estamos frente a poblaciones vulnerables y poco consideradas por la sociedad. Es frecuente encontrar que los departamentos públicos de asuntos sociales prestan más atención a la realidad de las y los recuperadores/segregadores que los departamentos encargados de la gestión de los residuos domésticos; por ello, en una aproximación antipobreza debe considerarse el encadenamiento de la formalización a una intervención intensiva desde los programas sociales disponibles en los gobiernos locales. El proceso de formalización brinda la oportunidad de atender de manera sostenible los numerosos asuntos vinculados a las condiciones de exclusión de las personas y familias que se emplean en la recuperación/segregación de reciclables.

Así, el manejo integral de RSD debe traducirse en la formalización del servicio que de manera permanente ya prestan miles de hombres y mujeres, para los que representa un medio de vida. El objetivo de la formalización es convertir su actividad en un servicio básico reconocido por la ciudadanía y remunerado adecuadamente. Poner en valor la función social, económica y ambiental de la recuperación/segregación de reciclables será el principal instrumento no solo para modificar las condiciones materiales del oficio, sino también para revertir la baja autoestima de las y los trabajadores. A partir de esto,



se podrán incorporar al servicio que prestan algunos aspectos poco atendidos —como la educación del vecindario acerca de lo que debe o no disponerse para el reciclaje— para las que están mejor capacitados que cualquier aparato de comunicación.

La formalización de la recuperación/segregación manual de reciclables no es un proceso neutro y debe prestar especial atención a que las mujeres no sean dejadas de lado.

El acceso de las mujeres pobres a fuentes de empleo e ingresos es más restringido que el de los hombres en la misma situación de pobreza y con similares calificaciones educativas. En el caso de la recuperación/segregación de reciclables, la atención a lo que sucede en las calles hace pensar que no hay mujeres en el proceso de reciclaje. Una mirada desde el género ayuda a superar esta superficie y hace posible señalar algunas constataciones específicas acerca del trabajo de las mujeres en la recuperación/segregación de reciclables:

- *La participación de las mujeres tiende a concentrarse en las labores de clasificación de los materiales reciclables recuperados, antes que en la recuperación callejera —especialmente si para esta labor se emplean vehículos— o en el procesamiento de materiales mediante maquinaria.*
- *La clasificación y la limpieza de los materiales recuperados es una tarea fundamental para que lo recolectado pueda venderse. Sin embargo, es un trabajo invisible y no valorado debido a que por lo general ocurre en el ámbito doméstico y en medio de una indistinción respecto al rol no cuestionado de las mujeres en las tareas reproductivas y de cuidado familiar.*
- *Al trabajo femenino en la recuperación/segregación de reciclables subyace un delicado equilibrio entre los roles productivos y reproductivos. Las trabajadoras deben combinar sus actividades productivas con las responsabilidades no compartidas en la atención del hogar y el cuidado de la familia. Esta situación resulta en una sobrecarga de trabajo para las mujeres y niñas en las familias de recuperadores/segregadores.*
- *Parte significativa del trabajo de las mujeres —por tanto, del valor que produce— es invisible no solo para el mercado, sino también para las políticas públicas. En la medida en que los intentos de ordenar la actividad se concentran en la recuperación*



callejera, la titularidad del trabajo recae en quienes mayoritariamente ejercen su labor en las calles y son conductores de vehículos: los hombres. Esto reduce a las mujeres las posibilidades de ser consideradas en el diseño de programas que integren a los servicios oficiales la recuperación/segregación manual, y así se limitan sus oportunidades de mejorar ingresos, recibir capacitación y ser sujeto de derechos.

- *Las razones de permanecer en este oficio no solo están relacionadas con factores negativos, como la falta de mejores opciones en el mercado laboral, sino además con factores positivos como la autonomía individual para programar el trabajo. Para las mujeres, el valor de la actividad está asociado particularmente a la posibilidad de recuperar objetos para reuso y a la circulación diaria de dinero para gastos inmediatos en la esfera familiar.*
- *Es posible descomponer la recuperación/segregación de reciclables en varias tareas, que pueden ser más o menos diseñadas por el trabajador. Las mujeres tienden a diseñarlas de modo que les sea posible continuar atendiendo las labores domésticas y las responsabilidades de cuidado de sus familiares dependientes, en particular de los niños y niñas. Los hombres, en cambio, tienden a diseñarlas a partir de condicionantes como la oportunidad de captar más productos, la capacidad de transportarlos y ampliar la clientela, subordinando a estos factores su eventual participación en el reparto de tareas domésticas.*
- *Hay labores que mujeres y hombres, alternativamente, sienten más adecuadas para sí, más cómodas que otras. Si bien estas preferencias se asientan en la construcción social diferenciada de lo masculino y lo femenino, los problemas para el trabajo no residen en la preferencia en sí, sino en el prestigio que se asigna a cada labor. Las que realizan hombres y mujeres se fundan en una división del trabajo que escinde lo público y lo privado, y los prestigios diferenciados que se les asignan consolidan la inequidad entre géneros.*



Dimensiones de género en la formalización de las y los segregadores / recuperadores

En la medida en que la integración de la recuperación/segregación de reciclables a los sistemas oficiales va a variar las condiciones en que las y los trabajadores llevan a cabo sus tareas, será preciso que se consideren las necesidades e intereses específicos de las mujeres y no solo las de los hombres, quienes ocupan los lugares más visibles de la actividad, puesto que la oportunidad laboral para las mujeres de bajos ingresos es mucho más valiosa que para sus pares masculinos. Será clave prestar atención a las labores que efectúan las mujeres, generalmente consideradas como secundarias o de menor valor. Así, el éxito de un programa de formalización estará dado por el mejoramiento en la calidad de vida y en la equidad de género a favor de quienes ocupan el lugar más vulnerable y menos visible de la cadena. Con el fin de responder a estos retos, las iniciativas de formalización deben proponerse:

1. *Visibilizar las tareas que componen la actividad de recuperación/segregación de reciclables, desde el recojo hasta la clasificación y la venta.* Evidenciar cada fase permitirá identificar y valorizar el aporte de cada una al conjunto del proceso económico, en particular la labor oculta de las mujeres. Así, quien no estaba visible en el proceso productivo será incorporado como interlocutor válido en la gestión de residuos sólidos. Su conocimiento de la tarea contribuirá al diseño de procesos formales de gran eficiencia y eficacia dentro de la gestión integral de los residuos sólidos domésticos. La visibilización de cada fase y su aporte económico específico se relaciona también con el análisis y la propuesta más apropiada para resolver aspectos inadecuados de esta actividad, tales como el trabajo infantil y los problemas de calidad habitacional y sanitaria en los hogares.
2. *Dar la palabra a las mujeres es de necesidad imperativa para conocer la racionalidad de los procesos que se pretende estandarizar.* En este diálogo no todos los elementos parecerán pertinentes al objetivo de formalización. Considerar que se están “mezclando” los temas de trabajo con los familiares es un síntoma de la profunda incomprensión de las inequidades de género que afectan a las mujeres. Como ya se ha señalado, si los horarios de determinada actividad están relacionados con la necesidad de combinarla con las actividades de cuidado dentro de la familia, será inevitable que éstas aparezcan en el recuento de labores y condicionantes de la participación de las mujeres.



3. *Prever horarios flexibles y desfamiliarizar los cuidados.* Aun con el mismo punto de partida que sus pares varones en cuanto a edad o escolaridad alcanzada, las mujeres acceden a empleos de menor remuneración. Los puestos de baja calificación a los que tienen acceso las mujeres están basados en habilidades adquiridas en la esfera doméstica, como el lavado de ropa, la preparación de alimentos o el cuidado de niños. Si bien se les solicita también como mano de obra en ciertos sectores fabriles, las mujeres a cargo de las personas dependientes en sus familias —niños o adultos mayores— tienen poca posibilidad de cumplir los horarios rígidos que ello supone. La recuperación/segregación de reciclables es una oportunidad más atractiva en tanto la flexibilidad del horario permite atender los compromisos en la esfera doméstica.

Un temor que expresan las mujeres respecto a los programas de formalización es no poder seguir adelante con el trabajo si se les demanda acudir a lugares muy distantes del hogar o en horarios que les impidan el cuidado de los menores. La exigencia de horarios fijos entra en tensión con la posibilidad de combinar la jornada productiva con la atención del hogar y la familia. Es necesario entonces articular la formalización a las posibilidades del sistema público de garantizar servicios como guarderías o escuelas de tiempo completo, a la vez que se ponen en práctica mecanismos de flexibilidad horaria y licencias parentales tanto para hombres como para mujeres. La inserción laboral de estas últimas no debe suponer una transferencia de las tareas de cuidado a otras mujeres o niñas de su familia.

4. *Cuidar que la ocasión de pago no reste capacidad económica a las mujeres.* En la medida en que un hogar de muy bajos ingresos no puede aplazar pagos ni tiene capacidad de endeudamiento, los empleos que proporcionan ingresos diarios se corresponden mejor con sus necesidades que aquellos que pagan jornales semanales o sueldos mensuales. Por ello, la ocasión de la remuneración es tan importante como el monto del pago.



Muchas iniciativas de formalización fracasan al pedir a las y los recuperadores/segregadores que aplacen sus ingresos. En ese sentido, una política de remuneración debe considerar que uno de los atractivos encontrados por las mujeres en este rubro es que les resulta posible obtener un ingreso diario que, aun siendo mínimo, permite enfrentar situaciones de carencia familiar, en particular las que comprometen la alimentación y la salud de los hijos e hijas. Por ello, la formalización no debe cancelar posibilidades de ingresos diarios para las personas que están en el lugar más bajo y menos remunerado de la cadena que va desde los hogares hasta el depósito.

5. *Valorar los ingresos que pueden reducirse al formalizar el trabajo y buscar estrategias para compensarlos.* El trabajo cooperativo o asociativo es una alternativa importante en la formalización de la recuperación/segregación de reciclables. Esta modalidad de trabajo presenta beneficios para las mujeres si se la compara con las labores desempeñadas en el hogar, en tanto contribuye a subvertir la inequidad en la división sexual del trabajo entre hombres y mujeres. Por un lado, porque la actividad de clasificación de las mujeres en los hogares se traslada a un espacio público y su aporte económico se hace visible. Por otro lado, porque al recibir un ingreso diferenciado de su pareja, aumentan su autonomía y su capacidad de negociación en el hogar. A esto se suma que el cambio en la rutina cotidiana de las mujeres propicia un reajuste y negociación del reparto de las tareas del hogar. Con menor tiempo que las mujeres disponen para estas labores, los hombres deben reubicarse asumiendo o no un reparto distinto al tradicional.

Además, al proponer el paso del trabajo familiar a la modalidad asociativa debe considerarse que los ingresos de los hogares de recuperadores/segregadores se basan en la actividad remunerada del núcleo familiar, por lo que la erradicación del trabajo infantil y del trabajo en la vivienda debe tener en cuenta la reducción de ingresos que implica y encontrar estrategias para compensarlo.



6. *Favorecer que las mujeres venzan las reticencias para realizar labores a las que se ha conferido mayor valor social, pero a las que no han tenido acceso.* Si bien la evidencia indica que tanto hombres como mujeres manifiestan preferencia en participar de aquellas tareas y funciones que les han sido asignadas en la construcción social de la división del trabajo por sexos, también abundan ejemplos de mujeres que conducen vehículos, dirigen las operaciones comerciales y procesos de gerencia; labores, todas, tradicionalmente realizadas por varones. Tomando en cuenta estas preferencias, la formalización debe proponerse revertir el bajo valor social conferido a las actividades que tradicionalmente realizan las mujeres. A este propósito contribuirá visibilizar que la preferencia de los hombres por efectuar una única tarea especializada en su jornada laboral —o lógica *monotarea*— atenta contra la productividad del proceso, pues no siempre la jornada laboral va a consistir solo en recoger o solo cargar o solo conducir un vehículo; mientras que la preferencia multitarea de las mujeres aporta a una mejor distribución de esfuerzos y recursos en el trabajo asociativo.

Como puede apreciarse, ninguna de estas recomendaciones específicas demanda un esfuerzo económico adicional para el proceso de formalización, sino simplemente prestar atención a las necesidades específicas de las mujeres. Este esfuerzo de atención a las relaciones de género puede facilitar que el proceso de formalización del sector cumpla los objetivos de gestión integral de los residuos sólidos domésticos, y a la vez de respuesta a las condiciones de pobreza y desigualdad imperantes en nuestras ciudades.

DOCUMENTOS CONSULTADOS

BID - OPS - AIDIS (2005). *Informe de la evaluación regional del manejo de residuos sólidos urbanos en América Latina y el Caribe*.

BID - OPS - AIDIS (2010). *Informe de la evaluación regional del manejo de residuos sólidos urbanos en América Latina y el Caribe*.

BIDEGAÍN, Nicole y Alma ESPINO (2011). *Mujeres clasificadoras de residuos: Desafíos para la inclusión social*. Montevideo: CIEDUR.

CIEDUR/IDRC (2011). *Hacia una gestión integrada de los residuos con inclusión social: Recomendaciones para la acción*. Montevideo: CIEDUR.

GOULART DE OLIVEIRA e ANTUNES LIMA (2012). *Eficiência e solidariedade nas Associações de Catadores de Materiais Recicláveis*. Working Paper da WIEGO, n.º 22.

HOORNWEG, Daniel y Perinaz BHADA-TATA (2012). *What a Waste: A Global Review of Solid Waste Management*. Urban Development Series – Knowledge Papers. The World Bank + Urban Development & Local Governments.

HORN, Zoe (2009). *Sin colchón que amortigüe la caída: La crisis económica global y los trabajadores de la economía informal*. Proyecto Ciudades Inclusivas.

IBGE Brasil (2008). *Pesquisa nacional de saneamento básico 2008*. Ministério das Cidades. Ministério do planejamento, orçamento e gestão.

INTENDENCIA DE MONTEVIDEO (2004). *Plan Director de Residuos Sólidos de Montevideo y Área Metropolitana*. FICHTNER-LKSUR Asociados.

IPES/BID (2005). *Mejoramiento de las condiciones de vida de recicladores informales en América Latina y El Caribe*.

MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE Y AGUA DE BOLIVIA (2010). *Diagnóstico de la gestión de residuos sólidos en Bolivia*. Vice-ministerio de Agua Potable y Saneamiento Básico. Dirección General de Gestión Integral de Residuos Sólidos.

OPS (2005). *Informe de la evaluación regional de los servicios de manejo de residuos sólidos municipales en América Latina y El Caribe*.

PÉREZ, Guillermo (2011). *Experiencias y estrategias de protección social desde las organizaciones de trabajadores informales urbanos en Perú*. Lima: CIES-Consorcio de Investigación Económica y Social / WIEGO.

POZO, María Esther, et al. (2012). *Ciudadanía, género, etnia, recolectores y recolectoras de desechos sólidos en la ciudad de Cochabamba*. Cochabamba: CESU-Universidad Mayor de San Simón.

PRICE, J. y C. CASTRO (2004). *Evaluación temática regional: Trabajo infantil en la segregación y gestión de residuos sólidos urbanos en América Latina y el Caribe*. Lima: OIT.

PROGRAMA URUGUAY CLASIFICA (2006). *Tirando del carro. Clasificadoras y clasificadores: Viviendo de la basura o trabajando con residuos*. Montevideo: PUC.

PUECH y SILVA DE REZENDE (2008). *Grupo de catadores autónomos na coleta seletiva do Município de São Paulo*. Maestría de Saúde Pública Faculdade de Saúde Pública da Universidade de São Paulo.

RIOFRÍO, Gustavo, et al. (1994) *¿Basura o desechos? El destino de lo que botamos en Lima*. Lima: Desco-Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

SGAB Conseil (2008). *Estudio de diagnóstico y mapeo de la cadena de materiales reciclables en Cochabamba*. Proyecto Ciudades Focales SGAB/IDRC.

TANGRI, Neil (2010). *Respeto a los recicladores: Protegiendo el clima a través de basura cero*. GAIA-Alianza Global para Alternativas a la Incineración / WIEGO.

TERRAZA y STURZENEGGER (2010). *Dinámicas de organización de los recicladores informales: Tres casos de estudios en América Latina*. Nota Técnica n.º 117. Sector de Infraestructura y Medio Ambiente, BID.

VELAZCO, Tatiana (2011). *Empleo informal y políticas de protección social en Perú: Retos y oportunidades para el nuevo gobierno*. Lima: CIES-Consorcio de Investigación Económica y Social / WIEGO.

CONTENIDO FOTOGRÁFICO

	Carátula: Lady Sihuay/ desco.org.pe
15	Ana Cabrera/ facebook.com/anacabrerafotografia
19	Equipo de investigación Cochabamba, Bolivia
21	Benoit Peeters/ flickr.com/benvanpeeters/
25	Daniel Derevecki/ flickr.com/37883368@N07
30	Janssem Cardoso/ flickr.com/janssem
37	Camila Aguilera/ recicladoresbiobio.com
38	Equipo de investigación Cochabamba, Bolivia
41	Henrique Santos/ flickr.com/olhos ORIGINAL PARA AMAPE
48	Municipalidad San Juan de Miraflores, Lima-Perú
56	Equipo de investigación Cochabamba, Bolivia
65	Ana Cabrera/ facebook.com/anacabrerafotografia
66	Lady Sihuay/ desco.org.pe
72	Ana Cabrera/ facebook.com/anacabrerafotografia
80	Andre Ricardo de Oliveira Cherri/ flickr.com/andrecherri
88	Ana Cabrera/ facebook.com/anacabrerafotografia
96	Gustavo Riofrío/ desco.org.pe
101	Henrique Santos/ flickr.com/olhos ORIGINAL PARA AMAPE
102	Lady Sihuay/ desco.org.pe
109	Camila Aguilera/ recicladoresbiobio.com

a

b

c

d

SECCIÓN 1

(a) Lori Langer (b) Gustavo Riofrío

(c) Camila Aguilera (d) Lady Sihuy

a

b

c

d

SECCIÓN 2(a) Ana Cabrera / facebook.com/anacabrerafotografia

(b) Nicole Bidegaín

(c) Juan Pérez Almeida / flickr.com/soyjuanperez(d) Carlos Villalba / flickr.com/carlosvillalba

a

b

c

d

SECCIÓN 3

(a) (b) (c) (d)

Lady Sihuy

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
Pasaje María Auxiliadora 156-164 - Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Página web: www.tareagrafica.com
Teléf. 332-3229 Fax: 424-1582
Agosto 2012 Lima - Perú



La presente publicación se financió con fondos donados por:
Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo-IDRC Canadá

desco
Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo - 2012